

CONFIANZA
Y
TENTACIÓN

Imperio Vitale 6

MEG SHANNON

Confianza y Tentación

Imperio Vitale

Libro 6

Meg Shannon

Copyright 2024 por Meg Shannon

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, transmitida o distribuida en ninguna forma impresa o electrónica por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el previo permiso por escrito, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos reales es pura coincidencia.

Para todos aquellos que han triunfado sobre sus circunstancias.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Marco](#)

[Elena](#)

[Luca](#)

[Bella](#)

Acerca de este libro

El mundo de Luca Vitale está al borde del colapso. Después de años viviendo en las sombras, jugando a dos bandas en un peligroso juego de engaños, las paredes se cierran a su alrededor. La Hermandad Corsa, un imperio criminal despiadado, está en máxima alerta, y la tapadera de Luca pende de un hilo. Con el peligro acechando en cada esquina, Luca se enfrenta a la prueba definitiva: ¿podrá derrocar a la Hermandad antes de que descubran la verdad? ¿O será el precio demasiado alto?

La agente del FBI Bella Marino no es ajena al peligro, pero nada podría haberla preparado para la tormenta que está a punto de desatarse. A medida que su relación con Luca se profundiza, también lo hacen los riesgos. Cuando su secreto queda al descubierto, se encuentran atrapados en un juego mortal sin salida. Con enemigos por todos lados y sin nadie en quien confiar, Bella y Luca deben enfrentarse a los rincones más oscuros de su pasado si esperan tener un futuro juntos.

Mientras los siniestros planes de la Hermandad salen a la luz, Luca y Bella se ven inmersos en una carrera contra el tiempo. La traición hiere profundamente, y con todo en juego, las decisiones que tomen determinarán no solo su destino, sino el de innumerables personas. En un mundo donde las lealtades se hacen añicos y el amor es un arma, Luca y Bella deben decidir si su vínculo es lo suficientemente fuerte como para soportar la prueba definitiva.

En la trepidante conclusión de la serie Vitale de romance mafioso, *Confianza y Tentación* ofrece una poderosa dosis de acción, suspenso y pasión. ¿Podrán Luca y Bella superar las traiciones que amenazan con destruirlos? ¿O las sombras de su pasado finalmente los reclamarán para siempre? Descubre el explosivo final donde el amor y la lealtad colisionan, y solo los más fuertes sobrevivirán.

Capítulo 1

Luca

El teléfono vibró en mi mano, un número desconocido parpadeando en la pantalla. Contesté, y mi estómago se hundió al reconocer la voz de Tanaka.

—Luca Vitale. Confío en que estés teniendo una agradable velada —sus palabras destilaban veneno, cada sílaba calculada para ponerme nervioso. Apreté el teléfono con más fuerza, mis nudillos blanqueándose mientras el temor en mi pecho se profundizaba. Mis hermanos y yo habíamos sido llamados fuera de la casa por una falsa alarma; alguien había informado de una redada en uno de nuestros almacenes y yo acababa de regresar.

—¿Qué quieres, Tanaka? —gruñí, intentando mantener mi voz firme, pero el temblor en mis manos traicionaba el miedo que me corroía por dentro. Él se rió, un sonido frío que me puso los dientes de punta, el tipo de risa que te dice cuánto placer está obteniendo de este momento.

—Oh, creo que lo sabes. Tu novia y tu futura cuñada te mandan saludos.

El mundo se tambaleó sobre su eje. Bella. Elena. Mi respiración se atascó en mi garganta, mi mente luchando por comprender la realidad de sus palabras.

—Si las has lastimado... —mi voz vaciló, el pensamiento de Bella y Elena sufriendo era demasiado para soportar.

—Vamos, vamos —interrumpió Tanaka, su tono burlón—. No nos adelantemos. Están ilesas. Por ahora.

Podía oír la sonrisa en su voz, prácticamente podía ver la cruel satisfacción en sus ojos.

Empecé a caminar por la habitación, mi mano libre apretándose y aflojándose a mi lado mientras las paredes parecían cerrarse a mi alrededor. La imagen de Bella y Elena en las garras de Tanaka me helaba la sangre.

—¿Cuáles son tus exigencias? —forcé las palabras, tratando de mantener el control, pero la desesperación se estaba filtrando en mi voz.

—Directo al grano. Eso me gusta de ti, Luca —se burló Tanaka. Su voz se endureció, las cortesías desaparecieron—. Estoy en deuda con los corsos porque les prometí que esa subasta saldría sin problemas. Tú arruinaste eso, así que ahora necesito llevarles tu cabeza.

Podía sentir el nudo apretándose alrededor de mi cuello, Tanaka tirando de las cuerdas con más fuerza con cada palabra.

—Tienes una hora para entregarte en el ático. O todos los que amas pagarán el precio.

La rabia hervía en mis venas, caliente y potente, amenazando con explotar.

—Eres hombre muerto, Tanaka. Cuando te encuentre...

Pero me interrumpió de nuevo, su voz llena de suficiencia.

—Amenazas vacías, Luca. Qué decepcionante —suspiró dramáticamente, como si estuviera aburrido con la conversación—. No hagas nada estúpido.

La línea se cortó, dejándome allí parado con nada más que el sonido de mi propia respiración entrecortada y el peso de sus amenazas presionándome.

Lancé el teléfono a través de la habitación, apenas registrando el sonido de su impacto

contra la pared. Mi visión se nubló, estrechándose a un punto mientras la realización de lo que Tanaka había hecho comenzaba a hundirse. Todo lo que podía oír era el rugido de la sangre en mis oídos y la voz burlona de Tanaka haciendo eco en mi mente. Bella. Mi mundo entero, en manos de ese monstruo. El pensamiento de que estuviera herida, asustada, posiblemente peor, me hizo estremecer. Me apoyé contra el escritorio, mis brazos temblando con el esfuerzo de controlar mi furia.

Desmantelaría esta ciudad ladrillo por ladrillo si eso era lo que se necesitaba para recuperarlas. Ningún costo era demasiado alto, ninguna acción demasiado extrema. Tanaka pensaba que tenía todas las cartas, pero no tenía idea de lo que yo era capaz cuando se trataba de proteger a mi familia. Se lo demostraría. Y cuando esto terminara, lo haría suplicar por la muerte. La imagen del rostro engreído de Tanaka retorcido de dolor era lo único que me impedía perder el control por completo. Respiré profundamente, forzando a que la niebla roja de ira se aclarara de mi visión. No podía perder el control. No ahora. Bella y Elena me necesitaban enfocado, calculador.

Agarré mi teléfono de respaldo y marqué el número de Marco, mis dedos temblando con rabia apenas contenida. La línea sonó una vez, dos veces. Cada segundo se sentía como una eternidad.

—¿Luca? —la voz de Marco llegó, alerta a pesar de la hora tardía.

—Tanaka tiene a Bella y Elena —dije, mis palabras cortantes y duras.

Hubo una brusca inhalación de aire al otro lado.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —la pregunta quedó suspendida en el aire, la voz usualmente calmada de Marco teñida de shock y urgencia.

—El almacén debe haber sido una distracción para sacarnos de la casa —mi mano libre se cerró en un puño mientras reconstruía los eventos de la noche—. Dice que necesito encontrarme con él en el ático del FBI dentro de una hora.

Las palabras se sentían como ácido en mi lengua. Prácticamente podía oír los engranajes girando en la cabeza de Marco mientras procesaba la información.

—Entiendo —el tono de Marco cambió, igualando mi urgencia—. Estaré allí en diez minutos. Resolveremos esto, Luca.

Había una tranquila confianza en su voz a la que me aferré, un salvavidas en la tormenta de mis emociones.

Terminé la llamada sin otra palabra. No había tiempo para cortesías. Cada segundo perdido era otro segundo en que Bella y Elena estaban en peligro. Mi mente corría mientras marcaba el número de Antonio, el escenario repitiéndose en mi cabeza. ¿Cómo había llegado Tanaka a ellas? ¿Qué les estaban haciendo sus hombres ahora mismo? Las posibilidades me revolvían el estómago, pero aparté esos pensamientos. Tenía que mantenerme enfocado.

—Antonio —ladré tan pronto como contestó—. Emergencia. Tanaka tiene a Bella y Elena.

Las palabras se volvían más reales con cada repetición, la pesadilla solidificándose en un hecho frío y duro.

—¿Qué? —el habitual comportamiento calmado de Antonio se quebró, su voz llena de incredulidad—. ¿Cómo demonios pasó eso?

La pregunta dolió, la culpa inundando mi pecho. ¿Cómo había permitido que esto sucediera?

—Después. Ven aquí ahora. Y llama a Giovanni en el camino.

Colgué, mi pecho agitándose con cada respiración. Las paredes de mi oficina se sentían

como si se estuvieran cerrando, sofocándome con el peso de mi fracaso.

Necesitaba hacer algo, cualquier cosa. Pero cargar a ciegas solo pondría a Bella y Elena en más peligro. El pensamiento de ellas heridas, asustadas, esperando que las salvara mientras yo tropezaba en la oscuridad era insoportable. Cerré los ojos, forzándome a concentrarme. ¿Tanaka quería una guerra? Se la daría. Y cuando el polvo se asentara, no quedaría nada de él ni de su organización. Mi familia lo era todo para mí. Sin ellos, no era nada. Un caparazón vacío de hombre. Quemaría el mundo hasta las cenizas para mantenerlos a salvo.

~*~

Entré a zancadas en la sala de estar, mis pasos resonando en el suelo de mármol. El opulento espacio, usualmente un símbolo del poder y éxito de nuestra familia, ahora se sentía hueco y sin sentido. Marco, Antonio y Giovanni ya estaban allí, sus rostros grabados con preocupación.

—Luca —dijo Marco, poniéndose de pie—. ¿Cuál es la situación?

Caminé a lo largo de la alfombra persa, mis puños apretados a los costados, tratando de mantener a raya la creciente marea de pánico.

—Tanaka tiene a Bella y Elena en el ático que el FBI me preparó. El bastardo me llamó él mismo para regodearse.

Los ojos de Antonio destellaron con ira, un reflejo de la furia que ardía en mi propio pecho.

—¿Cómo? —exigió.

—Nos descuidamos —admití, las palabras amargas en mi boca—. La seguridad estaba demasiado laxa aquí en la casa y cuando estábamos fuera ocupándonos del almacén, se coló y las llevó.

La admisión de nuestro error pesaba en el aire, la realidad de la situación asentándose sobre nosotros como un sudario.

Giovanni se inclinó hacia adelante, su voz baja y peligrosa.

—¿Qué dijo Tanaka exactamente?

Su pregunta me trajo de vuelta al presente, a la misión en cuestión.

Dejé de caminar y enfrenté a mis hermanos, el peso de sus miradas se clavaba en mí, una mezcla de furia y miedo que reflejaba mis propias emociones.

—Dijo que están en el ático. Tengo una hora para intercambiarlas por ellas —las palabras se sentían como una sentencia de muerte, cada sílaba cavando un pozo más profundo en mi estómago.

—No —dijo Antonio inmediatamente, su voz firme—. Solo los matará a los tres.

—No matará a nadie —intervino Marco, su voz constante—. Las recuperaremos.

La habitación quedó en silencio, la gravedad de la situación hundiéndose. El tictac del antiguo reloj de pie en la esquina parecía ensordecedor, cada segundo un recordatorio del peligro que Bella y Elena enfrentaban.

Giovanni se puso de pie abruptamente, sus puños apretados como si estuviera listo para atravesar una pared.

—No podemos permitir que eso suceda. Necesitamos movernos ahora.

Su urgencia reflejaba la mía, una necesidad ardiente de actuar antes de que fuera demasiado tarde.

Antonio asintió, su rostro fijo en determinación.

—De acuerdo. Pero necesitamos un plan. No podemos entrar a ciegas.

—No tenemos... —comencé, las palabras saliendo apresuradamente.

—Podría ser la diferencia entre la vida y la muerte —me interrumpió Marco, su tono calmado pero insistente—. Sé que estás preocupado, Luca. Todos lo estamos. Tomar unos minutos para planear marcará la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Quería discutir, insistir en que nos moviéramos ahora, pero la lógica en sus palabras me detuvo. Mi corazón latía aceleradamente, dividido entre la necesidad de acción inmediata y la sabiduría de la precaución de Marco. Él tenía razón, pero el pensamiento de esperar, de no poder hacer algo, cualquier cosa, me carcomía.

Marco continuó, su tono mesurado, cada palabra cuidadosamente elegida.

—Necesitamos reunir información primero. Entender las defensas de Tanaka, la distribución del ático. Un movimiento en falso y lo perdemos todo.

Giovanni asintió lentamente, su mente ya trabajando a través de las posibilidades.

—Marco tiene razón. No podemos dejar que nuestras emociones nublen nuestro juicio. Necesitamos una estrategia.

La racionalidad de sus palabras comenzó a atravesar la niebla de rabia y miedo que nublaba mi mente, y meforcé a pensar con claridad. Esto no se trataba solo de mí. Se trataba de Bella, Elena, y asegurarnos de que salieran de esto con vida.

Caminé por la habitación, mis pensamientos un torbellino de posibles escenarios. Cada fibra de mi ser gritaba actuar ahora, asaltar la fortaleza de Tanaka y destruirla hasta encontrar a Bella y Elena. Pero sabía que mis hermanos tenían razón. No podíamos darnos el lujo de ser imprudentes, no con tanto en juego.

—Bien —dije entre dientes apretados, las palabras pesadas con el peso de mi ira contenida—. ¿Qué sugieres?

Antonio se inclinó hacia adelante, sus ojos intensos con concentración.

—Usemos nuestra red. Pongamos ojos en el ático de Tanaka. Averigüemos cuántos hombres tiene con él y encontremos la mejor manera de recuperar a Elena y Bella.

Asentí, forzándome a pensar estratégicamente, la adrenalina aún corriendo por mis venas.

—Y necesitamos averiguar exactamente dónde en el ático las están reteniendo. No podemos arriesgarnos a un tiroteo con Bella y Elena en el fuego cruzado.

La urgencia aún ardía dentro de mí, pero podía sentir un plan comenzando a formarse. Las salvaríamos, pero lo haríamos bien. Tanaka no sabría qué lo golpeó.

Marco se puso de pie, su mente ya trabajando en la logística.

—Haré que Dom hackee las imágenes de seguridad. Tendremos ojos en cada rincón de ese edificio.

Podía ver los engranajes girando en su cabeza, cada pieza del plan encajando en su lugar.

—Bien —dije, sintiendo un destello de esperanza—. Antonio, contacta a nuestro equipo técnico. Quiero cámaras en cada entrada y salida de ese edificio. Nadie entra o sale sin que lo sepamos.

Giovanni habló, su voz llena de determinación.

—Estudiaré los planos del edificio. Necesitamos identificar los mejores puntos de entrada, rutas de escape y posibles puntos de estrangulamiento.

Sentí una oleada de orgullo por mis hermanos, por nuestra capacidad de unirnos en una crisis. Por esto éramos imparables juntos.

—Bien —dije, sintiendo el peso de la responsabilidad asentarse sobre mis hombros—. Hablemos de puntos de entrada. ¿Cuáles son nuestras opciones?

Antonio rápidamente sacó los planos del edificio en su tableta, sus dedos moviéndose velozmente por la pantalla.

—El edificio tiene varias entradas, la mayoría en la planta baja. Pero tiene una en el sótano en el estacionamiento. El garaje también tiene un ascensor de carga —dije.

Los ojos de Marco se estrecharon mientras consideraba las opciones.

—¿Qué hay del ático en sí?

—Una entrada —respondí, la información viniendo a mí automáticamente—. La puerta es robusta, pero no está reforzada. Podemos atravesarla fácilmente. El interior es de planta abierta, excepto por el dormitorio y el baño.

Mi mente recorría las posibilidades, ya formulando una estrategia para sacar a Bella y Elena a salvo.

—Antonio, ¿cuál es nuestra situación de armas aquí en la casa?

Antonio levantó la vista de su tableta, su rostro serio.

—Estamos bien abastecidos. Rifles de alta potencia, subfusiles, chalecos antibalas. Lo que necesitamos.

Asentí, marcando potenciales posiciones de francotiradores en el mapa.

Podía sentir las piezas del plan encajando, cada detalle acercándonos un paso más a recuperar a Bella y Elena.

—Bien —dije, mi voz llena de resolución—. Tendremos que movernos rápido y golpear duro. Tanaka no sabrá qué lo golpeó.

Mis hermanos asintieron en acuerdo, la determinación en sus ojos reflejando la mía. Estábamos listos. Las salvaríamos, y haríamos que Tanaka pagara por cada segundo de miedo y dolor que había causado.

Capítulo 2

Bella

El sonido de cristales rotos me hizo estremecer. Mi corazón latía con fuerza mientras veía a uno de los guardias de Tanaka destrozar un jarrón, su risa ebria resonando por todo el ático. A mi lado, Elena apretó su agarre en mi brazo, sus dedos clavándose en mi piel.

—Bella —susurró, con una voz apenas audible—. ¿Qué crees que van a hacer con nosotras?

Tragué saliva, intentando mantener mi voz firme.

—No lo sé, Elena. Pero vamos a superar esto juntas.

Los impresionantes ojos azules de Elena se encontraron con los míos, el miedo y la determinación librando una batalla en sus profundidades.

—Tengo miedo —admitió—, pero no dejaré que lo vean.

Asentí, admirando su resolución. Mi mente trabajaba a toda velocidad, analizando nuestro entorno, buscando cualquier ventaja potencial. Los guardias estaban distraídos, ebrios de poder y alcohol. Tal vez hubiera una oportunidad...

De repente, un chasquido agudo cortó el aire. La cerradura. Mi cuerpo se tensó, la adrenalina corriendo por mis venas mientras escuchaba la puerta abriéndose lentamente.

—Elena —suspiré—, pase lo que pase, quédate cerca de mí.

Ella asintió, cambiando su posición. En lugar de acobardarse detrás de mí, se movió para sentarse a mi lado, con la barbilla levantada desafiante.

—Enfrentamos esto juntas —susurró.

Mientras la puerta se abría poco a poco, mi mente se inundó de los peores escenarios posibles. ¿Sería el mismo Tanaka? ¿Más guardias? ¿O acaso Luca ya estaba aquí para rescatarnos?

Apreté los puños, lista para lo que fuera que pudiera atravesar esa puerta. A mi lado, Elena respiró profundamente, y sentí el cambio en ella: el miedo cediendo paso a una determinación férrea que igualaba la mía.

La puerta se abrió completamente, revelando a tres hombres con trajes impecables, sus expresiones frías e indescifrables. Estos hombres no eran como los matones borrachos que ya estaban aquí; estos hombres exudaban profesionalismo y peligro.

Mi corazón se aceleró cuando sus miradas gélidas se centraron en Elena y en mí. Luché contra el impulso de retroceder, en su lugar, enderecé los hombros y les devolví la mirada directamente.

Elena se inclinó cerca, su voz apenas por encima de un susurro.

—Bella, escúchame. Marco me ha rescatado antes. Vendrá por nosotras de nuevo. Solo necesitamos aguantar.

La miré, sorprendida por la confianza inquebrantable en sus ojos. A pesar del miedo grabado en su rostro, había una fuerza interior que irradiaba de ella que no había esperado.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —murmuré, cuidando que los guardias no nos

escucharan.

Los labios de Elena se curvaron en una pequeña sonrisa determinada.

—Porque conozco a Marco. Y sé que no descansará hasta encontrarnos. Y estoy bastante segura de que Luca tampoco permitiría que te pasara nada. No estamos solas en esto, Bella.

Sus palabras encendieron algo dentro de mí: un destello de esperanza que no me había atrevido a sentir antes. Pensé en Luca, imaginando su feroz determinación, su negativa a rendirse. Si Marco había salvado a Elena antes, seguramente Luca movería cielo y tierra para encontrarnos ahora.

Volví a encontrarme con la mirada de Elena, comunicando silenciosamente mi nueva resolución. No nos quebrarían. No nos rendiríamos al miedo. Juntas, enfrentaríamos lo que viniera después.

—Gracias —le susurré a Elena, sacando fuerzas de nuestra determinación compartida.

Mientras los guardias se acercaban, me preparé mentalmente. Quizás pensarán que tenían todo el poder, pero no tenían idea de lo que habían desatado. Elena y yo éramos más fuertes juntas, y nuestros hombres venían por nosotras. Todo lo que teníamos que hacer era resistir.

Respiré profundamente, mis ojos recorriendo rápidamente el ático. De repente, cada detalle parecía crucial, potenciales salvavidas en nuestra terrible situación. Las ventanas del suelo al techo llamaron mi atención primero: una caída vertiginosa hasta la calle de abajo, pero estábamos demasiado alto para que fueran una ruta de escape.

—Atrincherarnos en el baño —murmuré a Elena, con voz apenas audible—. Último recurso.

Ella asintió casi imperceptiblemente, sus ojos azules agudos y alerta.

—Muebles —susurró a su vez, inclinando sutilmente la cabeza hacia el enorme escritorio de caoba en la esquina.

Seguí su mirada, captando inmediatamente su significado. Si necesitábamos cobertura, ese escritorio podría protegernos a ambas. Pensamiento inteligente.

—Buena observación —susurré, impresionada por su rápida evaluación.

Mientras continuaba con mi mapeo mental, Elena de repente se tensó a mi lado. Incluyó ligeramente la barbilla, llamando mi atención hacia un punto cerca de la cocina.

—¿Qué es? —pregunté, esforzándome por ver lo que ella había notado.

—La rejilla de ventilación —articuló en silencio con los labios, sus ojos parpadeando significativamente hacia un pequeño conducto de aire cerca del suelo.

Mi corazón se aceleró al darme cuenta de lo que estaba implicando. Era pequeño, pero tal vez lo suficientemente grande para que nos escabulléramos si tuviéramos la oportunidad. Una potencial ruta de escape que no habíamos considerado antes.

Le apreté la mano en silencioso agradecimiento, nuestra comunicación no verbal haciéndose más fuerte cada minuto.

—Lo recordaremos —le aseguré en voz baja—. Si surge el momento adecuado...

Elena asintió, su expresión sombría pero determinada. Ambas sabíamos que las probabilidades estaban en nuestra contra, pero tener aunque fuera el más mínimo esbozo de un plan me hacía sentir más en control.

Mientras intercambiábamos esta silenciosa sesión de estrategia, no pude evitar maravillarme de lo sincronizadas que nos habíamos vuelto. Dos mujeres muy diferentes, arrojadas a una situación imposible, y sin embargo trabajando juntas como si nos hubiéramos entrenado para esto toda la vida.

—Hacemos un buen equipo —le susurré a Elena, permitiéndome una pequeña sonrisa a

pesar de nuestras circunstancias.

Ella me devolvió la sonrisa, un destello de su calidez habitual atravesando la tensión.

—Lo hacemos —acordó suavemente—. Y vamos a necesitarlo para superar esto.

Asentí, apretando su mano una vez más antes de volver mi atención a nuestros captores. Si íbamos a encontrar una salida de este lío, necesitábamos entender a nuestros enemigos tan a fondo como a nuestro entorno.

Me incliné cerca de Elena, mi voz apenas audible.

—Luca nos encontrará —murmuré, tratando de inyectar confianza en mis palabras a pesar del miedo que me carcomía por dentro. Necesitaba oírme decir esto de nuevo—. Solo tenemos que aguantar un poco más.

Los ojos azules de Elena se encontraron con los míos, un destello de esperanza encendiéndose en sus profundidades.

—Marco también vendrá —susurró en respuesta, su voz suave calmando mis nervios—. Me ha salvado antes, ¿sabes? Cuando pensé que todo estaba perdido.

Su fe inquebrantable en Marco era contagiosa, reforzando mi propia creencia en Luca. Me encontré sacando fuerzas del comportamiento tranquilo de Elena, su presencia era un bálsamo para mis nervios destrozados.

—Cuéntame sobre eso —le pedí suavemente, desesperada por cualquier distracción de nuestras terribles circunstancias.

Mientras Elena relataba su rescate en tonos bajos, me permití imaginar el momento en que Luca irrumpiría por esa puerta. La feroz determinación en sus ojos, la forma en que me tomaría en sus brazos...

—Vendrán por nosotras —afirmé, apretando la mano de Elena—. Y cuando lo hagan, estaremos listas.

Elena asintió, un fantasma de sonrisa jugando en sus labios.

—Juntas —susurró.

En ese momento, a pesar del peligro inminente, sentí que una chispa de esperanza se encendía dentro de mí. Fuera lo que fuese lo que viniera después, lo enfrentaríamos unidas.

Escaneé la habitación por centésima vez, mi mente acelerándose con posibilidades. El guardia junto a la ventana parecía distraído, su mirada desenfocada. ¿Podría usar eso a nuestro favor? Mis músculos se tensaron, listos para entrar en acción.

—Bella —susurró Elena, su mano apretando la mía. Negó con la cabeza casi imperceptiblemente, sus ojos azules transmitiendo un mensaje claro: Espera.

Me mordí el labio, indecisa.

—Pero si pudiéramos solo...

—Aún no —respiró Elena, su voz apenas audible—. Es demasiado arriesgado.

Sabía que tenía razón, pero el impulso de actuar me carcomía.

—No puedo quedarme sentada sin hacer nada —siseé, la frustración filtrándose en mi tono.

La mirada tranquila de Elena se encontró con la mía.

—Tenemos que ser inteligentes con esto —murmuró—. Un movimiento en falso...

No necesitaba terminar la frase. Conocía lo que estaba en juego. Respirando profundamente, meforcé a relajarme, mis dedos desenrollándose de los puños que no me había dado cuenta que había formado.

—Tienes razón —cedí, dejando escapar un suspiro tembloroso—. Es solo que me siento tan... indefensa.

Los ojos de Elena se suavizaron.

—Lo sé —susurró—. Pero somos más fuertes juntas. Cuando llegue el momento, estaremos listas.

Asentí, encontrando consuelo en su presencia constante. Por mucho que odiara admitirlo, la paciencia era nuestra mejor estrategia por ahora. Teníamos que confiar en Luca y Marco. Vendrían. Tenían que hacerlo.

A medida que los minutos se alargaban, la duda comenzó a deslizarse como una niebla venenosa. Mi fe en Luca, generalmente inquebrantable, empezó a vacilar. ¿Y si Tanaka le había ganado la partida? ¿Y si todo esto era parte de algún plan más grande y siniestro?

—Ya debería haber estado aquí —murmuré, más para mí misma que para Elena.

Elena se volvió hacia mí, su cabello castaño rojizo captando la tenue luz.

—Bella —dijo suavemente, su voz firme a pesar de nuestras terribles circunstancias—. Marco me ha sacado de situaciones peores. Y Luca... es igual de ingenioso.

Encontré su mirada, buscando cualquier señal de duda, pero solo encontré una convicción inquebrantable.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque tengo que estarlo —respondió Elena, una pequeña sonrisa tocando sus labios—. Y porque los conozco. No pararán hasta encontrarnos.

Sus palabras atravesaron mi nube de incertidumbre, reavivando una chispa de esperanza. Asentí, sintiendo que parte de mi resolución regresaba.

—Tienes razón. Luca no se rendirá. Tampoco Marco.

Al pronunciar esas palabras en voz alta, sentí un cambio dentro de mí. El miedo que había estado carcomiendo mis entrañas comenzó a transformarse, convirtiéndose en algo más duro, más frío. Ira.

Apreté la mandíbula mientras pensaba en Tanaka, en su arrogancia al pensar que podía usarnos como peones.

—Ese bastardo —gruñí, mi voz baja y peligrosa—. No tiene idea de lo que ha hecho.

Los ojos de Elena brillaron con un fuego similar.

—No —asintió, su tono igualando el mío—. No lo sabe.

Sentí una oleada de energía recorrer mi cuerpo, reemplazando el miedo paralizante con una rabia fría y concentrada.

—Cuando salgamos de aquí —dije, mi voz firme y decidida—, Tanaka deseará nunca haber oído el nombre Vitale.

Elena asintió, su expresión reflejando mi propia resolución.

—Superaremos esto —susurró ferozmente—. Y entonces...

—Y entonces —concluí, una sonrisa fría jugando en mis labios—, le mostraremos exactamente lo que pasa cuando nos subestima.

El silencio en la habitación nos oprimía como un peso físico. Cada pequeño sonido parecía amplificado: el débil tictac de un reloj en algún lugar del ático, el crujido del sofá de cuero cuando nos movíamos, incluso el roce de la tela de nuestra ropa. Me encontré aguzando el oído para escuchar cualquier cosa más allá de la puerta, mis oídos buscando desesperadamente alguna pista sobre lo que estaba sucediendo afuera.

—¿Oyes eso? —le susurré a Elena, con el cuerpo tenso.

Ella negó con la cabeza, sus ojos azules tranquilos mientras me miraban.

—No, pero eso no significa nada. Están viniendo, Bella. Lo sé.

Quería creerle, pero la duda me carcomía.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Los labios de Elena se curvaron en una pequeña sonrisa confiada.

—Porque conozco a Marco. Es ingenioso, determinado. No parará hasta encontrarnos.

Su fe inquebrantable era como un bálsamo para mis nervios destrozados. Respiré profundamente, tratando de igualar su compostura.

—Tienes razón. Luca es igual. Moverá cielo y tierra para llegar a nosotras.

—Exactamente —asintió Elena—. Solo necesitamos mantenernos fuertes y estar preparadas.

Como si fuera una señal, el débil sonido volvió a escucharse: una voz amortiguada, apenas audible a través de las paredes. Todo mi cuerpo se puso rígido, con la adrenalina corriendo por mis venas.

—Elena —susurré, agarrando su brazo—. Tienes que haber oído eso.

Ella asintió, su expresión seria pero tranquila.

—Lo oí. ¿Puedes distinguir lo que están diciendo?

Agucé el oído, pero las palabras eran demasiado indistintas.

—No, pero el tono... suena urgente.

Mi mente corría con posibilidades. ¿Era este el momento que habíamos estado temiendo? ¿O podría ser algo que jugara a nuestro favor? Miré a Elena a los ojos, y ella me dio un leve asentimiento. Ambas sabíamos que debíamos estar preparadas para cualquier cosa.

—Pase lo que pase —susurré, con la voz tensa por la ansiedad—, nos mantenemos juntas, ¿vale?

Elena me apretó la mano.

—Siempre. Somos más fuertes juntas, Bella. Recuérdalo.

Asentí, sacando fuerzas de su actitud serena. Mientras la adrenalina corría por mi cuerpo, sentí que mis sentidos se agudizaban. Cada crujido, cada sombra, cada sutil cambio en el aire a nuestro alrededor se volvió extremadamente perceptible.

Capítulo 3

Luca

Me deslicé por el oscuro estacionamiento, mis pasos amortiguados por el concreto bajo mis pies. La opulencia del edificio era un recuerdo distante, reemplazado por el miedo que me atenazaba. Mis hermanos estaban cerca, detrás de mí, brindándome algo de consuelo mientras nos dirigíamos al montacargas que nos llevaría al ático.

Mi corazón golpeaba contra mis costillas. Bella y Elena estaban tan cerca, pero aún fuera de alcance. No podía quitarme de la cabeza la imagen de ellas atrapadas, asustadas, esperando ser rescatadas. Crucé una mirada rápida y decidida con Marco. No hacían falta palabras.

—Seguridad desactivada en el piso superior —murmuró Dom, con voz apenas audible.

Asentí, aferrando mi arma con más fuerza. —Bien. Vamos.

Llegamos al montacargas, nuestra mejor oportunidad para un acercamiento sorpresa. Mientras Marco hacía su magia tecnológica con las cámaras, me concentré en controlar mi respiración. La misión era clara: entrar, sacar a las chicas, salir. Simple en teoría, pero sabía que no debía subestimar a Tanaka.

Las puertas del ascensor se abrieron con un suave tintineo. Entramos, el silencio roto solo por el zumbido silencioso mientras ascendíamos. No pude evitar imaginar el rostro de Bella, visualizando el alivio que vería cuando irrumpiéramos. Pero aparté ese pensamiento, obligándome a concentrarme en la tarea inmediata.

—Recuerden —dije, mirando a los ojos a mis dos hermanos—. No sabemos qué nos espera allá arriba. Manténganse alerta.

Antonio asintió, su habitual actitud despreocupada reemplazada por una determinación férrea. —Te cubrimos la espalda, Luca.

Mientras los pisos pasaban, repasé el plan una última vez en mi cabeza. Llegar al ático. Neutralizar cualquier amenaza. Encontrar a Bella y Elena. La simplicidad ayudó a calmar mis pensamientos acelerados, incluso mientras mi agarre se apretaba en el arma.

El ascensor se ralentizó, y tomé un último respiro profundo. Este era el momento. Pasara lo que pasara a continuación, estaba listo. Por Bella. Por mi familia. Derribaría todo el edificio si fuera necesario.

Las puertas se abrieron, revelando un largo pasillo vacío que se extendía ante nosotros. La decoración opulenta parecía una burla del peligro que acechaba tras las puertas cerradas. Mis sentidos se dispararon, escaneando cualquier señal de movimiento o amenazas ocultas.

Dom se movió rápidamente hacia la puerta del ático, sus dedos volando sobre el panel de seguridad. Yo tomé posición en un lado, Antonio en el otro, Marco y Giovanni detrás. Los segundos pasaban lentamente, cada momento amplificando la tensión acumulada en mis músculos.

—¿Cuánto más? —susurré, sin apartar la vista del pasillo.

La voz de Dom era baja, concentrada. —Casi. Este sistema es más complejo de lo que anticipé.

Asentí, conteniendo mi impaciencia. Dom sabía lo que hacía. Apresurarlo solo arriesgaría alertar a Tanaka de nuestra presencia.

La voz de Antonio rompió el silencio. —¿Crees que sepan que no estamos aquí para entregarte?

Me volví hacia él, viendo un destello de incertidumbre en sus ojos. —No importa —dije con firmeza—. Las sacaremos de aquí, sin importar lo que nos espere ahí dentro.

La mano de Dom se levantó, señalando que había terminado. Crucé miradas con mis hermanos, toda una vida de confianza y propósito compartido condensada en un solo momento.

—Sal de aquí, Dom —dije. Era un buen hombre, pero sus habilidades no incluían matar.

Dom asintió y se apresuró por el pasillo hacia la escalera de emergencia.

—A la de tres —articulé en silencio. Mis hermanos asintieron.

Conté hacia atrás, luego golpeé la puerta con el pie con toda mi fuerza. Se abrió de golpe con un estruendo resonante.

Avancé rápidamente, con el arma en alto, escaneando el lujoso interior. —¡Bella! —grité, mi voz haciendo eco en el espacio cavernoso—. ¡Elena!

Sin respuesta. No podía verlas por ninguna parte. ¿Habíamos caído en una trampa?

La quietud se hizo añicos cuando los guardias se materializaron desde detrás de muebles ornamentados y puertas doradas. Estalló un tiroteo, los agudos estallidos reverberando en los suelos de mármol y las lámparas de cristal.

Me lancé detrás de un pesado escritorio de roble, las balas astillando la madera sobre mi cabeza. Mi corazón latía con fuerza, pero mis manos se mantuvieron firmes mientras devolvía el fuego. Dos guardias cayeron, sus cuerpos desplomándose sobre la mullida alfombra.

—¡Marco, flanco izquierdo! —grité, detectando movimiento en mi visión periférica.

Marco respondió al instante, pivotando para eliminar la amenaza que se acercaba. Su precisión era devastadora, cada disparo encontrando su objetivo con precisión letal.

Mientras recargaba, mi mente corría. ¿Dónde estaban Bella y Elena? ¿Estaban heridas? La necesidad de encontrarlas me atormentaba, amenazando con anular mi entrenamiento.

—¡Necesitamos avanzar! —les grité a mis hermanos—. ¡Antonio, cúbreme!

Corrí desde mi posición, manteniéndome agachado mientras zigzagueaba a través de la habitación. Las balas silbaban cerca, tan cerca que podía sentir su calor. Derribé a otro guardia mientras me movía, su expresión de sorpresa congelada mientras caía.

Al llegar a una columna de mármol, apoyé mi espalda contra ella, recuperando el aliento. El tiroteo rugía a mi alrededor, pero meforcé a concentrarme. Estábamos progresando, pero demasiado lentamente. Cada segundo perdido aumentaba el peligro para Bella y Elena.

—¡Luca! —la voz de Marco cortó el caos—. ¿Qué hay de los dormitorios?

Asentí, preparándome para el siguiente avance. —A mi señal, proporcionen fuego de cobertura. Voy a entrar.

Tomé un respiro profundo, me centré y di la señal. —¡Ahora!

Mis hermanos desataron una ráfaga de disparos, forzando a los guardias restantes a cubrirse. Aproveché el momento, corriendo por el pasillo que Marco había indicado. El sonido del combate se desvaneció ligeramente mientras me adentraba más en el ático, mis pasos amortiguados por la gruesa alfombra.

Registré metódicamente el dormitorio y el baño, con mi arma lista. Vacío. Vacío. Mi frustración crecía con cada espacio despejado. ¿Dónde estaban?

Regresé a la sala principal y vi a Hiroshi Tanaka.

—Ah, Luca Vitale —dijo Tanaka, su voz suave y controlada—. Te estaba esperando.

Apunté mi arma hacia él, la rabia ardiendo en mi pecho. —¿Dónde están, Tanaka?

Sonrió, la expresión fría y calculada. —A salvo, por ahora. Aunque su continuo bienestar depende enteramente de ti.

—Si les has hecho daño...

—Vamos, vamos —interrumpió Tanaka, levantando una mano—. No recurramos a amenazas vacías. Ambos somos hombres de negocios, después de todo.

Apreté la mandíbula, luchando por mantener mi ira bajo control. —Esto no es un negocio. Es personal.

Los ojos de Tanaka brillaron con malicia. —Todo es negocio, Luca. Deberías saberlo a estas alturas.

El impulso de apretar el gatillo era casi abrumador. Un disparo, y todo habría terminado. Pero no podía arriesgar la seguridad de Bella y Elena. Necesitaba información.

—¿Qué quieres? —exigí, mi voz fría y dura.

Tanaka se inclinó hacia adelante, colocando sus manos sobre el escritorio. —Lo que siempre he querido. Control. Poder. Y tú, Luca Vitale, vas a ayudarme a conseguirlo.

Di un paso adelante, mi arma aún apuntando a Tanaka. —Estás delirando si crees que alguna vez te ayudaría.

Los labios de Tanaka se curvaron en una sonrisa burlona. —Oh, pero lo harás. Por el bien de tu amada Bella y la querida Elena.

Mi dedo se tensó en el gatillo. —Última oportunidad, Tanaka. ¿Dónde están?

Él se rió, un sonido que me heló la sangre. —Ustedes los americanos, siempre tan impacientes.

En ese momento, me abalancé hacia adelante, mi furia finalmente desbordándose.

Con la velocidad de un rayo, me lancé hacia él, mi puño conectando con la mandíbula de Tanaka antes de que pudiera moverse para defenderse.

Se desplomó en el suelo, inconsciente. Me paré sobre él, victorioso y hirviendo de ira.

—No obtendrás tu venganza esta vez, Tanaka —escupí.

La habitación estaba inquietantemente silenciosa mientras esperaba cualquier señal de movimiento de Tanaka. Pero todo estaba quieto, excepto por su respiración dificultosa.

Me giré, escaneando la habitación en busca de las mujeres otra vez. ¿Las habría llevado a otro lugar?

—¡Marco! ¡Antonio! —grité, corriendo de vuelta al pasillo—. ¡Necesitamos registrar cada centímetro de este lugar. Ahora!

Cuando empezamos a buscar, Bella salió rodando de debajo del sofá. —Estamos aquí.

Elena la siguió y mis rodillas se debilitaron al ver a las dos mujeres, ilesas.

—Nos escondimos tan pronto como la puerta se abrió de golpe —explicó Elena.

El alivio me invadió mientras me apresuraba al lado de Bella, atrayéndola hacia mí. Marco hizo lo mismo con Elena. Las examinamos en busca de lesiones, pero ambas estaban bien.

Bella negó con la cabeza, sus ojos abiertos de miedo y alivio. —Estamos bien. Luca, estaba tan asustada.

La atraje hacia mis brazos, abrazándola fuertemente contra mi pecho. Por un momento, me permití sentir el alivio de tenerla a salvo. Pero el momento fue breve.

—Tenemos que movernos —dije, ayudando a Elena a ponerse de pie—, antes de que alguien venga a investigar los disparos.

—¿Qué hay de él? —preguntó Bella, mirando la forma desplomada de Tanaka.

—Llévense a las mujeres y salgan de aquí —dijo Antonio—. Yo me encargaré de todo lo

demás.

Sabía lo que eso significaba, pero esperaba que Bella no lo supiera. Una vez que estuviéramos fuera del alcance del oído, Antonio le pondría una bala entre los ojos a Tanaka.

Corrimos hacia el ascensor y bajamos hasta el garaje. Dom estaba esperando, con la furgoneta en marcha, para llevarnos lejos.

—Creí que te dijimos que te fueras —dije mientras todos subíamos.

Asintió. —Lo hicieron. Pero protegemos a nuestra familia. Cubrimos su escape.

La furgoneta salió del garaje, Dom conduciendo justo por debajo del límite de velocidad. Miré a Bella y Elena, ambas pálidas pero ilesas, y sentí una inesperada oleada de agotamiento que me invadía. Lo habíamos logrado: rescatar a Bella y Elena de las garras de Tanaka. La adrenalina que me había impulsado durante la misión ahora se desvanecía, dejando una sensación de logro mezclada con temor. Habíamos derribado a Tanaka, pero el resto de la Hermandad Corsa aún me perseguiría.

Tan pronto como regresamos a la mansión Vitale, Marco llevó a Dom aparte. —Buen trabajo —dijo en voz baja—. Tu lealtad será recompensada.

Bella me miró, sus ojos llenos de gratitud. —Gracias por venir a buscarnos —susurró.

Asentí, sintiéndome humilde ante su fuerza. —Siempre vendré por ti.

Capítulo 4

Bella

Los neumáticos crujieron en el camino de grava mientras nos acercábamos a la mansión Vitale. Su imponente silueta se alzaba contra el cielo nocturno, un marcado contraste con el caos del que acabábamos de escapar. Salí del coche con las piernas débiles e inestables. Elena tropezó a mi lado, con el rostro tan pálido como imaginaba que estaba el mío.

El gran vestíbulo nos envolvió en una luz cálida y tenue. El suave zumbido de actividad en el interior era discordante después de la intensidad de nuestra terrible experiencia. Parpadeé, tratando de conciliar esta calma con la violencia que acabábamos de dejar atrás.

—Por aquí, queridas —una voz gentil atravesó mi desorientación.

Maria Vitale, la madre de Luca, apareció ante nosotras. Su presencia era a la vez imponente y reconfortante mientras nos guiaba hacia la sala de estar.

Luca me besó. —No me voy de la casa, y volveré contigo en un rato. —Se dio la vuelta y los cuatro hombres Vitale se alejaron, sombríos y decididos.

Las manos firmes de Maria se movían con destreza practicada mientras nos servía a cada una un vaso de líquido ambarino del bar. —Han pasado por una experiencia terrible —observó—. Pero ahora están a salvo.

Quería creerle, pero años de entrenamiento en el FBI hacían difícil confiar. Aun así, mientras continuaba cuidándonos, sentí que parte de la tensión en mi cuerpo comenzaba a disminuir.

Elena habló, con la voz apenas por encima de un susurro. —¿Volverán a por nosotras?

La expresión de Maria se endureció por un momento antes de suavizarse de nuevo. —No nos preocupemos por eso ahora. Ambas necesitan descansar.

—Ya está —dijo Maria, dando unas palmaditas suaves en mi mano—. Eso debería bastar. ¿Por qué no las llevamos a las dos a la cama?

Asentí, de repente consciente de lo agotada que estaba hasta los huesos. Mientras seguíamos a Maria más adentro de la mansión, no pude sacudirme la sensación de que todo lo que creía saber estaba a punto de cambiar.

Mientras nos movíamos por los opulentos pasillos, noté que hombres que nunca había visto antes caminaban con nosotras, y una mujer tomó su lugar junto a Elena. Su presencia era a la vez protectora e inquietante. Observé cómo uno de ellos se adelantaba, con sus ojos oscuros fijos en su madre.

—Señora, ¿necesita algo? —preguntó la mujer a Maria.

Maria sonrió cálidamente. —No, Claire. Solo asegúrate de que Bella y Elena puedan descansar sin ser molestadas.

Sin decir una palabra, caminaron con nosotras hasta nuestras habitaciones. —Señorita Marino, estaremos justo afuera si necesita algo —me dijo uno de los guardias—. También tenemos más hombres apostados fuera del edificio, así que ahora está completamente segura aquí. Intente descansar un poco.

Parecía sorprendentemente preocupado por mí y mi bienestar. No pude evitar comparar su preocupación con la atmósfera fría e impersonal de la Oficina. Allí, cada interacción se sentía calculada, cada palabra medida. Aquí, el aire vibraba con una corriente subyacente de lealtad y amor que nunca había experimentado antes.

Entré en la habitación que Luca y yo habíamos compartido, que comenzaba a sentirse como mi habitación. Hubo un suave golpe en la puerta. —Bella, soy Maria. ¿Puedo entrar un momento?

Le abrí la puerta y entró con una auténtica doncella, uniforme y todo. —Esta es Emmaline. Está aquí para prepararte un baño y traerte algo de comer.

Asentí, incapaz de encontrar palabras. ¿Cómo podía reconciliar esta calidez, este vínculo familiar, con lo que me habían dicho sobre los Vitale, sobre todas las familias mafiosas? Las líneas claras que siempre había trazado entre el bien y el mal de repente se sentían borrosas.

Emmaline se acercó, entregándome un vaso de agua. —Está a salvo aquí, señorita Bella —dijo.

Quería creerle. Dios, cómo quería. Pero mientras estaba allí, rodeada por esta familia que se movía como una unidad, sentí que mi mundo se inclinaba sobre su eje. Todo lo que creía saber sobre la justicia, la lealtad, la familia, todo se sentía incierto ahora.

Se ocupó de preparar mi baño y cuando estuvo listo, me sumergí agradecida en el agua cálida y jabonosa. La tensión comenzó a liberarse de mis músculos mientras el aroma a lavanda comenzaba a hacer su magia.

—Volveré con una bandeja junto a la cama —dijo Emmaline.

Para cuando salí del baño, Emmaline había regresado con una bandeja de aperitivos y una copa de vino para mí. Maria también se había marchado en algún momento y lamenté estar tan preocupada que no le agradecí su generosa hospitalidad.

A medida que avanzaba la noche, me encontré cuestionando dónde estaban mis verdaderas lealtades. El FBI había sido mi vida, mi propósito. Pero después de presenciar la corrupción dentro de sus filas, después de experimentar el cuidado genuino de los Vitale, ya no estaba tan segura.

Cerré los ojos, abrumada por el conflicto interno que ardía dentro de mí. Cuando los abrí de nuevo, sorprendí a Luca observándome, su mirada intensa e ilegible. En ese momento, me di cuenta de que mi vida nunca volvería a ser la misma.

Vi a Luca moverse por la habitación, su presencia dominante pero gentil. Mi mente corría, tratando de reconciliar al hombre que veía ante mí con la imagen de un despiadado ejecutor que había construido en mis archivos del FBI.

—Bella —dijo Luca, sentándose a mi lado—. Pareces preocupada.

Tomé un profundo respiro. —Solo estoy... procesando. Tu familia, el FBI... Nada es como esperaba.

Los ojos oscuros de Luca me estudiaron. —¿Y qué esperabas?

—¿De los Vitale? Caos. Crueldad. No... esto —hice un gesto alrededor de la habitación.

—La justicia no siempre es blanca o negra —dijo Luca suavemente—. A veces se encuentra en las áreas grises.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Pensé en Tanaka, en su fría traición. El sistema al que había dedicado mi vida de repente se sentía hueco.

—¿Cómo defines la justicia, Luca? —pregunté, mi voz apenas por encima de un susurro.

Se inclinó más cerca. —Lealtad. Familia. Proteger a quienes no pueden protegerse a sí mismos. A veces eso significa operar fuera de la ley.

Cerré los ojos, sintiendo que mi visión del mundo cambiaba. Cuando los abrí, Luca seguía allí, firme e inquebrantable. Por primera vez, me permití ver la complejidad del hombre frente a mí, y del mundo que habitaba.

Un fuerte golpe de puerta resonó desde algún lugar de la mansión, y me sobresalté violentamente. Mi corazón se aceleró mientras escaneaba la habitación, esperando a medias que hombres armados irrumpieran por las puertas.

La mano de Luca encontró la mía, su toque me conectó a tierra. —Es solo el personal, Bella. Estás a salvo aquí.

Asentí, tratando de calmar mi respiración. —Lo sé. Es que no puedo quitarme esta sensación de... pavor.

—Es comprensible —dijo Luca, su pulgar trazando círculos en mi palma—. Lo que pasaste, deja cicatrices.

Bajé la mirada a nuestras manos entrelazadas, impactada por la suavidad de su toque. Este era el mismo hombre que una vez creí capaz de una violencia indescriptible. Ahora, ya no estaba segura de qué creer.

—¿Cómo lo haces? —pregunté, encontrando su mirada—. ¿Vivir con la amenaza constante, el peligro?

La expresión de Luca se suavizó. —Aprendes a encontrar paz en los momentos entre tormentas. Y te rodeas de personas en las que confías implícitamente.

Confianza. La palabra quedó flotando entre nosotros, cargada de implicaciones. ¿Podía confiar en Luca? ¿En su familia? La calidez que me habían mostrado luchaba contra años de entrenamiento del FBI que gritaban precaución.

—No sé si puedo hacer eso —admití, mi voz apenas audible—. Confiar, quiero decir. No después de todo.

Luca asintió, con comprensión en sus ojos. —La confianza se gana, Bella. No espero que la des libremente. Pero espero que nos des la oportunidad de ganarla.

Me levanté abruptamente, necesitando moverme. Paseando por la habitación, pasé mis dedos por mi cabello, un hábito nervioso que nunca había logrado superar. —Es más que eso. Esta experiencia me ha cambiado. Me miro al espejo y apenas reconozco en quién me he convertido.

Luca me observaba atentamente, sus ojos oscuros siguiendo mis movimientos. —¿En qué sentido?

Me detuve, luchando por encontrar las palabras adecuadas. —Todo en lo que creía, todo por lo que luchaba... todo ha sido puesto patas arriba. El FBI, la justicia, el bien y el mal, nada parece tan claro como solía ser. Y eso me aterroriza. Estoy empezando a ver las cosas desde tu perspectiva, y me asusta lo mucho que tiene sentido.

Luca se levantó, acortando la distancia entre nosotros. —¿Es eso tan malo? ¿Ver más allá de las rígidas líneas que siempre has conocido?

Negué con la cabeza, frustrada. —No lo entiendes. Si acepto esto, si abrazo este mundo... ¿en qué me convierte? ¿Quién soy si no la persona que siempre he sido?

Los ojos de Luca se suavizaron mientras asimilaba mis palabras. Extendió la mano, sus manos callosas acunando suavemente mi rostro. La ternura de su toque contrastaba marcadamente con el peligroso poder que sabía que esas manos poseían.

—Bella —dijo, su voz baja e intensa—, sigues siendo tú. La esencia de quién eres no ha cambiado. Tu fuerza, tu integridad, tu compasión... esas cosas permanecen. Lo que está cambiando es tu perspectiva, y eso no es malo.

Me apoyé en su toque, anhelando el consuelo que me brindaba. Cerré los ojos, absorbiendo sus palabras. Cuando los abrí de nuevo, vi la sinceridad en su mirada. —Quiero creer eso, Luca. De verdad. Pero ¿cómo puedo estar segura?

Tomó mis manos entre las suyas, su agarre firme y tranquilizador. —Déjame mostrártelo. Te prometo, Bella, que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo. Para mostrarte que podemos construir una vida juntos, un futuro lleno de amor e incluso una familia, si es lo que quieres.

Mientras miraba sus ojos, sentí que una pequeña chispa de esperanza se encendía dentro de mí. ¿Podría ser posible? ¿Podríamos realmente encontrar la felicidad en medio de todo este peligro?

—Quiero confiar en ti —susurré, mi voz apenas audible—. Quiero creer en nosotros.

Luca me acercó más, envolviéndome en sus brazos. En su abrazo, sentí una sensación de seguridad que no había experimentado en mucho tiempo.

—Entonces tomémoslo un día a la vez —murmuró en mi cabello—. Juntos.

Mientras estábamos allí, abrazándonos fuertemente, me permití imaginar un futuro con Luca. Todavía era borroso, lleno de incertidumbres, pero por primera vez, no parecía completamente inalcanzable.

Me besó y besó cada centímetro de mi cuerpo, masajeando, provocando y llevándome a un estado relajado de éxtasis antes de que la intensidad de sus besos cambiara. Igualé su intensidad, necesítándolo de repente.

Devoró mi boca con un fervor que me dejó sin aliento, su lengua explorando cada rincón de la mía. Sus manos recorrieron mi cuerpo, agarrando mis caderas y deslizándose hasta mis senos, apretando y provocando mis pezones hasta que se endurecieron. Trazó besos por mi cuello, mordisqueando y succionando mi piel sensible, haciéndome gemir de placer.

Me empujó hacia atrás sobre la cama, su cuerpo cubriendo el mío mientras frotaba sus caderas contra mí. Podía sentir su duro miembro presionando contra mi muslo, luchando contra sus pantalones. Extendí la mano para desabrochar su cinturón, desesperada por sentirlo dentro de mí.

Gimió cuando liberé su miembro, acariciándolo de arriba a abajo con mi mano. Separó mis piernas y se acomodó entre ellas, sus dedos encontrando mi húmeda intimidad. Provocó mi clítoris, frotando círculos a su alrededor hasta que me retorció debajo de él.

—Bella —gruñó, con voz baja y ronca—. No puedo esperar para follarte.

Gemí en respuesta, arqueando mi espalda mientras deslizaba un dedo dentro de mí. Añadió otro, estirándome y curvando sus dedos para golpear justo en el punto correcto. Jadeé cuando frotó mi punto G, mi cuerpo temblando de placer.

—Te gusta eso, ¿verdad, buena chica? —dijo, su voz llena de elogio—. Eres una pequeña zorra tan sucia para mí.

Gemí de nuevo, amando la forma en que me hablaba. Sabía que era suya, completa y totalmente. Sacó sus dedos de mi intimidad y se quitó la ropa. Alineó su miembro, presionando la cabeza contra mi entrada.

—Fóllame —supliqué, mi voz desesperada y necesitada—. Por favor, fóllame duro.

No necesitó más ánimo. Se hundió dentro de mí, llenándome por completo. Grité cuando empezó a moverse, sus caderas embistiendo duro y rápido. Gruñía con cada empuje, su cuerpo tenso y poderoso.

—Se siente tan bien, nena —dijo, con voz tensa—. Tu coño está tan apretado.

Gemí en respuesta, amando cómo se sentía dentro de mí. Golpeaba todos los puntos

correctos, haciéndome sentir cosas que nunca había sentido antes. Podía sentir que me acercaba cada vez más al orgasmo, mi cuerpo tenso y tembloroso.

—Córrete para mí, nena —dijo, su voz comandante—. Quiero sentir cómo te corres sobre mi polla.

Hice lo que me pidió, mi cuerpo explotando de placer. Él siguió embistiendo, su miembro hundiéndose en mí hasta que vi estrellas. Me siguió poco después, su cuerpo temblando mientras se corría dentro de mí.

Nos quedamos allí por un momento, jadeando y sudorosos, nuestros cuerpos entrelazados. Me acercó a él, susurrando palabras de amor, protección y devoción en mi oído mientras me quedaba dormida.

Desperté unas horas después para ver a Luca desparramado a mi lado. Las promesas de Luca resonaban en mi mente, en guerra con las dudas que se negaban a ser silenciadas. Me escabullí de la cama, con cuidado de no despertarlo, y caminé descalza hacia el pasillo.

Me sonrojé cuando me di cuenta de que los guardias fuera de la puerta probablemente habían escuchado todo lo que había ocurrido entre Luca y yo hace unas horas. Pero eran profesionales, uno de ellos me acompañó mientras caminaba por la casa.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Soy Paul, señora. Soy uno de sus guardias y le agradecería que se asegurara de no ir a ningún lado sin mí, o sin uno de los otros guardias si no estoy disponible.

—De acuerdo, Paul. ¿Qué te parece un viaje rápido a la cocina? Me muero de hambre.

—La guiaré, aunque si lo prefiere, estoy seguro de que Emmaline le traería cualquier cosa que quisiera.

Me reí. —No, no creo que esté lista para que una criada me atienda todavía.

La mansión estaba inquietantemente silenciosa, mis pasos amortiguados por la mullida alfombra. Al doblar una esquina, un suave resplandor llamó mi atención. Provenía de una puerta entreabierta. La curiosidad pudo más que yo, y me acerqué silenciosamente, asomándome al interior.

Maria estaba sentada en un sillón de cuero, con un libro abierto en su regazo. Levantó la mirada, sus penetrantes ojos marrones encontrándose con los míos. —Bella —dijo suavemente—, ¿ya estás despierta?

Negué con la cabeza, sintiéndome de repente como una intrusa. —Lo siento, no quería molestarte.

Maria hizo un gesto de desdén con la mano. —Tonterías. Ven, siéntate conmigo.

Dudé por un momento antes de entrar en el estudio. Paul tomó posición en la puerta. Estaba bastante segura de que lo oí hablar por teléfono, probablemente con Emmaline. Era una habitación acogedora, forrada de estanterías y con un ligero olor a cuero y papel viejo. Me hundí en el sillón frente a Maria, metiendo los pies debajo de mí.

Nos sentamos en un cómodo silencio durante unos minutos. Me encontré estudiando su rostro, notando las líneas de sabiduría grabadas alrededor de sus ojos y boca. Emanaba una fuerza tranquila que no pude evitar admirar.

Finalmente, Maria habló. —Sabes, cuando me casé por primera vez con esta familia, estaba aterrorizada.

Parpadeé sorprendida. —¿Lo estabas?

Asintió, con una sonrisa irónica jugando en sus labios. —Oh, sí. Era joven, ingenua. Pensé que sabía en lo que me estaba metiendo, pero la realidad fue abrumadora.

Me incliné hacia adelante, intrigada. —¿Cómo lo afrontaste?

Los ojos de Maria se volvieron distantes, como si mirara al pasado. —No fue fácil. Hubo momentos en los que quise huir, volver a mi antigua vida. Pero amaba a Enzo, y sabía que esta era ahora mi familia. Así que aprendí a adaptarme, a encontrar fuerza en lugares que nunca supe que existían dentro de mí.

Sus palabras resonaron profundamente, reflejando mi propia lucha interna. —¿Alguna vez te arrepentiste de tu elección? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro.

La mirada de Maria se agudizó, enfocándose en mí con intensidad. —Hubo momentos de duda, sí. Pero ¿arrepentimiento? No. Esta vida me ha dado más de lo que jamás podría haber imaginado. Amor, familia, propósito. No es un camino fácil, Bella, pero puede ser gratificante si estás dispuesta a abrazarlo. Y si les das una oportunidad a mis hijos, creo que verás que están tan comprometidos con proteger a los demás como tú lo estás.

Asentí lentamente, absorbiendo sus palabras. Mientras estaba sentada allí, escuchando a Maria compartir más de sus experiencias, sentí un cambio dentro de mí. El mundo en el que había entrado aún se sentía extraño y peligroso, pero de alguna manera, ya no parecía tan insuperable.

Emmaline llegó, llevando una bandeja con un sándwich y un refresco. —No sabía qué querías, así que si deseas algo más, por favor házmelo saber.

Miré la ensalada de pollo y mi estómago gruñó. —Esto se ve delicioso, gracias.

La voz de Maria se suavizó mientras continuaba, —Hubo un tiempo, al principio de mi matrimonio, cuando los rivales de Enzo se enfocaron en nuestra familia. Estaba aterrorizada, constantemente mirando por encima del hombro. Pero fue en esos momentos de miedo cuando descubrí mi propia fuerza.

Me incliné, cautivada. —¿Qué hiciste?

—Aprendí a defenderme, a recopilar información, a ser un activo en lugar de una carga —respondió Maria, sus ojos brillando con una mezcla de orgullo y determinación—. Me convertí en la confidente de Enzo, su compañera en todos los sentidos. No se trataba solo de sobrevivir, Bella. Se trataba de prosperar, de construir algo significativo. Estoy segura de que ya sabes todo sobre defenderte y recopilar información.

Sus palabras tocaron una fibra sensible dentro de mí. Siempre había visto mi papel como agente del FBI como una forma de proteger a los vulnerables.

—Pero la violencia, el peligro constante —comencé, expresando mis miedos más profundos—. ¿Cómo reconcilas eso con formar una familia, con el amor?

Maria extendió la mano, cubriendo suavemente la mía. —El amor, Bella, es lo que hace que todo valga la pena. Es lo que nos da la fuerza para enfrentar cada día, para proteger lo que es nuestro. El peligro es real, sí, pero también lo son los lazos que forjamos. En esta familia, la lealtad no es solo una palabra, es nuestro fundamento.

Mientras absorbía sus palabras, sentí una sensación de calma asentándose sobre mí. Las dudas todavía estaban ahí, pero ya no parecían insuperables. Por primera vez desde que entré en este mundo, comencé a ver un destello de posibilidad: un futuro donde podría ser más que solo una superviviente.

Una hora después, me deslicé de vuelta a la cama junto a Luca, mi corazón hinchándose al ver su expresión pacífica. Su pecho subía y bajaba con cada respiración constante, un ritmo que parecía calmar mi mente inquieta. Me acurruqué más cerca, atraída por su calidez, por la seguridad que sentía en su presencia.

—¿Bella? —La voz de Luca estaba espesa por el sueño mientras se movía—. ¿Todo bien?

Asentí contra su pecho. —Solo pensaba.

Me rodeó con un brazo, acercándose más. —¿Sobre qué?

—Sobre nosotros —susurré—. Sobre la familia.

El cuerpo de Luca se tensó ligeramente. —¿La tuya o la mía?

Levanté la cabeza para encontrarme con su mirada. —La tuya. Creo... creo que estoy empezando a entenderla mejor.

Sus ojos oscuros escudriñaron los míos, una mezcla de esperanza y cautela en sus profundidades. —¿Qué quieres decir?

—Hablé con tu madre —expliqué—. Me ayudó a ver las cosas de manera diferente. Este mundo... no se trata solo de peligro y violencia. Se trata de familia, lealtad, amor.

La expresión de Luca se suavizó, una rara vulnerabilidad cruzando sus rasgos. —No es una vida fácil, Bella. No te mentaré sobre eso.

—Lo sé —dije, trazando la línea de su mandíbula con la punta de mi dedo—. Pero mi vida es un desastre y las personas en las que pensé que podía contar me han traicionado por completo. No estoy segura de que mi vida haya sido fácil alguna vez.

Atrapó mi mano, presionando un beso en mi palma. —¿Estás segura de esto? Una vez que estés dentro, no hay vuelta atrás.

Tomé una respiración profunda, sintiendo el peso de la decisión ante mí. —Estoy segura de ti, Luca. El resto... lo resolveremos juntos.

Mientras me quedaba dormida en los brazos de Luca, sentí una sensación de paz que no había experimentado en mucho tiempo. El camino por delante sería desafiante, pero por primera vez, me sentí lista para enfrentarlo.

Capítulo 5

Luca

El despacho era una tumba de silencio, roto solo por el suave crujido del cuero cuando mis hermanos se movían en sus asientos. Yo caminaba de un lado a otro frente a la ventana, mi reflejo una mancha oscura contra la noche exterior. La imagen de Bella, atada y aterrorizada, volvió a pasar por mi mente. Apreté la mandíbula.

—Tenemos que actuar —dije con voz baja y tensa—. Los corsos tomarán represalias pronto.

Marco se inclinó hacia adelante, con los dedos entrelazados.

—No podemos precipitarnos, Luca. Necesitamos más información.

Me giré para enfrentarlo, sintiendo el calor subir por mi pecho.

—Mientras estamos aquí sentados, ellos están planeando su próximo movimiento. No podemos permitirnos esperar.

—Y no podemos permitirnos cometer errores —rebatí Giovanni, con los ojos afilados—. Un paso en falso podría hacer que todo se derrumbe.

Me pasé una mano por el pelo, la frustración ardía dentro de mí.

—¿Entonces no hacemos nada? ¿Dejamos que piensen que pueden tocar lo que es nuestro?

La voz de Enzo cortó la tensión.

—Basta. Actuaremos, pero con precisión. Luca, tu ira está justificada, pero no puede guiar nuestra estrategia.

Respiré hondo, tratando de calmar la tormenta en mi interior. Pero todo lo que podía ver era el rostro de Bella, oír su voz. Tenía que protegerla, tenía que hacer que los corsos pagaran.

—¿Qué propones, entonces? —pregunté con palabras cortantes.

Los ojos de Antonio se encontraron con los míos, firmes e inflexibles.

—Recopilamos inteligencia, fortificamos nuestras defensas y nos preparamos para la guerra. Pero lo hacemos de manera inteligente, lo hacemos juntos.

Asentí, una sonrisa sombría tirando de mis labios. Los corsos no tenían idea de lo que se les venía encima. Y yo sería el cuchillo en la oscuridad, listo para atacar.

Marco se puso de pie, su alta figura proyectando una larga sombra a través de la habitación.

—Nuestra primera prioridad es la información. Necesitamos entender su estructura, sus debilidades.

Apreté la mandíbula, luchando contra el impulso de discutir.

—¿Y cuánto tiempo llevará eso? Cada día que esperamos es otro día que podrían atacar.

—Lo entiendo, Luca —dijo Marco, suavizando ligeramente su voz—. Pero precipitarnos a ciegas podría costarnos todo. Tenemos que ser inteligentes en esto.

Caminé a lo largo del estudio, mi mente acelerada.

—De acuerdo. Pero tenemos que movernos rápido. ¿Cuál es nuestro primer paso?

Marco sacó su teléfono, sus dedos volando sobre la pantalla.

—Tienes razón en movernos lo más rápido posible. Estarán débiles ahora, ya que tú y Bella detuvieron su última ronda de tráfico de personas.

—De acuerdo. Pero quiero estar involucrado en cada paso. Ninguna decisión se toma sin mí.

Marco se aclaró la garganta.

—Acordado. Luca, trabajarás con Giovanni en la recopilación de inteligencia. Pero necesito que mantengas la cabeza fría. ¿Puedes hacer eso?

Encontré su mirada, viendo el desafío allí.

—Sí. Puedo hacerlo.

Pero por dentro, mi sangre hervía. Los corsos habían hecho esto personal. Y personal era exactamente como yo pretendía mantenerlo.

Antonio se inclinó hacia adelante, sus ojos avellana agudos de intensidad.

—Podría tener otro ángulo que podemos trabajar —dijo, con voz suave y medida—. Tengo conexiones en Marsella, viejos amigos que me deben favores. Están conectados con el submundo allí, podrían tener información sobre las operaciones de la Hermandad que no podemos obtener en otro lugar.

Dejé de caminar, mi interés se había despertado.

—¿Qué tipo de información?

—Rutas de envío, casas de seguridad. Si lo planeamos bien, podemos golpearlos en más lugares además de Nueva York —respondió Antonio—. No está garantizado, pero es un comienzo. Y es más rápido que construir una red desde cero.

Marco asintió lentamente, sus dedos tamborileando un patrón rítmico en el brazo de su silla.

—Es arriesgado, pero podría darnos la ventaja que necesitamos. ¿Qué tan pronto puedes hacer contacto?

—Una hora —dijo Antonio—. Estableceré una línea segura, haré las llamadas yo mismo. Sentí una oleada de energía ante la perspectiva de acción, por pequeña que fuera.

—Quiero estar allí cuando hagas esas llamadas —dije, mirando a Antonio a los ojos—. Necesito escuchar todo de primera mano.

Antonio dudó, mirando a Marco. Sabía que estaba sopesando los riesgos de involucrarme directamente. Pero no iba a quedarme al margen, no cuando la seguridad de Bella estaba en juego.

—De acuerdo —dijo Antonio después de un momento—. Pero sigues mi ejemplo. Estos contactos son delicados, se asustan fácilmente. Una palabra equivocada podría cerrarnos la puerta para siempre.

Asentí, aceptando las condiciones. No era ideal, pero era progreso. Y ahora mismo, el progreso era lo único que importaba.

La voz de Giovanni cortó el aire, afilada y fría.

—Estamos cometiendo un error.

Se inclinó hacia adelante en su silla, sus ojos azul acero entrecerrados.

—Involucrar a extraños es lo que nos metió en este lío en primer lugar.

Me volví para enfrentarlo, apretando la mandíbula.

—Esto es diferente, Giovanni. No estamos hablando del FBI aquí.

—¿No lo es? —Los labios de Giovanni se curvaron en una mueca de desprecio—. Contactos extranjeros, recopilación de inteligencia. Es una pendiente resbaladiza. ¿Has olvidado

lo que pasó con el trato Rossi?

La mención de ese escándalo legal hizo que mi sangre hirviera. Casi nos cuesta todo.

—Eso fue hace años —dije, esforzándome por mantener mi voz nivelada—. Hemos aprendido de nuestros errores.

Giovanni se puso de pie, su delgada figura tensa por la tensión.

—¿Lo hemos hecho? Porque desde donde estoy parado, parece que estamos a punto de cometer el mismo error otra vez.

Caminó a lo largo de la habitación, sus palabras goteando amargura.

—Confiamos en extraños entonces, y nos traicionaron. ¿Qué te hace pensar que estos contactos europeos no harán lo mismo?

Abrí la boca para discutir, pero la voz de Marco resonó en la habitación.

—Suficiente.

—Estamos en guerra —dijo, con voz baja y firme—. Y en la guerra, no podemos permitirnos estar divididos.

Miró a Giovanni.

—Tu precaución está notada. Pero no podemos ganar esta pelea solos.

—Usaremos los contactos de Antonio —continuó Marco—, pero lo haremos con cuidado. Cada pieza de información será verificada, cada movimiento calculado.

Hizo una pausa, mirándonos a cada uno por turno.

—Nuestra fuerza siempre ha estado en nuestra unidad. Eso es lo que nos hará superar esta crisis.

Mientras sus palabras se hundían, sentí que la tensión en la habitación cambiaba. Todavía estábamos divididos en los detalles, pero nuestro padre nos había recordado el panorama más amplio. Éramos Vitale. Y lo que viniera después, lo enfrentaríamos juntos.

Di un paso adelante, con el corazón latiendo con fuerza.

—Hay una cosa más que debemos considerar —dije con voz firme—. Bella.

La cabeza de Marco se levantó de golpe, sus ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa con ella?

Respiré hondo, estabilizándome.

—No es solo alguien a quien debemos proteger. Es un activo. Su conocimiento del FBI, su experiencia... es invaluable.

Mis hermanos parecían escépticos.

Sentí que se me tensaba la mandíbula.

—Ella tiene un interés personal en esto. La Hermandad Corsa... también son sus enemigos.

—Es demasiado peligroso —interrumpió Marco—. No podemos arriesgarnos a exponer nuestras operaciones a una extraña.

Golpeé la mesa con el puño.

—¡Ella no es una extraña! Ya no.

La habitación quedó en silencio. Podía sentir sus ojos sobre mí, juzgando, cuestionando. Pero no podía dar marcha atrás. No en esto.

—Bella sabe cosas que nosotros no —continué, forzando mi voz a mantenerse nivelada—. Puede ver ángulos que podríamos pasar por alto. Y está dispuesta a arriesgarlo todo para ayudarnos.

Antonio se inclinó hacia adelante.

—Luca tiene razón. Necesitamos todas las ventajas que podamos obtener.

El debate estalló de nuevo, las voces se alzaron. Me mantuve firme, contrarrestando cada argumento que me lanzaban. Con cada minuto que pasaba, la tensión en la habitación se hacía más densa, más pesada.

Sabía lo que estaban pensando. Que estaba dejando que mis sentimientos por Bella nublaran mi juicio. Pero estaban equivocados. Esto no se trataba de mis sentimientos. Se trataba de supervivencia.

Mientras la discusión continuaba, capté la mirada de Marco. Estaba observando, escuchando, su rostro ilegible. Me pregunté qué estaría pensando, si veía la sabiduría en mis palabras o el peligro.

Una cosa estaba clara: esta decisión lo cambiaría todo. Y no iba a ceder sin luchar.

Gradualmente, los gritos se apagaron. Un pesado silencio cayó sobre la habitación, roto solo por el tictac del reloj de pie en la esquina. Miré a mis hermanos, notando la tensión en sus hombros, las cejas fruncidas. Todos estábamos exhaustos, llevados al límite por el peso de las decisiones que teníamos por delante.

Marco fue el primero en romper el silencio.

—Todos estamos del mismo lado aquí —dijo, con voz baja y medida—. Podemos tener enfoques diferentes, pero nuestro objetivo es el mismo: proteger a nuestra familia.

Asentí, sintiendo que parte de la ira se drenaba de mi cuerpo.

—Tienes razón —admití—. No podemos dejar que esto nos divida. Eso es exactamente lo que quieren los corsos.

Giovanni se aclaró la garganta.

—Todavía tengo reservas sobre involucrar a extraños, pero respeto tu juicio, Luca. Si confías en Bella, eso cuenta para algo.

La atmósfera en la habitación cambió. Podía sentir la tensión disipándose, reemplazada por un sentido de propósito compartido. Éramos hermanos, después de todo. Familia. No importaba cuán acaloradas se pusieran las cosas, ese vínculo siempre nos uniría de nuevo.

Marco se puso de pie, enderezando su chaqueta de traje.

—Creo que es hora de que abordemos esto estratégicamente —dijo—. Necesitamos dividir nuestras responsabilidades basándonos en nuestras fortalezas.

Me incliné hacia adelante, intrigado.

—¿Qué tenías en mente?

Los ojos verdes de Marco brillaron con ese familiar destello estratégico.

—Luca, tú y Antonio deberían enfocarse en preparar nuestras defensas y recopilar inteligencia. Sus conexiones y los conocimientos de Bella serán cruciales allí.

Asentí, ya catalogando mentalmente nuestros recursos.

—Mientras tanto —continuó Marco—, Giovanni y yo trabajaremos en identificar amenazas potenciales y asegurar nuestras conexiones internacionales. Necesitamos reforzar nuestras alianzas y cortar cualquier apoyo que los corsos puedan tener.

El plan era sólido. Se adaptaba a nuestras fortalezas individuales mientras cubría todas nuestras bases. Podía ver a los demás asintiendo en acuerdo.

—De esta manera —concluyó Marco—, podemos abordar múltiples aspectos de la amenaza simultáneamente. Sin dejar piedra sin voltear.

Sentí una oleada de orgullo por la mente estratégica de mi hermano. Por esto seguíamos en pie después de todos estos años: nuestra capacidad de adaptarnos y trabajar juntos cuando más importaba.

—Es un buen plan —dije, encontrando la mirada de Marco—. Pongámonos a trabajar.

Mientras la tensión en la habitación comenzaba a disiparse, la voz de mi padre cortó el aire.

—Una cosa más —dijo Marco, su tono exigiendo atención inmediata.

Todos nos volvimos para mirarlo, su imponente figura recortada contra la tenue luz del estudio. Lo observé mientras caminaba lentamente, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—El plan es sólido —continuó, sus ojos oscuros escaneando cada uno de nuestros rostros—. Pero necesitamos establecer líneas claras de comunicación y coordinación.

Sentí que se me tensaba la mandíbula.

—¿Qué tienes en mente?

La mirada de Marco se fijó en la mía.

—Chequeos regulares. Al menos tres veces al día. Compartimos cada fragmento de información, sin importar lo insignificante que pueda parecer.

Antonio se inclinó hacia adelante.

—¿Con tanta frecuencia?

—Sí —respondió Marco, su voz sin admitir argumentos—. Esta situación es fluida. Necesitamos ser capaces de adaptar nuestra estrategia en un momento.

Asentí, viendo la sabiduría en sus palabras. El liderazgo de Marco nos había mantenido vivos y prósperos mientras nuestro padre sucumbía a la demencia. El enfoque de Marco en la disciplina y la organización era la columna vertebral de nuestro éxito.

Mientras Antonio y Giovanni salían del estudio, mi mente se volvió hacia Bella. Su rostro destelló en mi mente: esos penetrantes ojos verdes, la pequeña cicatriz en su mejilla. Sabía que involucrarla era peligroso, pero sus conocimientos sobre el FBI y el submundo criminal podrían ser invaluable.

Me quedé de pie junto a la ventana, mirando fijamente la oscuridad. —Bella no es solo alguien a quien proteger —murmuré para mí mismo—. Es un activo.

—¿Hablando solo, hermano? —la voz de Marco vino desde detrás de mí.

Me giré. —Solo pensaba en voz alta. Sobre Bella.

Marco alzó las cejas. —¿Estás seguro de involucrarla más profundamente?

Asentí. —Sus conocimientos podrían ser la clave para desentrañar las operaciones de la Hermandad Corsa.

—¿Y si nos traiciona? —preguntó Marco, con un tono neutral.

Sentí que mis puños se cerraban. —No lo hará.

Marco me estudió por un momento. —¿Confías tanto en ella?

—Así es —respondí, sosteniendo su mirada firmemente.

Suspiró. —Entonces espero que tengas razón, por el bien de todos nosotros.

Cuando Marco se fue, permanecí clavado en el sitio. El peso de la responsabilidad me presionaba. La seguridad de nuestra familia, la vida de Bella... todo recaía sobre mis hombros.

Respiré profundamente, sintiendo un renovado sentido de propósito. Los días venideros nos pondrían a prueba a todos, pero estaba listo. Tenía que estarlo. Por mi familia. Por Bella.

Me alejé de la ventana, paseando por el estudio. Mi mente repasaba a toda velocidad los desafíos que se avecinaban. Recopilar información sobre la Hermandad Corsa no sería fácil. Eran notoriamente secretos, sus operaciones envueltas en capas de engaño.

Los riesgos eran enormes. Un movimiento en falso y nos expondríamos, o peor aún, pondríamos a Bella en peligro nuevamente. No podía permitir que eso sucediera.

La noche afuera estaba tranquila, pero dentro de mí, una tormenta se estaba gestando.

Sabía lo que había que hacer. Sin importar el precio, protegería a mi familia. Incluyendo a la mujer que amaba. La Hermandad no tenía idea de lo que habían desatado.

Capítulo 6

Bella

Me senté en un rincón del lujoso estudio, con los brazos fuertemente cruzados sobre mi pecho. Mis ojos se desviaron hacia el ornamentado reloj de pie que marcaba el tiempo constantemente en la esquina, su sonido rítmico amplificaba el silencio que me rodeaba.

—Está a salvo aquí, señorita Marino —la voz profunda de Paul interrumpió mis pensamientos. Estaba de pie junto a la puerta, sus anchos hombros llenando el marco.

Asentí, sin confiar en mi voz. Mis dedos rozaron distraídamente la pequeña cicatriz en mi mejilla, un recordatorio de peligros pasados superados. Pero esto... esto se sentía diferente. Abrumador.

—Lo sé —logré decir finalmente, con la voz apenas por encima de un susurro—. Es solo que...

Una tabla del suelo crujió en algún lugar de la mansión, y me sobresalté, con el corazón acelerado. La mano de Paul fue inmediatamente a su arma, sus ojos escaneando el pasillo.

—Está bien —me aseguró después de un momento—. Las casas viejas hacen ruido.

Tomé un respiro tembloroso.

—No puedo quitarme esta sensación, Paul. Como si todavía estuvieran ahí fuera, observando. Esperando.

La expresión de Paul se suavizó ligeramente.

—Es normal después de lo que has pasado. Pero te prometo que este lugar es seguro. Nadie va a entrar aquí sin que lo sepamos. Y conozco al jefe, no dejará que nadie sobreviva mucho tiempo después del insulto a la familia.

Quería creerle. De verdad. Pero el miedo había hundido sus garras profundamente en mí, negándose a soltarme. Cerré los ojos, tratando de centrarme, de encontrar esa parte calmada y analítica de mi cerebro que me había servido tan bien en el pasado.

—Háblame sobre las medidas de seguridad —dije, abriendo los ojos para mirar a Paul—. Explícamelas paso a paso.

Paul asintió, entendiendo mi necesidad de información concreta.

—Tenemos un sistema de alarma de última generación, sensores de movimiento que cubren cada centímetro de los terrenos. Guardias armados patrullando las 24 horas del día, los 7 días de la semana. Las ventanas son a prueba de balas, y hay habitaciones de pánico en cada piso.

Mientras hablaba, sentí que mi respiración se ralentizaba ligeramente. Hechos. Datos. Esto era algo que podía procesar.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Te quedarás cerca?

—No me apartaré de tu lado —afirmó Paul—. Tienes mi palabra.

Asentí, sintiendo una pequeña medida de alivio. Pero cuando otro sonido distante resonó por la mansión, no pude evitar tensarme de nuevo. La opulencia a mi alrededor se sentía como una jaula dorada, y las sombras en las esquinas parecían danzar con amenazas invisibles.

—No sé cómo hacer esto, Paul —admití, con la voz apenas audible—. Cómo volver a sentirme segura.

El golpeteo rítmico de pasos resonó por el pasillo, haciéndose más fuerte con cada segundo que pasaba. Mi ritmo cardíaco se disparó, una mezcla de alivio y ansiedad inundándome. Sabía que era Luca quien se acercaba, y aunque su presencia significaba seguridad, también anunciaba una conversación para la que no estaba segura de estar preparada.

Enderecé la espalda, tratando de componerme. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo podía expresar el torbellino de emociones que giraba dentro de mí? Lo amaba, feroz y completamente, pero el miedo a esta vida —su vida— amenazaba con abrumarme.

La puerta se abrió y Luca entró. Mi cuerpo se tensó involuntariamente, aunque sabía que él nunca me haría daño. Nuestros ojos se encontraron, y la preocupación grabada en su rostro hizo que mi pecho doliera. Se veía desgastado, su habitual aire de control fracturado por la preocupación y algo más oscuro: quizás ira, o miedo.

—Bella —dijo, con voz baja y áspera.

—Luca —respondí, odiando lo pequeña que sonaba mi voz—. Yo... me alegro de que estés aquí.

Se acercó, sus movimientos cuidadosos, como si se aproximara a un animal asustado.

—¿Cómo te sientes?

Casi me reí por lo absurdo de la pregunta. ¿Cómo me sentía? Aterrorizada. Confundida. Enojada. Enamorada.

—No estoy segura —respondí honestamente—. Es todo un poco demasiado.

La mandíbula de Luca se tensó, y vi un destello de culpa en sus ojos.

—Lo siento —dijo—. Esto es mi culpa. Debería haber...

—No —lo interrumpí—. Esto no es culpa tuya. La gente que me secuestró es la culpable. El FBI también tiene la culpa. —Hice una pausa, reuniendo mi valor—. Pero Luca, no puedo fingir que esto no cambia las cosas. Que no estoy asustada.

Luca asintió, sus ojos oscuros sin dejar los míos mientras se sentaba a mi lado. El sofá se hundió bajo su peso, y sentí el calor que irradiaba de su cuerpo. Era reconfortante e inquietante a la vez.

—Entiendo —dijo suavemente—. Tienes todo el derecho a estar asustada. Pero te prometo, Bella, que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo. Y no solo hoy, no solo hasta que aplastemos a la hermandad.

Lo observé cuidadosamente, tratando de leer su expresión. Las líneas de preocupación alrededor de sus ojos eran profundas, y había una tensión en su mandíbula que hablaba de una ira apenas contenida. Pero debajo de todo eso, vi algo más: una feroz determinación que me tranquilizaba y me aterraba al mismo tiempo.

Sus palabras enviaron una ola conflictiva de calidez y temor a través de mí. Quería creerle, hundirme en el consuelo que ofrecía. Pero la parte analítica de mi cerebro, la parte que me había mantenido viva como agente, se negaba a ser silenciada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro—. Tu mundo es peligroso, Luca. No hay garantías.

Apretó mi mano suavemente.

—Tienes razón, no las hay. Pero nunca he estado más seguro de nada en mi vida. Estar conmigo te proporciona una protección como nunca antes has conocido.

Escruté su rostro, buscando cualquier indicio de engaño. Pero todo lo que vi fue sinceridad y resolución. Me reconfortaba y me asustaba a la vez. ¿Hasta dónde llegaría para

protegerme? ¿Qué líneas cruzaría?

Asentí ligeramente, reconociendo sus palabras. Pero el peso de la incertidumbre aún me oprimía, haciendo difícil respirar. Quería expresar mis dudas, hacer las preguntas que giraban en mi mente. Pero no pude encontrar el valor.

En su lugar, dije:

—Creo que tú lo crees, Luca. Pero esto ya no se trata solo de nosotros. El peligro es real, y no va a desaparecer.

Luca se inclinó más cerca, sus ojos oscuros intensos.

—Sé que el peligro es real. De hecho, vine a contarte sobre nuestro plan. Estamos preparando un ataque coordinado contra las Hermandades Corsas en varios países.

Mi ritmo cardíaco se disparó.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Pronto —dijo, con voz baja y decidida—. Los golpearemos con fuerza, los debilitaremos tanto que otras familias terminarán el trabajo por nosotros.

Inhalé bruscamente, procesando las implicaciones. Esto era grande, más grande que cualquier cosa que hubiera encontrado en mi trabajo encubierto. La escala de todo esto me hizo dar vueltas la cabeza.

—Eso es... eso es una operación masiva —dije, tratando de mantener mi voz estable—. El riesgo...

—Es necesario —interrumpió Luca—. Es la única manera de asegurarnos de que nunca vuelvan a secuestrar a mujeres vulnerables.

Estudí su rostro, viendo la voluntad de hierro detrás de sus palabras. Este era el lado de Luca que me fascinaba y aterrorizaba a la vez: el estratega despiadado, el hombre que llegaría a cualquier extremo para proteger lo que era suyo.

—¿Y después? —pregunté, casi temerosa de escuchar la respuesta—. ¿Qué sucede entonces?

El agarre de Luca en mi mano se apretó.

—Entonces construiremos nuestra vida juntos.

La certeza en su voz hizo que mi pecho doliera. Quería creerle, ver el futuro que estaba prometiendo. Pero las realidades del mundo en el que vivíamos seguían entrometiéndose, duras e implacables.

Tomé una respiración profunda, sintiendo que algo cambiaba dentro de mí. Los muros que había construido, las defensas en las que me había apoyado durante tanto tiempo, comenzaron a desmoronarse. Por primera vez en mi vida, me permití imaginar un futuro con un hombre, un futuro donde la felicidad no era solo un sueño lejano.

—Quiero creerte —susurré, con la voz entrecortada—. Quiero intentarlo.

Los ojos de Luca se suavizaron, y me atrajo hacia él. Se lo permití, sintiendo el sólido calor de su cuerpo contra el mío. Su mano encontró la mía, los dedos entrelazándose, y una sensación de calma me invadió.

Nos quedamos en silencio por un largo momento, pero no era el silencio tenso e incómodo de antes. Esto era diferente: un entendimiento silencioso que pasaba entre nosotros sin palabras.

Me concentré en el calor de la mano de Luca en la mía, en el ritmo constante de su respiración. Por primera vez en días, me sentí segura. Era un pequeño consuelo, pero me dio fuerza.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Luca suavemente, su pulgar trazando círculos en

el dorso de mi mano.

Consideraré mi respuesta cuidadosamente.

—Estoy pensando que estoy cansada de tener miedo de que me rompan el corazón. Que tal vez... tal vez es hora de arriesgarse.

Luca se inclinó, sus labios presionando suavemente contra mi frente. El tierno gesto envió una ola de calidez a través de mí, y cerré los ojos, saboreando el momento. Su beso contenía una promesa: de protección, de un futuro donde podríamos encontrar la felicidad a pesar del caos que nos rodeaba.

Mientras se alejaba, encontré su mirada.

—Sé que no será fácil —dije, con voz baja pero firme—. Hay mucho en nuestra contra.

Los ojos oscuros de Luca sostuvieron los míos, su expresión resuelta.

—Ambos nos hemos enfrentado a probabilidades imposibles antes, Bella. Esto no es diferente.

Asentí, considerando sus palabras. Mi mente divagó hacia los desafíos que inevitablemente enfrentaríamos: el peligro de su mundo, el conflicto con mi trabajo, la amenaza constante que se cernía sobre nosotros. Pero el miedo paralizante que había sentido antes se había atenuado, templado por la esperanza que encontraba en la presencia de Luca.

—Tienes razón —admití—. No es diferente. Ambos hemos elegido caminos que conllevan riesgos.

Su voz adquirió un tono determinado mientras continuaba:

—Estamos mejorando la seguridad en todas las propiedades. Nuevos sistemas, más personal, protocolos más estrictos. Nadie se acerca a un kilómetro de ti sin mi conocimiento.

Escuché atentamente, mi mente analítica ya trabajando en la logística.

—Lo sé, Paul me contó todo sobre la seguridad aquí. ¿Qué pasa cuando no estoy en una propiedad de los Vitale?

—Paul seguirá siendo tu guardaespaldas principal —explicó Luca—. Pero estamos añadiendo un equipo secundario, rotando turnos para asegurar cobertura las 24 horas del día, los 7 días de la semana. Se mezclarán, mantendrán la distancia a menos que sea necesario. Elena tiene el mismo sistema, y también mi madre.

Asentí, apreciando la minuciosidad de su plan. Era extraño pensar que necesitaba este nivel de protección, pero no podía negar la necesidad.

—¿Y qué hay de... tu negocio? —pregunté con cautela.

La mandíbula de Luca se tensó casi imperceptiblemente.

—También estamos haciendo cambios allí. Optimizando operaciones, cortando lazos con empresas más arriesgadas. No sucederá de la noche a la mañana, pero Marco está trabajando hacia un futuro donde podamos vivir sin estar constantemente mirando por encima del hombro.

Sus palabras despertaron en mí una mezcla de esperanza y escepticismo. ¿Podríamos alguna vez escapar realmente de los peligros de su mundo? Pero mientras miraba a Luca, veía la determinación en sus ojos, sentí que crecía entre nosotros un sentido de compañerismo. Estábamos juntos en esto, enfrentando lo que viniera como un equipo.

—De acuerdo —dije, apretando su mano—. Lo resolveremos. Paso a paso.

Capítulo 7

Luca

Me senté a la mesa de caoba pulida, mis dedos tamborileando un ritmo silencioso contra la madera mientras estudiaba los rostros de mis hermanos. El estudio, que alguna vez fue un santuario de poder y lujo, ahora se sentía como una olla a presión de tensión y miedos no expresados. Marco estaba de pie en la cabecera de la mesa, sus penetrantes ojos verdes escaneando un mapa detallado extendido frente a nosotros.

—Bien, tenemos nuestros recursos alineados y estamos casi listos para partir —dijo Marco, su voz firme mientras señalaba varios lugares en el mapa—. Sus recursos se están agotando, pero siguen siendo peligrosos. Tenemos que golpearlos donde más les duele, pero solo después de saber exactamente a qué nos enfrentamos.

Me incliné hacia adelante, mis músculos tensos por la anticipación.

—¿Cuál es nuestro primer movimiento? —pregunté, mi voz baja y controlada a pesar de la ira que ardía bajo la superficie.

La mirada de Marco se encontró con la mía, un destello de entendimiento pasando entre nosotros.

—Recopilación de inteligencia —respondió.

Asentí, mi mente ya corriendo a través de posibles escenarios. El peso de la responsabilidad se asentó pesadamente sobre mis hombros, pero lo recibí con gusto. Para esto fui hecho: proteger a nuestra familia, eliminar amenazas.

—¿Y qué hay de nuestros aliados? —intervino Antonio, su voz suave llevando un toque de curiosidad—. ¿Cuánto los vamos a involucrar en esto?

La expresión de Marco se endureció.

—Mantendremos esto cerca del pecho por ahora. Cuanta menos gente sepa nuestros planes, mejor.

No pude evitar estar de acuerdo. La confianza era un lujo que no podíamos permitirnos en esta situación. Mientras la discusión continuaba, me encontré pensando en Bella, preguntándome cuánto de esto debería saber. La línea entre protección y secreto se estaba volviendo cada vez más borrosa. La pondría en una posición difícil si le contaba demasiado y ella todavía tenía algo de lealtad hacia las fuerzas del orden.

Escuché atentamente mientras Marco exponía su enfoque estratégico, asintiendo en acuerdo. El fracaso de la subasta de tráfico humano de la Hermandad había expuesto sus vulnerabilidades, y sabía que teníamos que capitalizar esta debilidad. Mi sangre hervía mientras los recuerdos de los horrores que había presenciado volvían a mí.

—Podemos explotar sus problemas financieros —dije, mi voz dura con rabia apenas contenida. Mis ojos se entrecerraron mientras encontraba la mirada de cada uno de mis hermanos—. Están desesperados, lo que los hace descuidados. Podemos usar eso a nuestro favor y paralizarlos completamente.

Antonio se inclinó hacia adelante, con un brillo depredador en su mirada.

—¿Cómo sugieres que hagamos eso, Luca?

Abrí la boca para responder, pero Marco intervino, su tono medido pero firme.

—Antes de adelantarnos, necesitamos discutir otra complicación. —Hizo una pausa, su mirada cayendo sobre mí—. La participación del FBI, particularmente el jefe de Bella.

Mi mandíbula se tensó involuntariamente al mencionar a Bella. Sabía que Marco tenía razón al sacar esto a colación, pero no lo hacía más fácil de escuchar.

—La interferencia del FBI podría ser un arma de doble filo —continuó Marco, sus dedos tamborileando ligeramente sobre la mesa pulida—. Necesitamos ser cautelosos. Si el jefe de Bella se vuelve contra nosotros, podría desentrañar todo por lo que estamos trabajando. Dado que ya la ha traicionado una vez con Tanaka, estoy seguro de que lo hará de nuevo.

Sentí el peso de las miradas de mis hermanos, sabiendo que estaban midiendo mi reacción. Mi mente corría, dividida entre mi lealtad hacia Bella y mi deber hacia mi familia.

—¿Qué propones que hagamos al respecto? —pregunté, manteniendo mi voz neutral.

No esperé la respuesta de Marco. El pensamiento de que alguien amenazara a Bella o a nuestra familia encendió un fuego en mi pecho. Me incliné hacia adelante, mis manos agarrando los reposabrazos de mi silla.

—Deberíamos eliminarlo también —afirmé, mi voz sin dejar lugar a debate.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire, encontrándose con un pesado silencio. Podía ver los engranajes girando en las mentes de mis hermanos mientras contemplaban los riesgos. La tensión en la habitación era lo suficientemente espesa como para cortarla con un cuchillo.

Las cejas de Giovanni se fruncieron, su mente legal sin duda repasando las posibles consecuencias. Los ojos de Antonio brillaban con una mezcla de emoción y aprensión. El rostro de Marco permaneció impassible, pero lo conocía lo suficiente como para ver la sutil tensión alrededor de sus ojos.

Mantuve mi posición, mi mirada inquebrantable. Esto no se trataba solo de proteger nuestros intereses. Se trataba de salvaguardar a Bella, la mujer que se había convertido en una parte integral de mi vida. El pensamiento de que su jefe la traicionara, nos traicionara, hacía hervir mi sangre.

Mientras el silencio se prolongaba, me encontré preguntándome si había ido demasiado lejos. Pero entonces Marco habló, su voz calmada cortando la tensión como un cuchillo.

La mirada firme de Marco recorrió a cada uno de nosotros mientras continuaba delineando nuestro enfoque. Su dedo trazó un camino a través del mapa extendido frente a nosotros, conectando puntos clave de interés.

—Tienes razón. Lo haremos mientras derribamos a la hermandad si podemos. De lo contrario, lo hacemos justo después. Antonio, te quiero en las finanzas de la Hermandad.

Antonio asintió, su habitual impulsividad templada por la gravedad de la situación.

—En doce horas, puedo decirte todo.

Marco se volvió hacia mí a continuación.

—Luca, te encargas de las redes de seguridad. Diagrama todo lo que viste encubierto. Puntos de entrada, rotaciones de guardias, todo.

Gruñí en reconocimiento, mi mente ya repasando los detalles que necesitaría cubrir.

—Giovanni —continuó Marco—, maneja los ángulos legales. Asegúrate de que nada pueda ser rastreado hasta nosotros.

Mientras Marco hablaba, no pude sacudirme el peso que se asentaba sobre mis hombros. Un movimiento en falso y todo se derrumba. Tomé una respiración profunda, tratando de

calmarme.

Los rostros de las mujeres que Bella y yo salvamos pasaron por mi mente. Su miedo, su desesperación. Alimentó un fuego en mis entrañas. Esto ya no se trataba solo de familia. Se trataba de justicia para aquellos que la Hermandad había destruido.

Apreté la mandíbula, la determinación endureciéndose dentro de mí. Haríamos caer a los corsos de rodillas, costara lo que costara.

Antonio se inclinó hacia adelante, sus ojos color avellana brillantes con una mezcla de emoción e incredulidad.

—Nunca pensé que tendríamos tanta gente dispuesta a respaldarnos en esto —dijo, su voz teñida de asombro—. Muestra cuánto ha enfurecido la Hermandad a la gente.

Asentí, sintiendo una oleada de confianza. No estábamos solos en esta lucha. La realización de que poderosos aliados estaban con nosotros fortaleció mi resolución.

Los ojos verdes de Marco recorrieron a cada uno de nosotros, su mirada intensa.

—Repasamos el plan de nuevo. Cada detalle importa.

Nos guió a través de cada paso metódicamente, sus palabras precisas y calculadas. Me concentré en memorizar cada matiz, conociendo las apuestas que enfrentábamos.

—No puede haber errores —enfaticó Marco, su tono sin dejar lugar a dudas—. Los golpeamos duro y rápido, y no nos detenemos hasta que estén acabados.

La gravedad de sus palabras quedó suspendida en el aire. Mi corazón se aceleró, una mezcla de anticipación y temor corriendo a través de mí. Nos encontrábamos al borde de algo monumental, y sabía que nuestra familia nunca sería la misma después de esto.

La voz de Marco cortó la tensión, su tono firme e inflexible.

—Necesitamos discutir el momento. Mañana, hacemos nuestro movimiento.

Sentí que mis músculos se tensaban ante sus palabras. La realidad de lo que estábamos a punto de hacer me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—Pero primero —continuó Marco, sus ojos oscuros escaneando a cada uno de nosotros —, necesitamos estar en nuestro mejor momento. Duerman un poco esta noche.

Antonio resopló.

—¿Dormir? Estás bromeando, ¿verdad?

La expresión de Marco permaneció impasible.

—No lo estoy. No podemos permitirnos errores debido al agotamiento.

Sabía que tenía razón, pero la idea de tratar de dormir con el mañana cerniéndose sobre nosotros parecía imposible. Mi mente corría con todas las formas en que esto podría salir mal.

—Luca —dijo Marco, su mirada fijándose en la mía—. Pareces a punto de saltar fuera de tu piel. Da un paseo, despeja tu mente.

Asentí, agradecido por la excusa para escapar de la atmósfera sofocante del estudio. Mientras me ponía de pie, Marco añadió:

—Pero no te quedes despierto toda la noche. Te necesitamos agudo.

Los otros salieron, pero yo me quedé rezagado, mis ojos atraídos hacia el mapa sobre la mesa. Cada marca representaba un potencial desastre esperando a ocurrir.

Salí al balcón, el aire fresco de la noche golpeando mi rostro. Hizo poco para calmar la tormenta en mi mente. Mañana podría cambiar todo. Nuestra familia, nuestro futuro, nuestras propias vidas pendían de un hilo.

Agarré la barandilla, mis nudillos blancos. El peso de lo que estábamos a punto de hacer me oprimía. Ya no había vuelta atrás.

Escuché pasos detrás de mí y me giré para ver a Antonio acercarse. Se unió a mí en la

barandilla, su habitual encanto reemplazado por una solemnidad poco característica. Nos quedamos en silencio por un momento, la gravedad de nuestra situación asentándose entre nosotros como una presencia física.

—Escucha, Luca —comenzó—. ¿Recuerdas cómo Marco miraba a Bella cuando se conocieron?

Me reí. Lo habíamos molestado por lo rápido que se había enamorado de una completa desconocida.

Mierda.

—Tengo esa misma mirada, ¿no?

Antonio sonrió.

—La tienes. Y sabes lo que eso significa, ¿verdad? Significa que no importa quién sea, incluso si es —hizo una pausa e hizo una mueca— una agente federal, es tuya y eso significa que tenemos una responsabilidad.

—Gracias, hermano —dije, sus palabras significándolo todo para mí.

Volvimos a caer en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La enormidad de lo que estábamos a punto de hacer nos presionaba, una carga compartida de la que no podíamos escapar.

Dentro del estudio, Marco estaba solo, sus ojos fijos en el mapa extendido sobre la mesa. Sus dedos trazaron las rutas que habíamos discutido, su mente repasando cada posible escenario.

Lo observé a través de la ventana mientras se enderezaba, sus hombros cuadrándose con resolución. Apagó la luz, sumiendo la habitación en la oscuridad. Mientras salía, sus pasos eran medidos, decididos.

Mañana, enfrentaríamos nuestro mayor desafío hasta ahora. Y teníamos que estar listos para cualquier cosa.

Dejamos el aire fresco del balcón y volvimos a entrar en la casa. Seguí los sonidos de risas hasta la sala de estar.

La escena que me recibió me hizo pausar. Bella, mi madre y Elena estaban acurrucadas en el sofá, un bol de palomitas entre ellas. El suave resplandor del televisor iluminaba sus rostros mientras veían lo que parecía una comedia romántica.

—¡Oh, vamos! ¡Es perfecto para ti! —exclamó Elena, lanzando una palomita a la pantalla.

Maria se rio, negando con la cabeza.

—Los hombres nunca son tan perfectos, querida. Créeme.

Bella se rio, el sonido calentando algo dentro de mí.

—No sé, creo que Luca se acerca bastante —dijo, su voz burlona.

No pude evitar la sonrisa que se extendió por mi rostro. Verla así, relajada y feliz, alivió parte de la tensión que había estado cargando.

—¿Ah, sí? —dije, entrando en la habitación.

Tres cabezas se giraron, la sorpresa evidente en sus rostros.

—¡Luca! —exclamó Bella, sus mejillas sonrojándose ligeramente—. ¿Cuánto tiempo has estado ahí parado?

Me acerqué, posándome en el brazo del sofá junto a ella.

—El suficiente para oírte cantando mis alabanzas —bromeé, disfrutando la forma en que su sonrojo se profundizaba.

Maria se puso de pie, estirándose mientras los créditos comenzaban a rodar.

—Bueno, creo que esa es nuestra señal para irnos a dormir. Vamos, Elena.

Cuando se fueron, me volví hacia Bella. —¿Te estás divirtiendo? —pregunté en voz baja. —Lo estaba. Fue bueno hacer algo normal por una vez —dijo.

—¿Lista para ir a la cama?

Ella lo tomó, con una suave sonrisa jugando en sus labios. —Guía el camino.

La guí por los pasillos tenuemente iluminados de la mansión, con el corazón latiéndome con cada paso. El peso de la misión de mañana se cernía sobre mí, pero la presencia de Bella me anclaba en el presente.

Una vez en mi habitación, cerré la puerta tras nosotros. Los brazos de Bella rodearon mi cuello, atrayéndome hacia ella. Nuestros labios se encontraron y, por un momento, el mundo se desvaneció.

Con un rápido movimiento, alcé a Bella en mis brazos, su cuerpo esbelto amoldándose al mío mientras la llevaba a la cama. Nuestras miradas se encontraron y, en ese momento, supe que nunca querría estar con otra mujer. La deposité suavemente, la reverencia en mi beso reflejando el amor no expresado entre nosotros.

—Bella —susurré, con la voz cargada de deseo—, te amo.

Sus ojos brillaron mientras me devolvía el sentimiento:

—Yo también te amo —murmuró, mordiendo el labio inferior con un destello travieso en la mirada—. ¿No tendrás cuerdas por aquí, verdad?

Una sonrisa se extendió por mi rostro mientras un pensamiento perverso cruzaba mi mente. Sin romper el contacto visual, metí la mano en el cajón de la mesita de noche, agarrando las cintas de seda que guardaba allí escondidas. Su respiración se entrecortó cuando las revelé, balanceándolas frente a ella como una tentadora ofrenda. En un instante, se había quitado la ropa, privándome de la diversión.

—¿Manos? ¿Tobillos? ¿O ambos? —pregunté con voz baja y ronca.

—Ambos —respondió ella, con los ojos abiertos de emoción y anticipación.

Comencé atando sus muñecas al cabecero, la seda deslizándose sin esfuerzo sobre su piel. Observé cómo se le erizaba la piel de los brazos, sus pezones endureciéndose bajo la fina camisa de algodón. No pude evitar trazar mis dedos sobre su piel desnuda, saboreando su tacto.

Una vez que sus muñecas estuvieron aseguradas, pasé a sus tobillos, atándolos a la cama con la misma firmeza. Con las piernas abiertas, me tomé un momento para admirar la visión ante mí. Su sexo estaba depilado, brillando con su excitación, y no pude resistir el impulso de tocarla.

Tracé mis dedos a lo largo de sus pliegues húmedos, arrancando un jadeo de sus labios.

—Joder, Bella —gruñí, con la voz cargada de deseo.

—Por favor —suplicó, sus caderas empujando contra mi mano—. Te necesito dentro de mí.

Ya no podía negarme por más tiempo. Me deshice rápidamente de mi ropa, mi miembro palpitando de deseo. Me coloqué entre sus piernas, la punta de mi pene provocando su entrada. Ella arqueó la espalda, intentando forzarme dentro, pero me contuve, queriendo prolongar la anticipación.

—Paciencia —dije—. Creo que hay otras cosas que quiero hacerte primero.

No pude evitar adorar su cuerpo, trazando mis dedos sobre sus curvas con reverencia. Mis labios encontraron los suyos, y la besé apasionadamente, nuestras lenguas bailando juntas en una danza salvaje de lujuria.

—Bella —susurré entre jadeos—, te amo jodidamente.

Mis manos recorrieron su cuerpo, explorando cada centímetro como si fuera la primera vez. Podía sentirla temblar bajo mi tacto, su cuerpo suplicando por más. Me incliné, capturando

su pezón entre mis dientes y dándole un mordisco juguetón. Ella gimió, su cuerpo arqueándose en busca de más.

Dejé un rastro de besos por su estómago, mi lengua hundiéndose en su ombligo antes de continuar hacia el sur. Podía oler su excitación, su dulce aroma llenando el aire y volviéndome loco. Mis dedos provocaron sus pliegues húmedos antes de sumergirse, arrancando un jadeo de placer de sus labios.

—Por favor —suplicó, su voz apenas un susurro—. Fóllame, Luca.

Con un gemido bajo, me hundi en ella, llenándola completamente en un rápido movimiento. Ella gritó, su cuerpo arqueándose sobre la cama mientras comenzaba a moverme dentro de ella. Nuestros cuerpos chocaban, el ritmo de nuestro amor volviéndose más frenético con cada momento que pasaba.

Podía sentir sus paredes apretándose a mi alrededor, su orgasmo construyéndose con cada embestida. Alcé la mano, agarrando un puñado de su cabello y tirando hacia atrás, exponiendo su cuello a mis labios. Besé y mordisqueé su carne sensible, mis dientes rozando su piel mientras me hundía más profundamente en ella.

—Córrete para mí, Bella —exigí, mi voz áspera y dominante.

Con un grito final, lo hizo, su cuerpo convulsionando mientras el orgasmo la recorría. Continué embistiendo, cabalgando su orgasmo antes de finalmente encontrar mi propia liberación.

Nos quedamos allí, enredados en los brazos del otro, nuestra respiración entrecortada y nuestros corazones acelerados. Mientras nuestros cuerpos volvían lentamente a la normalidad, no pude evitar sentir una profunda sensación de satisfacción. En ese momento, no había nadie más con quien quisiera estar, nadie más a quien pudiera amar tanto como la amaba a ella.

—Te amo, Bella —susurré, mis labios rozando su oreja—. Siempre lo haré.

Ella sonrió, sus ojos llenos de amor y deseo.

—Yo también te amo, más que a nada.

—Bella —comencé, mi voz apenas un susurro—. Sé que esto puede ser demasiado pronto, pero... ¿te casarías conmigo?

Contuve la respiración, observando cómo su expresión cambiaba de satisfacción a sorpresa. Sus cejas se fruncieron, y sentí que mi estómago se hundía.

—Luca, yo... —hizo una pausa, sus ojos verdes escrutando los míos—. No estoy segura. Todo esto está sucediendo tan rápido.

Asentí, tratando de ocultar mi decepción.

—Entiendo —dije, atrayéndola más cerca—. Tómame todo el tiempo que necesites.

Mientras Bella se quedaba dormida en mis brazos, me quedé mirando al techo, con la mente acelerada. Mañana lo cambiaría todo, pero esta noche, me aferré a este momento, inseguro de lo que el futuro podría traer.

Capítulo 8

Luca

La pesada puerta de roble del estudio se cerró tras de mí con un clic cuando entré exactamente a las ocho en punto. Mis hermanos ya estaban reunidos alrededor de la gran mesa de caoba, sus rostros grabados con una determinación sombría. El aire se sentía denso por la tensión, cada uno de nosotros agudamente consciente de la gravedad de nuestra inminente operación.

Tomé mi lugar junto a Marco, asintiendo brevemente a Antonio y Giovanni. —Comencemos —dije, con voz baja y controlada.

Marco se aclaró la garganta, sus penetrantes ojos verdes recorriendo la habitación. —Caballeros, hoy ponemos en marcha la caída de la Hermandad Corsa —extendió una serie de documentos sobre la mesa—. Nuestro primer movimiento es plantar información falsa.

Me incliné hacia adelante, estudiando los papeles. Mi mente trabajaba a toda velocidad, calculando cada posible resultado de nuestro plan. Un solo paso en falso podría significar el desastre para todos nosotros.

—¿Cómo podemos asegurarnos de que muerdan el anzuelo? —pregunté, cruzando miradas con Marco.

Él dio un golpecito con el dedo sobre un documento en particular. —Filtraremos esto a través de Salvatore. Ha sido una fuente confiable para ellos en el pasado. No lo cuestionarán.

Antonio se removió en su asiento. —¿Y si Salvatore nos traiciona?

Apreté la mandíbula. —No lo hará. Me he asegurado de ello.

La habitación quedó en silencio por un momento, el peso de mis palabras flotando en el aire. Sabía que mis hermanos entendían las implicaciones.

Marco continuó, delineando cada paso de nuestro plan con meticuloso detalle. Mientras hablaba, me encontré aferrando el borde de la mesa, mis nudillos tornándose blancos. Nunca habían sido tan altas las apuestas.

—Luca —dijo Marco, sacándome de mis pensamientos—. Serás responsable de la trampa final. ¿Estás preparado?

Sostuve su mirada con firmeza. Quería ser yo quien derribara a Ricci porque él era el que supervisaba todo el tráfico de personas. Podía dejar que alguien más se encargara de Pascal Moretti, el Don corso. —Lo estoy. Matteo Ricci no sabrá qué lo golpeó.

Mientras profundizábamos en las complejidades de nuestro plan, no pude sacudirme la sensación inquietante en mis entrañas. Este era nuestro movimiento más ambicioso hasta ahora, y las consecuencias del fracaso eran impensables. Pero no teníamos elección. Era la Hermandad o nosotros.

Me alejé de la mesa, mi mente acelerada con las tareas por delante. Sacando mi teléfono, marqué un número que conocía de memoria.

—Franco —dije, con voz baja—. Necesito esa información que discutimos. Ahora mismo.

—Luca, eso es arriesgado. La Hermandad ha estado husmeando...

—No me importa. Haz que suceda —colgué, sin esperar una respuesta.

Mis hermanos me observaban, sus rostros grabados con preocupación. No tenía tiempo para dudas.

—Antonio, comunícate con nuestros contactos en la autoridad portuaria. Necesitamos asegurarnos de que nuestros envíos pasen desapercibidos.

Asintió, ya sacando su propio teléfono.

Me volví hacia Giovanni. —Tú te encargas de la vigilancia. Quiero ojos sobre Ricci en todo momento.

Mientras mis hermanos se dispersaban para llevar a cabo sus tareas, sentí el peso de la responsabilidad asentarse sobre mis hombros. Cada movimiento que hacíamos nos acercaba más a nuestro objetivo, pero también más cerca de una potencial ruina.

Mi teléfono vibró. Un mensaje de texto de un número desconocido: "Paquete entregado. Espera más instrucciones".

Borré el mensaje inmediatamente, mi ritmo cardíaco acelerándose. Las piezas estaban cayendo en su lugar, pero ¿a qué costo?

—Luca —llamó Marco—. Necesitamos discutir los planes de contingencia.

Me uní a él en el extremo más alejado de la habitación, lejos de oídos indiscretos. —¿Qué tienes en mente?

—Si esto sale mal, necesitamos una estrategia de salida. Para Mamá y Papá, Elena y Bella.

Fruncí el ceño. —No vamos a huir, Marco. Vamos a llevar esto hasta el final.

—¿Y si no podemos?

Encontré su mirada, mi resolución inquebrantable. —Entonces caeremos luchando. Paul y Claire pueden encargarse de todos los demás.

Marco asintió, sus ojos reflejando la misma determinación que yo sentía. —De acuerdo, hermano. Asegurémonos de que no llegue a eso.

Me volví hacia la habitación, observando nuestro improvisado centro de mando. El aire estaba cargado de tensión y el suave zumbido de la actividad. Mis hermanos estaban en constante movimiento, cada uno enfocado en sus tareas asignadas.

—Giovanni —llamé—. ¿Alguna novedad sobre los movimientos de Ricci?

Levantó la vista de su portátil. —Ha mordido el anzuelo, Luca. Nuestro informante reporta que está movilizando a sus hombres para una redada en nuestro supuesto alijo de armas.

Una oleada de satisfacción me recorrió. —Perfecto. Antonio, ¿estado del puerto?

—Todo despejado —respondió—. Nuestros envíos pasarán sin ser detectados.

Me permití una pequeña sonrisa. La arrogancia de Ricci estaba jugando a nuestro favor. Pensaba que nos estaba superando, pero cada movimiento que hacía solo apretaba más el nudo alrededor de su cuello.

Mi teléfono vibró de nuevo. Otro mensaje codificado: "Zorro en el gallinero. Procede con cautela".

Lo borré rápidamente, mi mente trabajando a toda velocidad. Ricci había infiltrado uno de nuestros frentes, pero era uno que habíamos dejado deliberadamente vulnerable. La trampa estaba lista.

—Marco —dije, manteniendo mi voz baja—. Es hora de la fase dos. ¿Estás listo?

Encontró mi mirada, un destello de anticipación en sus ojos. —Siempre, hermano.

Mientras Marco se iba para poner en marcha la siguiente parte de nuestro plan, no pude evitar sentir una mezcla de orgullo y ansiedad. Nuestra unidad, nuestra coordinación perfecta,

todo estaba encajando. Pero las apuestas eran más altas que nunca.

Cerré los ojos por un momento, calmando mi respiración. Cuando los abrí, vi a mis hermanos observándome, esperando el próximo movimiento.

—Muy bien —dije, con voz firme—. Vamos a terminar con esto.

Me retiré a mi estudio, necesitando un momento a solas para prepararme para lo que venía. Como ejecutor, no necesitaba un estudio, pero hoy disfrutaba tenerlo. La silla de cuero crujió cuando me senté, mis manos recorriendo el suave escritorio de caoba. Saqué una pequeña libreta, hojeando páginas de meticulosas notas que había tomado sobre los hábitos de Ricci, su estilo de lucha, sus debilidades.

Mi mente repasaba posibles escenarios. Ricci era hábil, peligroso. Pero también era predecible en su agresión. Visualicé sus movimientos favoritos, mapeando contraataques en mi cabeza.

Un golpe en la puerta. —¿Luca? —Era Giovanni—. Tenemos movimiento en el lado este.

Me puse de pie, estirando los hombros. —Voy enseguida.

Mientras me disponía a salir, capté mi reflejo en la ventana. El hombre que me devolvía la mirada era todo líneas duras y fría determinación. Pensé en Bella, en el futuro por el que estábamos luchando. Esto no se trataba solo de derribar a Ricci. Se trataba de asegurar el legado de nuestra familia.

Me reuní con mis hermanos en la sala principal. La tensión era palpable, como electricidad en el aire.

—Infórmenme —dije, mi voz firme a pesar de la adrenalina que comenzaba a fluir.

Marco señaló un mapa sobre la mesa. —Los hombres de Ricci están convergiendo aquí. Creen que están a punto de atacar nuestra instalación principal de almacenamiento.

Asentí, sintiendo una sombría satisfacción. —¿Y el envío real?

—Ya está en camino al almacén alternativo en Jersey City —confirmó Antonio.

—Bien —dije, mis ojos escaneando la habitación—. Recuerden, necesitamos a Ricci vivo. Él es la clave para dismantelar toda la operación corsa.

Mis hermanos asintieron, sus rostros fijos con determinación. Habíamos estado trabajando hacia este momento durante meses. Cada movimiento, cada pista falsa, cada pieza de información cuidadosamente plantada nos había llevado aquí.

Revisé mi reloj. Menos de una hora hasta la confrontación. Mi ritmo cardíaco se aceleró, pero meforcé a mantener la calma exterior. Mi familia me miraba en busca de fuerza.

—Repasémoslo una vez más —dije, inclinándome sobre el mapa—. Necesitamos estar preparados para cualquier cosa.

Pasamos los siguientes cuarenta y cinco minutos repasando cada detalle del plan. Podía sentir la tensión aumentando con cada minuto que pasaba.

—Es hora —dijo Giovanni, rompiendo el pesado silencio que había caído sobre nosotros.

Asentí, revisando mi arma una última vez. —Recuerden, manténganse en posición hasta que dé la señal. No podemos arriesgarnos a que Ricci se escape.

Nos movimos, cada uno dirigiéndose a nuestras posiciones designadas. El almacén se alzaba ante mí, oscuro e imponente. Me deslicé dentro, mis pasos silenciosos sobre el suelo de concreto.

Lo escuché antes de verlo. La voz de Ricci resonó a través del espacio vacío.

—Sé que estás aquí, Vitale. ¿Realmente creíste que podías superarme en inteligencia?

Salí de las sombras, enfrentándolo. Ricci estaba allí, su alta figura tensa, los ojos dardos

por la habitación.

—Se acabó, Ricci —dije, manteniendo mi voz nivelada—. Tu operación ha terminado.

Se rio, un sonido áspero que me crispó los nervios. —Subestimas el alcance de la Hermandad, Luca. Esto está lejos de terminar.

Di un paso más cerca, mi mano descansando sobre mi arma. —Te equivocas. Hemos desmantelado toda tu red. No te queda nada.

Los ojos de Ricci se estrecharon, su mano moviéndose hacia su chaqueta. —Entonces no tengo nada que perder.

En un instante, sacó su arma. Reaccioné instantáneamente, lanzándome detrás de una pila de cajas mientras una bala silbaba cerca de mi oreja.

El disparo resonó por el almacén, y escuché los pasos de Ricci mientras corría. Corrí tras él, mi corazón latiendo con fuerza. Atravesamos el edificio, estrellándonos contra puertas y saltando sobre obstáculos.

Lo alcancé en lo que parecía una antigua oficina. Ricci giró, lanzando un puñetazo hacia mi cara. Me agaché, sintiendo la ráfaga de aire cuando sus nudillos apenas rozaron mi mandíbula.

—¿Crees que esto se trata de ti? —gruñó Ricci, lanzando otro puñetazo—. ¿De tu preciosa familia?

Bloquéé su golpe y contraataqué con un jab a sus costillas. —Se trata de proteger lo que es mío —gruñí.

Forcejamos, estrellándonos contra un escritorio. Papeles y viejas piezas de computadora cayeron al suelo con estrépito. El codo de Ricci me golpeó en el costado, y gruñí de dolor.

La imagen de Bella destelló en mi mente, junto con los rostros de las mujeres que no pude salvar en el pasado. Sus recuerdos me alimentaron, empujándome más fuerte.

Me liberé del agarre de Ricci y le asesté un sólido puñetazo en el plexo solar. Tropezó hacia atrás, jadeando por aire.

—Tu tiempo se acabó, Ricci —dije, avanzando hacia él—. La Hermandad está acabada.

Los ojos de Ricci se movieron frenéticamente, desesperado por una escapatoria. —No tienes idea de lo que has hecho, Vitale. Las consecuencias...

Lo interrumpí con un gancho de derecha a la mandíbula. Se desplomó en el suelo, inconsciente.

De pie sobre la forma postrada de Ricci, tomé una respiración profunda. La adrenalina se estaba disipando, y sentí el dolor de cada golpe que había recibido. Pero estaba hecho. Habíamos ganado.

Saqué mi teléfono para llamar a Marco. —Ricci está caído —dije cuando contestó—. Envía al equipo de limpieza.

Mientras esperaba que llegaran mis hermanos, no pude sacudirme la sensación de que esta victoria era solo el principio. Habría repercusiones, cabos sueltos que atar. Pero por ahora, mi familia estaba a salvo. Y eso era suficiente.

Caminé por la habitación, mi mente acelerada. El equipo de limpieza se encargaría de Ricci, pero ¿qué vendría después? La Hermandad Corsa no se quedaría de brazos cruzados. Tendríamos un blanco en nuestras espaldas.

Marco entró, sus ojos escaneando la destrucción antes de posarse en mí. —¿Estás bien?

Asentí, haciendo una mueca por el dolor en las costillas. —Sí. ¿Qué hay de nuestras otras operaciones?

En cuestión de minutos, mis hermanos se reunieron. Me apoyé contra la pared, con el

cuerpo tenso.

Apreté el agarre en la pistola mientras Marco se volvía hacia Antonio, sus ojos verdes agudos de anticipación. —Informa sobre los ataques internacionales. Ahora.

Antonio asintió, tecleando rápidamente en su teléfono. —Los informes iniciales indican que la hermandad corsa fue tomada por sorpresa. La mayoría de las ubicaciones han sido neutralizadas. Solo quedan algunos focos de resistencia.

Una oleada de satisfacción me recorrió, pero mantuve mi expresión neutral. Esto aún no había terminado.

Los labios de Marco se curvaron en una sonrisa fina. —Excelente. Pero no podemos celebrar hasta que cada amenaza sea eliminada.

Capté a Ricci moviéndose ligeramente en mi visión periférica. En un movimiento fluido, levanté mi arma y disparé. El disparo resonó por la habitación mientras Ricci se desplomaba en el suelo, con un agujero limpio en la frente.

Antonio se estremeció ante la repentina violencia, pero rápidamente recuperó la compostura. —Llamaré al equipo de limpieza —dijo, ya marcando.

Enfundé mi arma, escaneando la habitación en busca de otras amenazas potenciales. Al no encontrar ninguna, Marco se volvió hacia mí. —Necesitamos movernos. Moretti estará en la casa segura.

Asentí, con el rostro marcado por una determinación sombría. —Terminemos con esto.

Mientras salíamos de la habitación, dejando a Antonio para manejar las consecuencias, sentí la familiar descarga de adrenalina. Esto era para lo que vivía: proteger a mi familia, eliminar amenazas.

—Tú toma la delantera —dijo Marco mientras nos acercábamos a nuestro vehículo—. Yo coordinaré con nuestros equipos en el terreno.

Asentí, deslizándome en el asiento del conductor. Mientras navegaba por las calles, mi mente repasaba posibles escenarios.

La casa segura se alzaba ante nosotros, una fortaleza silenciosa en la noche. Me acerqué con cautela, con la mano descansando sobre mi arma. Marco me seguía de cerca, sus pasos apenas audibles en el camino de grava.

—Parece vacía, jefe —dijo uno de los lugartenientes de Marco, escaneando las ventanas en busca de cualquier señal de movimiento—. Hace unas dos horas, quizás cincuenta hombres salieron apresuradamente. No ha habido movimiento desde entonces.

Asentí, recordando el diseño del edificio. —La sala de pánico. Ahí es donde estarán.

Rodeamos la propiedad, localizando la tubería de ventilación en la esquina. Saqué una lata de gas lacrimógeno, mi ritmo cardíaco acelerándose mientras me preparaba para soltarla.

—¿Listo? —le pregunté a Marco.

Él asintió secamente, su rostro una máscara de determinación. —Hazlo.

Solté la lata, escuchándola repiquetear por la tubería. Corrimos de vuelta a la casa segura, posicionándonos a ambos lados de la puerta de la sala de pánico.

Toses ahogadas y maldiciones resonaban desde dentro. Apreté más mi arma, la adrenalina corriendo por mis venas.

—Recuerda —dijo Marco, su voz baja y firme—, necesitamos a Moretti y Richardson vivos... por ahora.

La puerta se abrió de golpe y estalló el caos. Cuerpos salieron tambaleándose, tosiendo y desorientados. Disparé metódicamente, cada tiro encontrando su objetivo. El olor acre de la pólvora llenó el aire mientras los cuerpos caían al suelo.

El arma de Marco ladraba a mi lado, su puntería tan precisa como la mía. Nos movíamos en perfecta sincronía, años de entrenamiento y experiencias compartidas guiando nuestras acciones.

Cuando el humo se disipó, dos figuras emergieron al final: Moretti y Richardson. Salieron tambaleándose, tosiendo y parpadeando contra el gas lacrimógeno.

—De rodillas —gruñí, manteniendo mi arma apuntada hacia ellos.

Los ojos de Moretti se clavaron en los míos, llenos de odio y desafío. —Pagarás por esto, Vitale —escupió.

Sonreí con suficiencia, imperturbable ante su amenaza. —Lo dudo.

Marco sacó su teléfono, comenzando a grabar. —Se les acabó el tiempo, caballeros —dijo, su voz fría y profesional.

Di un paso adelante, mi arma apuntando a la cabeza de Moretti. —¿Algunas últimas palabras?

Richardson gimoteó, pero Moretti permaneció en silencio, mirándome fijamente con férrea determinación.

Apreté el gatillo dos veces en rápida sucesión. Los disparos resonaron en la habitación, y ambos hombres se desplomaron en el suelo.

Marco bajó su teléfono, su expresión sombría. —Está hecho.

Salimos del edificio, dejando atrás un rastro de cuerpos. En la entrada, saqué un pequeño dispositivo incendiario.

—Hora de borrar la evidencia —dije, activándolo y lanzándolo dentro.

Mientras nos alejábamos, la casa segura estalló en llamas detrás de nosotros, proyectando largas sombras sobre el suelo.

Capítulo 9

Bella

Permanecí inmóvil, con los ojos clavados en la pantalla mientras se reproducía el vídeo de la ejecución de Moretti y Richardson. La cruda finalidad de sus muertes me golpeó como un impacto físico. Mi corazón latía con fuerza, cada latido haciendo eco de los disparos que habían acabado con sus vidas. La habitación estaba en silencio excepto por mi respiración, pero en mi mente aún podía oír los ecos de los disparos y los gritos.

Miré a mi alrededor a los hermanos Vitale, sus rostros tan sombríos como yo me sentía. Lo habíamos logrado. Habíamos derrocado a la Hermandad. Pero, ¿a qué precio?

Cuando el vídeo terminó, mi mirada se cruzó con la de Luca. Su rostro era un desastre de moretones y sangre, evidencia de la feroz batalla que habíamos sobrevivido. A pesar de sus heridas, sus ojos ardían con una intensidad que me cortó la respiración.

—Se acabó —dijo Luca, con voz áspera y baja—. Puedes volver a tu antigua vida si quieres.

Sentí el peso de sus palabras, la pregunta implícita detrás de ellas. ¿Quería volver? ¿Podría hacerlo, después de todo lo que habíamos pasado?

Mis dedos se crisparon, buscando instintivamente el consuelo de mi bolígrafo para golpear contra mi pierna. Pero lo había perdido en algún lugar durante el caos de la pelea. Tragué saliva con dificultad, tratando de encontrar mi voz.

—Yo... No sé si puedo, aunque quisiera —admití, con voz apenas por encima de un susurro.

Me volví para observar al resto de la familia Vitale. Marco, Antonio y Giovanni estaban a nuestro alrededor, cada uno con sus propias cicatrices de batalla. Sus trajes, antes impecables, estaban rasgados y manchados de tierra, sudor y sangre. El agotamiento se reflejaba en sus rostros, con los hombros caídos bajo el peso de lo que habíamos logrado.

Me di cuenta entonces de que estos hombres, esta familia, se habían convertido en mi mundo. La idea de alejarme de ellos me parecía más desalentadora que cualquier tiroteo al que nos hubiéramos enfrentado.

Mi mente corría, los recuerdos pasaban ante mis ojos. Noches tardías planeando operaciones, momentos robados con Luca que me dejaban sin aliento. El peligro, la pasión, el inesperado amor que había crecido entre nosotros.

Me volví hacia Luca, mi corazón latía tan fuerte que estaba segura de que todos podían oírlo. —Sí —dije, con voz más firme de lo que me sentía.

El ceño de Luca se frunció confundido. Vi la misma expresión perpleja reflejada en los rostros de sus hermanos.

—¿Sí? —preguntó Antonio, rompiendo el silencio—. ¿Sí a qué?

Una risa brotó de mi pecho, inesperada pero bienvenida. La tensión en la habitación se rompió como una presa.

—Luca me hizo una pregunta muy importante anoche —expliqué, sin poder evitar el tono

de diversión en mi voz—. Y dije que no estaba segura. Pero ahora lo estoy. Sí.

El peso de mi decisión se asentó sobre mí. Estaba eligiendo a Luca. Eligiendo a esta familia, con todas sus incertidumbres y peligros. Mi corazón latía acelerado, pero me sentía extrañamente tranquila.

—Pero no voy a esperar y estar comprometida durante meses —añadí, mirando a Luca a los ojos con una sonrisa juguetona—. Tienes que hacerme tu esposa pronto.

Los ojos de Luca se abrieron de par en par, el asombro claro en su rostro. Por un momento, temí haberme excedido. Luego, una amplia sonrisa se dibujó en sus facciones, transformándolo. Dio un paso adelante, envolviéndome en un fuerte abrazo.

Me derretí en sus brazos, respirando su aroma: pólvora, cuero y algo únicamente de Luca. Su calor me envolvió, y me sentí más segura de lo que había estado en años.

—Puedes tener lo que quieras —murmuró en mi oído, su voz cargada de emoción—. Compromiso corto, sin problemas. Pero, ¿puedo tener tiempo para comprarte un anillo primero?

Su aliento era cálido contra mi piel. Cerré los ojos, saboreando el momento. En sus palabras, sentí el peso de su amor, su compromiso. Debería haberme asustado. En cambio, se sentía como volver a casa.

El momento fue interrumpido por el sonido de tacones resonando en el suelo de madera. Me giré para ver a Elena y María entrando en la habitación, sus rostros una mezcla de curiosidad y preocupación.

Los ojos de Elena se movieron entre Luca y yo, frunciendo el ceño. —¿A qué se debe tanta felicidad? —preguntó, con un tono burlón en su voz.

Sentí el pecho de Luca expandirse contra mí mientras tomaba una profunda respiración. Su brazo permaneció alrededor de mi cintura mientras se enfrentaba a su familia.

—Bella ha aceptado casarse conmigo —anunció, con orgullo evidente en cada palabra—. Y no quiere esperar.

Vi cómo los ojos de Elena se ensanchaban, sus labios se separaban por la sorpresa. Luego, una sonrisa se extendió por su rostro, iluminando sus facciones.

—¿Eso es todo lo que se necesita? —preguntó Elena, dando un codazo a Luca—. Porque tampoco estoy muy entusiasmada con mi largo compromiso.

Mi mirada se cruzó con la de Elena, y vi una chispa de algo en sus ojos: emoción, tal vez incluso un toque de picardía. Una idea comenzó a formarse en mi mente, y por la expresión de su rostro, supe que ella estaba pensando lo mismo.

—¿Y si nosotras... —empecé, pero Elena ya estaba asintiendo.

—¿Una boda doble? —terminó, su voz elevándose con emoción.

Sentí un escalofrío recorrerme ante la perspectiva. Era una locura, impulsivo, y exactamente lo que quería. Me volví hacia Luca, buscando en su rostro cualquier señal de duda.

Solo encontré sorpresa en los ojos oscuros de Luca, rápidamente reemplazada por un calor que hizo que mi corazón se acelerara. Dio un leve asentimiento, la comisura de su boca elevándose en una media sonrisa.

—Una semana —dije, las palabras saliendo atropelladamente antes de que pudiera pensarlo dos veces—. Podríamos hacerlo en una semana.

La habitación quedó en silencio por un momento. Contuve la respiración, preguntándome si había ido demasiado lejos. Entonces Marco se aclaró la garganta.

—Eso es... ambicioso —dijo, con un tono cuidadosamente neutral.

Observé cómo Marco y Luca intercambiaban una larga mirada. Había algo no dicho pasando entre ellos: años de historia, experiencias compartidas y un vínculo que yo apenas

comenzaba a entender.

—Derrocamos a toda una familia criminal en una semana. ¿Me estás diciendo que las flores, los vestidos y los anillos son más complicados? —pregunté.

El brazo de Luca se apretó a mi alrededor. —Es perfecto —dijo, con voz baja y segura.

Una ola de alegría me invadió, tan intensa que casi me mareó. Iba a casarme con Luca. En una semana. El pensamiento me llenó de una expectación vertiginosa que no había esperado.

La voz de María cortó mis pensamientos. —Bueno, entonces —dijo, con un tono que no admitía discusión—. Tengo mucho trabajo que hacer.

Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, María nos había agarrado a Elena y a mí por los brazos. Su agarre era sorprendentemente fuerte mientras comenzaba a guiarnos hacia la puerta.

—¡Tenemos una boda que planear, señoritas! —declaró.

Mientras María nos sacaba de la habitación, eché un último vistazo a Luca. Sus ojos estaban fijos en mí, llenos de una mezcla de amor y algo que parecía casi asombro. Sentí un aleteo en el pecho, una sensación de corrección asentándose sobre mí.

Esto era todo. Este era nuestro nuevo comienzo.

—Vamos, Bella —urgió María, tirando de mi brazo—. No tenemos tiempo que perder.

Me dejé llevar, mi mente corriendo con pensamientos sobre el futuro. Cualesquiera que fueran los desafíos que nos esperaban, sabía que Luca y yo los enfrentaríamos juntos. Ese conocimiento me llenó de fuerza y una profunda sensación de paz.

Mientras doblábamos la esquina, oí la voz de Antonio que salía de la habitación que acabábamos de dejar.

—Bueno, eso escaló rápidamente —dijo, seguido por el sonido de las risas de Marco y Giovanni.

Elena se inclinó cerca de mí mientras caminábamos. —No puedo creer que estemos haciendo esto —susurró, sus ojos brillantes de emoción.

Le devolví la sonrisa. —Yo tampoco —admití—. Pero se siente correcto, ¿no?

Ella asintió enfáticamente. —Lo es. Es una locura, pero se siente correcto.

María se aclaró la garganta. —Menos charla, más planificación —dijo, pero pude oír la sonrisa en su voz—. Tenemos dos bodas que organizar en una semana. Va a ser un desafío, pero somos Vitale. No retrocedemos ante los desafíos.

Mientras nos dirigíamos hacia el estudio de María, sentí una oleada de determinación. Este era el comienzo de algo nuevo, algo maravilloso. Y estaba lista para ello.

—Vamos, querida —dijo, con voz más suave ahora—. Habrá mucho tiempo para eso más tarde. Ahora mismo, tenemos trabajo que hacer.

Al entrar en el estudio de María, oí a los hombres que seguían hablando.

—¿Estás seguro de esto, hermanito? —preguntó Marco, su tono suave pero indagador.

Contuve la respiración, esforzándome por escuchar la respuesta de Luca. Su voz profunda se escuchó claramente por el pasillo.

—Nunca he estado más seguro de nada —respondió Luca, con convicción resonando en cada palabra.

Mi corazón dio un vuelco. La certeza inquebrantable en la voz de Luca hizo que mi propia decisión se sintiera aún más correcta. Quería correr de vuelta hacia él, lanzarme a sus brazos y no soltarlo nunca. Pero el firme agarre de María en mi brazo me mantuvo avanzando.

El tono pragmático de Giovanni se escuchó desde la otra habitación. —Necesitaremos organizar la seguridad para el lugar —decía—. Empezaré a hacer llamadas.

La voz de Antonio se unió: —¿Qué tal el Palazzo Versace? Es íntimo, lujoso... perfecto para una boda Vitale.

Sus voces se desvanecieron cuando María cerró la puerta tras nosotras. Se volvió hacia Elena y hacia mí, sus ojos brillando con una mezcla de determinación y alegría.

—Ahora —dijo, juntando las manos—. Vamos a hacer que ocurra la magia.

Asentí, tratando de concentrarme en las palabras de María, pero mi mente seguía desviándose hacia Luca y sus hermanos. La gravedad de todo lo que habíamos pasado me golpeó de nuevo.

—¿Bella? —la voz de Elena me devolvió la atención—. ¿Estás bien?

—Sí —dije, forzando una sonrisa—. Es solo que... hay mucho que procesar.

La expresión de María se suavizó. —Por supuesto que sí, querida. Pero recuerda, no estás sola en esto. Ahora somos familia.

Familia. La palabra resonó en mi mente, trayendo consigo una oleada de emociones. Pensé en los hermanos Vitale, cómo habían permanecido unidos a través de todo: el peligro, la pérdida, los sacrificios. Y ahora, de alguna manera, yo era parte de ese vínculo inquebrantable.

—Me pregunto cómo estarán los chicos —reflexioné en voz alta.

Elena sonrió con picardía. —Probablemente aún en estado de shock.

Todas reímos, la tensión en la habitación disminuyendo ligeramente. Mientras María comenzaba a esbozar planes, me encontré mirando hacia la ventana, imaginando a Luca al otro lado.

En la habitación contigua, oí una puerta abrirse y cerrarse. Pasos resonaron por el pasillo, pasos pesados y decididos que reconocería en cualquier parte. Luca se dirigía afuera.

Me lo imaginé de pie en el balcón, sus anchos hombros recortados contra el cielo nocturno. El aire fresco sería un alivio después de la intensidad de las últimas horas. Me pregunté qué estaría pasando por su mente mientras miraba las luces de la ciudad.

—Tierra llamando a Bella —bromeó Elena, agitando una mano frente a mi cara—. Estás con nosotras en papel, pero tu mente está claramente en otra parte.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban. —Lo siento, solo estaba...

—Pensando en mi hijo —terminó con una sonrisa cómplice—. Lo entendemos. Pero ahora mismo, necesitamos concentrarnos en hacer que esta boda suceda.

Mientras María y Elena se sumergían en los arreglos de asientos, mi mente volvió a divagar. Me disculpé, saliendo sigilosamente de la habitación y bajando por el pasillo. La puerta del balcón estaba entreabierta, y salí por ella.

Luca estaba de pie junto a la barandilla, de espaldas a mí. Me acerqué en silencio, deslizando mi mano en la suya. No se sobresaltó; sabía que yo estaba allí.

Permanecimos en silencio, con la ciudad extendida ante nosotros. Las sirenas aullaban en la distancia, un recordatorio del mundo que habíamos dejado atrás. La mano de Luca se apretó alrededor de la mía.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, con voz baja y áspera.

Me volví para mirarlo, observando las líneas de preocupación grabadas en su frente. Sus ojos oscuros escrutaban los míos, buscando seguridad.

—Nunca he estado más segura de nada —dije, haciendo eco de sus palabras anteriores.

Los hombros de Luca se relajaron, la tensión abandonando su cuerpo. Me atrajo más cerca, rodeando mi cintura con un brazo.

—No será fácil —murmuró.

—Lo sé —respondí—. Pero siento que puedo enfrentarme a cualquier cosa ahora mismo.

Contemplamos la ciudad, nuestro campo de batalla, nuestro hogar. El futuro se extendía ante nosotros, incierto pero lleno de posibilidades.

Capítulo 10

Luca

La chimenea crepitaba, proyectando sombras danzantes por el estudio de Marco. Me hundí más en el sillón de cuero, haciendo girar el ámbar del whisky en mi vaso. La tensión de los últimos días finalmente se había disipado, reemplazada por una rara sensación de calma.

La risa de Marco resonó mientras relataba una historia sobre Elena.

—Pensó que estaba bromeando cuando le conté sobre mi colección de zapatos. Deberías haber visto su cara cuando vio mi armario.

Giovanni sonrió, imaginando la escena.

—Al menos la tuya no intentó reorganizarlo. Mi última novia pasó tres horas organizando mi armario por colores. Y por eso es mi ex. No necesito que me controlen de esa manera.

Antonio resopló.

—Ustedes dos son ridículos. ¿Qué pasó con los temidos hermanos Vitale?

—Se enamoraron —dijo Marco, con una sonrisa en los labios.

Chocamos nuestros vasos, y el rico aroma del whisky llenó el aire. Por una vez, no había amenazas que neutralizar, ni territorios que defender. Éramos solo hermanos, celebrando un momento de alegría.

Marco dejó su vaso, su expresión volviéndose seria.

—Hablando de amor —dijo, con voz baja—, he estado pensando en el futuro. En criar hijos en este mundo que hemos creado.

El cambio de tono era palpable. Me enderecé, con los ojos fijos en el rostro de Marco.

—No quiero que mis hijos crezcan en esta vida —confesó, su mirada encontrándose con la mía. El peso de sus palabras quedó suspendido en el aire.

Asentí lentamente, comprendiendo la gravedad de lo que estaba diciendo. Nuestro mundo de peligro y crimen era todo lo que habíamos conocido. Pero ahora, con la perspectiva de formar familias en el horizonte, todo estaba cambiando.

—Tienes razón —dije, con la voz más firme de lo que me sentía—. Quiero que mis hijos tengan una vida mejor, más segura. —Hice una pausa, considerando las implicaciones—. No podemos seguir viviendo así si queremos un futuro real para ellos.

La habitación quedó en silencio. Podía sentir el peso de las miradas de mis hermanos sobre mí, pero mantuve los ojos fijos en el líquido ámbar de mi vaso. La idea de traer un niño a nuestro mundo, un mundo de violencia y peligro constante, me revolvía el estómago.

Antonio se inclinó hacia adelante en su silla, rompiendo el silencio.

—Podemos ganar mucho dinero con nuestros negocios legítimos —dijo, con un tono optimista. Hizo un gesto enfático, con los ojos brillantes de posibilidades—. De hecho, podríamos ser incluso más exitosos una vez que no tengamos que estar constantemente mirando por encima del hombro.

Levanté una ceja, intrigado por su entusiasmo. Antonio siempre había sido el visionario entre nosotros, viendo oportunidades donde otros veían obstáculos.

—Piénsenlo —continuó, su voz ganando impulso—. Podríamos expandirnos, internacionalizarnos, y todo sin la amenaza constante de ser atrapados.

La idea era atractiva, tenía que admitirlo. Una vida en la que no tuviera que estar constantemente vigilando mi espalda, donde pudiera construir algo sin miedo a que fuera derribado por familias rivales o por la ley.

Giovanni se aclaró la garganta, atrayendo nuestra atención. Sus ojos azul acero eran agudos, calculadores mientras se inclinaba hacia adelante en su asiento.

—Yo puedo manejar todos los aspectos legales de la transición a negocios legítimos —dijo, con voz firme y segura.

Estudí el rostro de mi hermano, notando la ligera tensión alrededor de sus ojos que delataba su intensidad. Giovanni siempre había sido el más inteligente de nosotros, el que podía navegar por la compleja red de leyes y lagunas legales.

—He estado estudiando esto durante años —continuó—. Navegar por el cambio no será fácil, pero es factible. Tendremos que ser inteligentes al respecto, pero sé cómo hacerlo realidad.

Su confianza era contagiosa. Sentí que un peso se levantaba de mis hombros, reemplazado por un optimismo cauteloso. Si Giovanni decía que era posible, entonces lo era. Nunca nos había guiado mal antes.

Asentí, encontrando la mirada de Giovanni.

—¿Estás seguro de esto? —pregunté, necesitando la seguridad.

—Absolutamente —respondió sin dudar—. Llevará tiempo y una planificación cuidadosa, pero podemos hacerlo.

La habitación volvió a quedar en silencio mientras todos absorbíamos la magnitud de lo que estábamos considerando. Mi mente corría con posibilidades, tanto emocionantes como aterradoras. Una vida más allá de las sombras, más allá de la amenaza constante de violencia. Parecía casi demasiado bueno para ser verdad.

Tomé un profundo respiro, sintiendo un repentino impulso de expresar los pensamientos que habían estado dando vueltas en mi cabeza.

—Nunca antes había pensado en tener hijos —admití, con la voz más suave de lo habitual.

Mis hermanos se volvieron para mirarme, con evidente sorpresa en sus rostros. No era de los que compartían sentimientos personales, pero este momento se sentía diferente, importante.

—Mi vida era demasiado peligrosa, demasiado impredecible —continué, las palabras fluyendo con más facilidad ahora—. Pero ahora... ahora puedo ver realmente un futuro en el que soy padre, en el que puedo darles a mis hijos la vida que yo nunca tuve.

Hice una pausa, abrumado por la emoción que crecía en mi pecho. La idea de sostener a mi propio hijo, de proporcionarle seguridad y estabilidad, me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Era un futuro que nunca me había permitido imaginar antes.

El silencio que siguió a mi confesión duró solo un momento antes de que la risa de Antonio lo rompiera.

—¿Quién diría que tenías eso dentro, Luca? —dijo, con una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro—. Lo próximo que sabremos es que estarás tejiendo zapatitos de bebé.

Le lancé una mirada fulminante, pero no había verdadero enojo detrás de ella. La tensión en la habitación se disipó cuando Marco y Giovanni se unieron a la risa.

—Pagaría buen dinero por ver eso —intervino Marco, con los ojos brillando de diversión. Niqué con la cabeza, luchando contra una sonrisa.

—Sigan soñando —repliqué, pero no podía negar el calor que se extendía por mi pecho. Esto era lo que significaba la familia: la capacidad de ser vulnerable sin miedo al juicio.

Mientras la risa se apagaba, noté un cambio en la expresión de Marco. Su ceño se frunció ligeramente, como siempre lo hacía cuando estaba formulando un plan.

—Deberíamos hacerlo oficial —dijo, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios—. Vamos a encontrar los anillos perfectos y hacer de este un día para recordar. No se trata de las bodas, se trata del futuro que estamos construyendo juntos.

Levanté una ceja, sorprendido por la sugerencia.

—¿Comprar anillos? ¿Todos nosotros?

La idea era inesperadamente atractiva. Un paso tangible hacia nuestras nuevas vidas, algo para hacer que todo se sintiera real.

Salimos del estudio de Marco, el ambiente más ligero de lo que había sido en meses. Mientras nos amontonábamos en el coche, sentí que un peso se levantaba de mis hombros. Por una vez, no estábamos corriendo para apagar incendios o esquivar balas. Éramos solo hermanos, saliendo a hacer un simple recado.

Antonio tomó el volante, introduciéndonos suavemente en el tráfico vespertino. Las luces de la ciudad pasaban borrosas, pintando franjas de color a través de las ventanas. Me recosté, dejando que el suave zumbido del motor me envolviera.

—¿Recuerdan cuando nos escabullíamos a esa vieja sala de juegos? —soltó Giovanni desde el asiento trasero.

Sonreí ante el recuerdo.

—¿Te refieres a cuando llorabas cada vez que perdías en el Pac-Man?

—Yo no lloraba —protestó Giovanni, pero su risa lo delató.

Marco intervino.

—Oh, definitivamente llorabas. Pero no tanto como Antonio cuando recibió su primer rechazo de una chica.

—Oye —dijo Antonio, con fingida ofensa en su voz—. Ese fue un momento formativo. Mira lo suave que soy ahora.

Todos estallamos en carcajadas ante eso. El intercambio de bromas continuó, los recuerdos fluyendo libremente. Por un momento, casi pude olvidar el peso de nuestras responsabilidades, el peligro constante que había definido nuestras vidas.

Cuando nos acercábamos a la joyería que nuestra familia siempre usaba, el tono de Antonio cambió. Se aclaró la garganta, cruzando la mirada con Marco en el espejo retrovisor.

—Marco —dijo, con la voz inusualmente seria—. Quiero que sepas que me sentiría honrado de ser tu padrino. Siempre has estado ahí para mí. No querría a nadie más a tu lado en el día de tu boda.

Observé el rostro de Marco, vi el destello de emoción en sus ojos antes de que asintiera, extendiendo la mano para apretar el hombro de Antonio.

—Gracias, hermano —dijo Marco simplemente, pero el peso detrás de esas palabras era claro.

Mientras nos estacionábamos frente a la tienda, sentí una oleada de anticipación. Esto no era solo sobre anillos. Se trataba de sellar nuestro compromiso con un nuevo futuro, uno donde nuestros hijos pudieran crecer seguros, donde pudiéramos ser los hombres que nuestras prometidas merecían.

Tomé un profundo respiro, preparándome para lo que nos esperaba. No sería fácil, pero con mis hermanos a mi lado, sabía que podríamos enfrentar cualquier cosa.

Giovanni se aclaró la garganta, captando mi atención. Sus ojos azul acero se encontraron con los míos, llenos de una intensidad que rara vez veía en mi usualmente reservado hermano.

—Luca —dijo, con voz baja y seria—. Has pasado por el infierno y has vuelto. Quiero estar ahí para ti, tal como tú siempre has estado para mí. ¿Me harías el honor de dejarme ser tu padrino?

Tragué con dificultad, tomado por sorpresa por la emoción en la voz de Giovanni. Mi mente retrocedió a todas las veces que él me había cubierto las espaldas, todas las noches que habíamos pasado planeando estrategias, todos los momentos difíciles que habíamos superado juntos.

—Giovanni —logré decir, con mi propia voz más áspera de lo que pretendía—. Sería un honor. No podría imaginar a nadie más a mi lado.

Extendí la mano, estrechando la suya. El gesto me pareció inadecuado para la ola de gratitud y hermandad que me invadió. Habíamos enfrentado la muerte juntos más veces de las que podía contar, pero este momento, esta promesa de un futuro, se sentía más significativo que cualquiera de esas batallas.

Mientras salíamos del coche, sentí un cambio en el aire a nuestro alrededor. Ya no éramos solo hermanos. Éramos una unidad, unidos por sangre y elección, listos para enfrentar cualquier desafío que nos esperara.

Las puertas de cristal de la joyería se deslizaron para abrirse, y entré, con el corazón latiendo contra mis costillas. Las vitrinas brillaban bajo las luces intensas, cada diamante captando y reflejando el resplandor.

—¿Puedo ayudarles, caballeros? —Un vendedor se acercó, con una sonrisa ensayada y educada.

Me aclaré la garganta.

—Estoy buscando un anillo de compromiso.

Mientras el vendedor me guiaba hacia una vitrina, no podía quitarme de la mente la imagen del rostro de Bella. Sus ojos verdes, agudos e inteligentes. La pequeña cicatriz en su mejilla que hablaba de su fuerza y resistencia.

—Tiene que ser perfecto —murmuré, más para mí mismo que para los demás.

Marco puso una mano en mi hombro.

—Tómate tu tiempo, hermano. Esto es importante.

Asentí, agradecido por su apoyo. Mis ojos recorrieron las filas de anillos, cada uno hermoso pero no del todo adecuado. Entonces lo vi: un diamante atemporal y elegante engastado en platino. Simple, pero impresionante. Como Bella.

—Ese —dije, señalando.

Mientras el vendedor lo sacaba, me volví hacia mis hermanos.

—¿Qué opinan?

Antonio sonrió ampliamente. —Le encantará, Luca. Es hermoso.

Giovanni asintió en señal de acuerdo. —Es perfecto para Bella. Elegante, pero no ostentoso.

Sostuve el anillo, su peso se sentía mucho más significativo de lo que su tamaño sugería. Esto no era solo una joya. Era una promesa. Un futuro. Todo lo que nunca pensé que tendría.

—Me lo llevaré, y las dos alianzas que van con él —le dije al vendedor, mi decisión firme.

Al salir de la tienda, con los anillos seguros en nuestros bolsillos, un sentimiento de emoción zumbaba entre nosotros. El aire fresco de la noche me golpeó la cara y respiré

profundamente.

Mientras conducíamos a casa, nuestra conversación fluía libremente, llena de planes y posibilidades. Por primera vez en años, me sentía verdaderamente esperanzado sobre el futuro. El peso de la caja del anillo en mi bolsillo era un recordatorio constante de los cambios que se avecinaban.

Sonreí para mis adentros, imaginando la reacción de Bella cuando le propusiera matrimonio formalmente, con el anillo. Esto era todo. El comienzo de nuestra nueva vida juntos. Y no podía esperar para empezar.

—Esto es todo —dijo suavemente, su voz teñida de orgullo y determinación—. Finalmente estamos saliendo de las sombras.

Sus palabras me impactaron fuertemente. Me giré para mirarlo, notando la intensidad en sus ojos azul acero. Giovanni no era de los que hacían declaraciones dramáticas, pero cuando hablaba, lo escuchábamos.

—Tienes razón —respondí, con la garganta apretada por la emoción—. Es un gran paso.

Marco asintió desde el asiento del conductor. —Uno necesario. Por nuestras familias, por nuestro futuro.

Pensé en el anillo en mi bolsillo, en Bella, en la vida que podríamos construir juntos. Era aterrador y emocionante al mismo tiempo.

—¿Cuál es el primer movimiento? —preguntó Antonio, siempre listo para la acción.

—Empezamos poco a poco —respondió Marco, con un tono medido—. Gradualmente cambiaremos nuestro enfoque hacia los negocios legítimos. No será fácil, pero es posible.

Mientras nos acercábamos a la mansión, sentí una mezcla de emociones. Este lugar había sido nuestra fortaleza, nuestra prisión, nuestro hogar. Ahora, sentía como si lo estuviéramos viendo con ojos nuevos.

Nos dirigimos al estudio de Marco, la familiar calidez de la habitación envolviéndonos. Marco fue directo al bar, sacando una botella de whisky y cuatro vasos.

—Un último brindis —dijo, sirviendo generosamente.

Nos reunimos alrededor, cada uno tomando un vaso. Marco levantó el suyo, sus ojos verdes escaneando nuestros rostros.

—Por la familia —dijo simplemente, su voz cargada de emoción.

Los vasos tintinearón juntos, el sonido resonando en la habitación silenciosa. Mientras sorbía el suave licor, me di cuenta de que esto no se trataba solo de las bodas o los anillos. Era sobre todo lo que habíamos pasado, todo a lo que estábamos a punto de enfrentarnos.

Miré a mis hermanos, sintiendo una oleada de lealtad y amor. Cualquier desafío que se avecinara, lo enfrentaríamos juntos. Como una familia.

Me dirigí al balcón, mi lugar favorito para pensar. Escuché suaves pasos detrás de mí. Bella. Su mano se deslizó en la mía, cálida y reconfortante. Nos quedamos en silencio, contemplando la vista juntos.

—Tu madre está loca —dijo ella.

Me giré para mirarla, levantando una ceja. —¿Qué?

Bella sacudió la cabeza, con una sonrisa irónica en su rostro. —Sé que dije que una boda no podía ser más difícil que derribar una familia criminal, pero estoy empezando a pensar que me equivoqué.

Me reí, la tensión en mi pecho aliviándose. —Puede ser... intensa.

—Eso es quedarse corto —dijo Bella, apoyándose en mí—. Pero puedo manejarlo.

La rodeé con mi brazo, maravillándome de lo correcto que se sentía. Esta mujer que

había sido enviada para destruir a mi familia era ahora mi ancla, mi futuro.

—Podemos manejar cualquier cosa —dije suavemente, sintiéndolo con cada fibra de mi ser.

Capítulo 11

Bella

Me encontraba frente al espejo, con los dedos temblorosos mientras alisaba el delicado encaje de mi vestido de novia. La luz de la mañana se filtraba por la ventana, proyectando un suave resplandor sobre mi reflejo. Mi corazón latía con fuerza mientras ajustaba mi velo, la realidad del día finalmente calando en mí. Me iba a casar con Luca Vitale.

—Respira profundo, Bella —me susurré a mí misma, intentando calmar mis nervios. Los sonidos del ajetreo procedentes de la habitación contigua me recordaban que el tiempo corría.

Eché un último vistazo a mi reflejo, mis ojos verdes abiertos de par en par con una mezcla de emoción y aprensión. La pequeña cicatriz en mi mejilla derecha parecía más prominente hoy, un recordatorio de mi vida pasada como agente encubierta. La toqué suavemente, preguntándome qué veía Luca cuando me miraba.

Recomponiéndome, me dirigí a reunirme con Elena en la habitación contigua. Ya estaba allí, radiante en su propio vestido de novia, su cabello castaño rojizo cayendo en cascada por su espalda.

—¡Bella! —exclamó Elena, sus ojos azules brillando—. Te ves absolutamente impresionante.

Nos abrazamos cálidamente, nuestras sonrisas reflejando la felicidad de la otra.

—¿Puedes creer que esto está sucediendo realmente? —pregunté, con la voz apenas por encima de un susurro.

Elena negó con la cabeza, su expresión una mezcla de alegría e incredulidad.

—Se siente irreal. Los hermanos Vitale, dejando atrás la mafia. Nosotras, convirtiéndonos en parte de su familia.

—Es más de lo que jamás me atreví a esperar —admití, recordando el día en que conocí a Luca—. Cuando me asignaron la tarea de obligar a Luca a trabajar conmigo, nunca imaginé que llegaría a esto.

Elena apretó mi mano.

—La vida tiene una manera curiosa de sorprendernos, ¿no? Pero Bella, ¿estás lista para lo que viene después? Esto no se trata solo de la boda, se trata de la vida que estamos eligiendo.

Asentí, sintiendo una oleada de determinación.

—Lo estoy. No será fácil, pero con Luca a mi lado, estoy lista para enfrentar lo que sea que venga. ¿Qué hay de ti y Marco?

—Estamos juntos en esto —respondió Elena, con voz firme—. Todos nosotros. Somos familia ahora, Bella. Cualquier desafío que enfrentemos, lo haremos unidos.

Mientras estábamos allí, apoyándonos mutuamente en la quietud de la mañana, sentí que una profunda sensación de paz me invadía. Esto era más que solo un día de boda. Era el comienzo de un nuevo capítulo, una oportunidad de redención y amor. Y estaba lista para abrazarlo todo.

La puerta se abrió de golpe, y Maria Vitale entró con paso firme, su presencia exigiendo

atención inmediata. Sus penetrantes ojos marrones escanearon la habitación, captando cada detalle con precisión láser.

—Chicas, asegúrenos de que todo esté perfecto —anunció, con voz cálida pero autoritaria.

Observé con admiración cómo Maria se movía con determinación, ajustando un arreglo floral aquí, enderezando un velo allá. Su toque maternal era evidente en cada gesto, un marcado contraste con la despiadada reputación de la familia Vitale.

—Bella, querida —llamó Maria, acercándose a mí con un delicado collar—. Esto ha estado en la familia Vitale por generaciones. Nos honraría que lo usaras hoy.

Mi garganta se apretó con emoción.

—Gracias, Maria. Estoy conmovida.

Mientras abrochaba el collar alrededor de mi cuello, no pude evitar pensar en lo lejos que habíamos llegado todos. De investigadora y objetivo a familia, el viaje parecía casi increíble.

Elena me dio un suave codazo.

—Deberíamos terminar de arreglarnos. Ya casi es hora.

Nos ayudamos mutuamente con los toques finales, la emoción en la habitación era palpable. Alisé el vestido de Elena, maravillándome de lo radiante que se veía.

—Marco no sabrá qué lo golpeó —bromeé, ganándome una tímida sonrisa de Elena.

Mientras me deslizaba en mi propio vestido, una creación de encaje intrincado y satén fluido, capté mi reflejo en el espejo. La mujer que me devolvía la mirada parecía regia, confiada, lista para dar el paso hacia su nueva vida.

—Bella —susurró Elena, de pie junto a mí—. Lo logramos. Realmente estamos haciendo esto.

Encontré su mirada en el espejo, viendo no solo a novias, sino a dos mujeres en el umbral de un nuevo comienzo.

—Sí, lo estamos haciendo.

Al apartarme del espejo, mis ojos se posaron en una fotografía enmarcada en una mesa cercana. La imagen de mi propia familia, sonriéndome desde un tiempo más feliz, me provocó una sacudida en el corazón. Tomé el marco, mis dedos trazando el contorno de los rostros de mis padres.

—Mamá, papá —susurré, mientras los recuerdos regresaban. El día que me uní al FBI, su orgullo y preocupación entremezclados. Las innumerables noches que había pasado trabajando en casos, impulsada por la necesidad de enorgullecerlos. Y luego, el camino inesperado que me llevó hasta aquí, a la familia Vitale.

Cerré los ojos, sintiendo el peso de mi viaje. El trabajo encubierto, el peligro, las emociones conflictivas al enamorarme de Luca. Cada desafío me había moldeado, forjándome en la mujer que era hoy.

—Espero que lo entendieran —murmuré a la fotografía—. He encontrado una nueva familia, un nuevo propósito. Pero siempre los llevaré conmigo.

Una mano suave en mi hombro me sobresaltó de mi ensoñación. Levanté la vista para ver a Maria, sus ojos suaves con comprensión.

—Tus padres estarían orgullosos de la mujer en la que te has convertido, Bella —dijo suavemente—. Hoy no se trata solo del pasado. Se trata del futuro que tú y Luca construirán juntos.

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta.

—Lo sé. Es solo que... a veces me pregunto qué pensarían de todo esto.

Maria apretó mi hombro.

—Verían a una mujer fuerte y valiente que ha encontrado amor y felicidad. Eso es todo lo que cualquier padre quiere para su hijo.

Sus palabras me envolvieron, aliviando el dolor en mi pecho. Tomé una respiración profunda, sintiéndome más centrada.

—Gracias, Maria —dije, encontrando su mirada—. Por todo.

Ella sonrió cálidamente.

—Ahora eres familia, Bella. Y la familia se apoya mutuamente.

Dejé la fotografía, volviéndome para enfrentar la habitación con renovada determinación. El pasado me había moldeado, pero no me definía. Hoy se trataba de nuevos comienzos, y estaba lista para abrazarlos.

La casa estalló en un torbellino de actividad. La voz de Maria resonó, nítida y autoritaria, mientras dirigía los preparativos finales.

—El coche está aquí —susurró Elena, sus ojos abiertos de emoción.

Asentí, con el corazón acelerado.

—Este es el momento.

Nos apresuraron a salir, en un remolino de encaje blanco y perfume. El elegante coche negro esperaba, su superficie pulida reflejando el sol de la mañana.

Mientras el coche se alejaba, observé la ciudad difuminarse. Las calles familiares parecían diferentes hoy, cargadas de posibilidades. Mis dedos golpeaban contra mi rodilla, un hábito nervioso que no podía sacudir.

—¿Estás bien? —preguntó Elena, notando mi inquietud.

Asentí.

—Solo estoy pensando en Luca. En nuestro futuro.

Elena apretó mi mano.

—Es un nuevo capítulo para todos nosotros. No más mentiras, no más trabajo encubierto. Solo amor y familia.

—¿Y exposiciones de arte? —bromeé, conociendo su pasión.

Ella sonrió ampliamente.

—Por supuesto. No puedo esperar para volver a la galería.

El coche disminuyó la velocidad, y sentí que se me cortaba la respiración. Allí estaba: la iglesia, sus agujas elevándose hacia el cielo. Flores adornaban la entrada, su dulce aroma flotando en el aire. Y la gente... tantas caras desconocidas, todas aquí por nosotros.

—Dios mío —susurré, abrumada.

Elena apretó mi mano de nuevo.

—Podemos con esto, Bella. Juntas.

Respiré hondo, preparándome. Este era el momento: el comienzo de mi nueva vida con Luca. Mientras salía del coche, sentí una oleada de determinación. Fuera lo que fuese lo que viniera después, lo enfrentaríamos como una familia.

Las pesadas puertas de la iglesia crujieron al abrirse, revelando el largo pasillo que se extendía ante nosotras. Un silencio cayó sobre la multitud cuando las primeras notas de música llenaron el aire. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, una mezcla de nervios y exaltación recorriéndome.

—¿Lista? —susurró Elena a mi lado.

Asentí, incapaz de encontrar mi voz. Dimos nuestros primeros pasos al unísono, el suave roce de nuestros vestidos siendo el único sonido además de la música que se elevaba.

Al comenzar a avanzar por el pasillo, mis ojos buscaron inmediatamente a Luca en el altar. Allí estaba él, alto y poderoso, sus ojos oscuros fijos en mí con una intensidad que me dejó sin aliento. A su lado, Marco presentaba una figura igualmente imponente, ambos hombres la viva imagen de la fuerza y la confianza.

—Se ven muy bien arreglados, ¿no? —murmuró Elena, con un toque de diversión en su voz.

Dejé escapar una risa temblorosa.

—Eso es quedarse corto.

Con cada paso, sentía que mis nervios anteriores comenzaban a disiparse. La mirada de Luca nunca vaciló, su expresión suavizándose a medida que me acercaba. Podía leer el amor y la admiración en sus ojos, reflejando lo que sentía en mi propio corazón.

—Nunca pensé que vería este día —susurré, más para mí misma que para Elena—. Una ex agente encubierta casándose con la familia Vitale.

La respuesta de Elena fue suave pero firme.

—Eres más que tu pasado, Bella. Este es tu futuro.

A medida que nos acercábamos al altar, el tiempo pareció ralentizarse. Cada detalle se grabó en mi memoria: el aroma de las flores, el calor de las velas, los suaves susurros de los invitados. Pero sobre todo, Luca. Mi compañero, mi amor, mi futuro.

Tomé una respiración profunda, preparándome para los últimos pasos. Este era el momento que lo cambiaría todo.

Luca extendió su mano cuando llegué al altar, su agarre cálido y fuerte mientras nuestros dedos se entrelazaban. Una pequeña sonrisa privada pasó entre nosotros, transmitiendo volúmenes sin una sola palabra.

—Te ves hermosa —murmuró Luca, su voz baja y rica en emoción.

Apreté su mano, mi corazón hinchándose.

—Y tú te ves increíblemente guapo.

Nos giramos para enfrentar al sacerdote, Marco y Elena a nuestro lado. La unidad y el amor que irradiaba nuestro pequeño grupo era palpable, llenando la iglesia con un calor casi tangible.

El sacerdote comenzó a hablar, su voz tranquila y firme resonando a través del santuario en silencio.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido hoy aquí...

Mientras hablaba de amor y compromiso, me encontré perdida en mis pensamientos, apenas escuchando las palabras. Mi mente corría con recuerdos de todo lo que habíamos pasado: el peligro, los secretos, los momentos de miedo y duda. Sin embargo, aquí estábamos, más fuertes por todo ello.

—Luca —susurré, incapaz de contenerme—. Nunca pensé que encontraría este tipo de felicidad.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, llenos de comprensión.

—Yo tampoco, Bella. Pero aquí estamos.

La voz del sacerdote nos trajo de vuelta al momento.

—Y ahora, las parejas intercambiarán sus votos.

Mi corazón latía con fuerza al darme cuenta de que esto realmente estaba sucediendo. Sueños que hacía tiempo había abandonado se estaban haciendo realidad, aquí y ahora.

La voz del sacerdote resonó por toda la iglesia. —Los anillos, por favor.

Luca metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo. Sus manos,

normalmente tan firmes y seguras, temblaron ligeramente al abrirla. El sencillo anillo de platino brillaba bajo la suave luz.

—Bella —dijo, con voz baja e intensa—. Con este anillo, prometo amarte y protegerte, estar a tu lado pase lo que pase en la vida. Has visto más allá de mi exterior áspero, y juro ser el hombre que te mereces.

Mientras deslizaba el anillo en mi dedo, su tacto fue sorprendentemente suave. El frío metal se asentó contra mi piel, un símbolo tangible de nuestro compromiso.

Respiré hondo, tranquilizándome mientras alcanzaba el anillo de Luca. —Luca, este anillo representa mi promesa hacia ti. Confiar en ti, apoyarte, enfrentar nuestros desafíos juntos. Me has mostrado un mundo que nunca pensé que formaría parte, y estoy agradecida por cada momento.

Mis manos estaban sorprendentemente firmes mientras colocaba el anillo en su dedo. Nuestras miradas se encontraron, y en ese momento, el resto del mundo se desvaneció.

Mientras la ceremonia continuaba, un torbellino de emociones me invadió. La felicidad, el amor y una abrumadora sensación de plenitud amenazaban con sobrepasarme. Pensé en las largas noches pasadas en vigilancia, el peligro que había enfrentado encubierta, el trauma que tanto me había esforzado por superar.

—¿Estás bien? —susurró Luca, notando las lágrimas que se acumulaban en mis ojos.

Asentí, apretando su mano. —Más que bien. Solo estoy... agradecida. Por todo lo que nos trajo hasta aquí.

Sonrió, una expresión genuina y poco común que iluminó sus rasgos habitualmente serios. —Yo también, Bella. Yo también.

La voz del sacerdote me devolvió al momento presente. Sus palabras, llenas de calidez y sabiduría, resonaron por la iglesia.

—El amor es paciente, el amor es bondadoso —entonó, su mirada recorriendo a los invitados reunidos—. Pero también es una elección, una que deben hacer cada día. Confíen el uno en el otro, comuníquense abiertamente y dejen que su amor sea el cimiento de su vida juntos.

Sentí que la mano de Luca se apretaba alrededor de la mía. Su habitual expresión estoica se había suavizado, revelando una vulnerabilidad que rara vez veía. Las palabras del sacerdote sobre la confianza nos tocaron de cerca a ambos. Nuestros pasados nos habían enseñado a ser cautelosos, pero aquí estábamos, eligiendo abrir nuestros corazones.

El sacerdote levantó las manos. —Por el poder que me ha sido conferido, los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Luca se volvió hacia mí, sus ojos oscuros intensos. Por un momento, vi un destello de duda: un vestigio de las murallas que había construido a su alrededor. Luego, con una suavidad que desmentía su imponente estatura, acunó mi rostro entre sus manos.

—Ti amo, Bella —susurró, su voz ronca de emoción.

Cuando nuestros labios se encontraron, la iglesia estalló en aplausos. El beso fue tierno pero apasionado, una promesa de todo lo que estaba por venir. En ese momento, no había pasado ni futuro, solo nosotros, sellados en este instante perfecto de alegría.

Cuando finalmente nos separamos, sin aliento y sonriendo, vi una nueva luz en los ojos de Luca. Era esperanza, me di cuenta. Esperanza por la vida que construiríamos juntos.

Mientras Luca y yo nos deleitábamos en la felicidad de nuestro primer beso como marido y mujer, vi a Marco y Elena. Su propio beso era un hermoso reflejo de nuestra alegría, el semblante habitualmente serio de Marco suavizado por el amor mientras sostenía a Elena cerca.

—Míralos —le susurré a Luca, señalando con la cabeza hacia su hermano y su nueva cuñada.

El brazo de Luca se apretó alrededor de mi cintura. —Un nuevo capítulo para todos nosotros —murmuró, su voz cargada de emoción.

Nos giramos para enfrentar a nuestros invitados, y la ola de aplausos que nos recibió fue ensordecedora. Recorrí la multitud con la mirada, observando el mar de rostros sonrientes. Por un momento, sentí una punzada de pesar porque mi propia familia no pudiera estar aquí, pero entonces mi mirada se cruzó con la de Maria Vitale. Su sonrisa orgullosa me reconfortó hasta lo más profundo. Esta era mi familia ahora.

—¿Lista para enfrentar al mundo, señora Vitale? —preguntó Luca, sus labios rozando mi oreja.

Apreté su mano. —Contigo, siempre.

La bendición final del sacerdote nos envolvió, sus palabras de esperanza para nuestro futuro resonando con verdad. Mientras comenzábamos nuestro recorrido por el pasillo, mano a mano, sentí una oleada de anticipación. Cada paso era un paso alejándonos de nuestras viejas vidas y hacia algo nuevo e impoluto.

Detrás de nosotros, podía oír a Marco y Elena siguiéndonos. La unidad de este momento no pasó desapercibida para mí. Estábamos dejando atrás no solo nuestras vidas de solteros, sino también la sombra del pasado familiar.

Pétalos de rosa llovían sobre nosotros mientras caminábamos, una ducha de amor y apoyo con dulce aroma. Atrapé uno, presionándolo entre mis dedos como recuerdo de este momento perfecto.

—Nunca pensé que tendría esto —admitió Luca en voz baja mientras nos acercábamos a las puertas de la iglesia—. Un nuevo comienzo, una oportunidad de ser feliz.

Cuando salimos a la brillante luz del sol, una ola de vítores estalló. Parpadeé, momentáneamente abrumada por la gran cantidad de personas reunidas afuera. La mano de Luca se apretó alrededor de la mía, dándome estabilidad.

—¡Bella! ¡Luca! —voces llamaban desde todas las direcciones. Sentí que el cuerpo de Luca se tensaba ligeramente a mi lado, sus instintos de guardián activándose ante la multitud. Le di un apretón tranquilizador a su mano.

—Está bien —murmuré—. Son familia.

Sus hombros se relajaron, y una sonrisa genuina se extendió por su rostro. —Tienes razón. Esto es por lo que luchamos.

Maria Vitale fue la primera en alcanzarnos, con lágrimas corriendo por su rostro mientras nos abrazaba a ambos. —Mis hijos —dijo, su voz cargada de emoción—. Estoy tan orgullosa de ustedes dos.

La abracé fuertemente, sorprendida por el nudo que se formaba en mi garganta. —Gracias, Maria. Por todo.

Mientras nos movíamos entre la multitud, aceptando felicitaciones y buenos deseos, no pude evitar analizar cada rostro, cada interacción. Los viejos hábitos tardan en morir, supongo. Pero por una vez, no estaba buscando amenazas o agendas ocultas. Estaba buscando la alegría genuina que veía reflejada en los ojos de todos.

—¡Bella! —La voz de Elena cortó a través de la multitud. Apareció a mi lado, radiante en su propio vestido de novia—. ¿Puedes creerlo? ¡Lo hicimos!

Me reí, abrazándola. —Claro que sí. ¿Cómo se siente ser la señora Vitale?

Los ojos de Elena brillaron. —Increíble. Y un poco surreal. ¿Y tú?

—Igual —admití—. Pero de la mejor manera posible.

Mientras charlábamos, noté a Luca y Marco en una conversación profunda a unos metros de distancia. Sus expresiones serias me hicieron preguntarme de qué estarían hablando, pero aparté el pensamiento. Hoy no se trataba de negocios u obligaciones familiares. Se trataba de amor y nuevos comienzos.

Después del frenesí de fotos y felicitaciones, Luca tiró suavemente de mi mano, alejándome de la multitud. Nos escabullimos detrás de un gran roble cerca de la iglesia, los sonidos de nuestros invitados desvaneciéndose en el fondo.

Luca me acercó, sus fuertes brazos rodeando mi cintura. Miré hacia arriba, a sus ojos oscuros e intensos, viendo una vulnerabilidad que rara vez mostraba a los demás.

—Bella —dijo, su voz baja y llena de emoción—. Nunca pensé que encontraría a alguien como tú. Alguien que me entiende, que me desafía, que me hace querer ser mejor.

Sentí un calor extenderse por mi pecho. —Luca, yo...

Presionó un dedo contra mis labios, silenciándome. —Déjame terminar. Te amo, Bella. Más de lo que alguna vez creí posible. Y prometo protegerte, valorarte, estar a tu lado pase lo que pase.

Parpadeé para contener las lágrimas, abrumada por la intensidad de sus palabras y mis propias emociones. —Yo también te amo, Luca. Me has mostrado que es posible tener tanto amor como fuerza, ser vulnerable y poderoso al mismo tiempo.

Compartimos un beso profundo y apasionado, el mundo desvaneciéndose a nuestro alrededor. Por un momento, no había mafia, ni trabajo encubierto, ni lealtades en conflicto. Solo nosotros.

Cuando nos separamos, escuché a Marco llamando a Luca. La realidad volvió de golpe.

—Deberíamos volver —dije, enderezando la corbata de Luca.

Él asintió, con un dejo de pesar en sus ojos. —La noche apenas comienza.

Nos dirigimos a los autos que esperaban, con la promesa de celebración por delante. Mientras Luca me ayudaba a entrar en el elegante vehículo negro, eché un último vistazo a la iglesia. El sol se estaba poniendo, bañando la escena con un resplandor dorado.

Me volví hacia Luca, con el corazón lleno. Este era solo el comienzo de nuestro viaje juntos, y a pesar de los desafíos que nos esperaban, me sentía lista para enfrentarlos. Con Luca a mi lado, todo parecía posible.

Epílogo

Marco

Me senté en mi escritorio, las ventanas del suelo al techo de mi oficina revelaban el paisaje urbano que se extendía debajo. El peso de los documentos frente a mí era palpable. Este no era solo otro trato de negocios; era nuestro futuro.

Mi pluma se cernía sobre la última página. Tomé un respiro profundo, estabilizando mi mano. El rasgueo del bolígrafo contra el papel parecía hacer eco en la habitación silenciosa.

—Está hecho —anuncié, mirando a mi equipo legal. Sus rostros mostraban una mezcla de alivio y emoción.

Mientras recogían los papeles, me recliné en mi silla, con una sensación de finalidad inundándome. Años de planificación, meses de negociaciones, todo llevando a este momento. La familia Vitale ahora era completamente legítima, dejando atrás las sombras que nos habían definido por generaciones.

Mis ojos se desviaron hacia la foto enmarcada en mi escritorio. La sonrisa de Elena, capturada en ese momento, parecía irradiar aprobación. Tomé el marco, pasando mi pulgar sobre su rostro.

—Lo logramos, amore —susurré—. Justo como lo soñamos.

Dejando la foto, me levanté y caminé hacia la ventana. La ciudad se extendía ante mí, un testimonio de posibilidad y cambio. Pensé en mi padre, en el legado que había dejado atrás. ¿Estaría orgulloso de esta transformación? ¿O lo vería como una traición a nuestras raíces?

—¿Señor Vitale? —La voz de mi asistente crepitó a través del intercomunicador—. Su llamada de las 3 está esperando.

Me giré desde la ventana. —Solo un segundo.

Mientras volvía a mi escritorio, capté mi reflejo en la superficie pulida. El hombre que me devolvía la mirada lucía diferente al que había comenzado este viaje. Más viejo, tal vez, pero también sin cargas.

—Esta es la vida que elegimos —me recordé a mí mismo—. Una vida de estabilidad y paz.

—Marco Vitale —dije cuando levanté el teléfono, mi voz firme y controlada.

—¡Marco, amigo mío! Felicitaciones por cerrar el trato —exclamó mi asesor financiero, Stephan. Su entusiasmo era palpable incluso a través de la línea telefónica.

Me permití una pequeña sonrisa. —Gracias, Stephan. Ha sido largo tiempo en llegar.

—Largo tiempo, en efecto —concordó—. Esta inversión va a traer ingresos sustanciales y estables. El futuro de tu familia está más seguro que nunca.

Me recliné en mi silla, mi mano libre tamborileando un ritmo suave en el reposabrazos. —Eso es bueno de oír. Hemos arriesgado mucho por esta transición.

—Y ha dado sus frutos —me aseguró—. Esto es solo el comienzo, Marco. El cielo es el límite ahora.

—En efecto lo es —respondí, mi mente ya corriendo con posibilidades—. Aprecio tu arduo trabajo en esto, Stephan.

Después de intercambiar algunas cortesías más, terminé la llamada. La oficina quedó en silencio, salvo por el leve zumbido del aire acondicionado. Cerré los ojos, dejando que la realidad de nuestra nueva vida se asentara. El nombre Vitale ahora estaría asociado con el éxito legítimo, no con amenazas susurradas y tratos sombríos.

Me puse de pie, enderezando mi chaqueta. Era hora de ir a casa, de compartir este

momento con Elena. Mientras salía de mi oficina, asentí a mi asistente.

—He terminado por hoy, María. Puedes irte también.

—Gracias, señor Vitale. Que tenga una buena tarde —respondió con una sonrisa.

Las puertas del ascensor se abrieron silenciosamente, y entré. Mientras se cerraban, capté mi reflejo en el metal pulido. Me veía... diferente. Más ligero, de alguna manera.

—Un año —murmuré para mí mismo—. Tanto ha cambiado en solo un año.

La transición no había sido fácil. Hubo noches en las que me quedé despierto, dudando de nuestra decisión, temiendo que perdiéramos todo lo que habíamos construido. Pero estando aquí ahora, sabía que había valido cada lucha, cada sacrificio.

Pensé en los hombres que habíamos dejado atrás, las conexiones que habíamos cortado. Algunos habían entendido, otros nos habían llamado traidores. Pero habíamos hecho lo necesario para asegurar nuestro futuro, para construir una vida libre de amenazas constantes y violencia.

Mientras el ascensor descendía, me permití un momento de orgullo. Lo habíamos logrado. Realmente lo habíamos logrado. Y esto era solo el comienzo.

Las puertas del ascensor se abrieron, y salí al bullicioso vestíbulo. El contraste entre la intensidad silenciosa de mi oficina y la animada energía de la calle era desconcertante. Empujé a través de las puertas giratorias, y la cacofonía de la ciudad me envolvió.

Las bocinas de los coches resonaban, la gente charlaba por teléfonos celulares, y el zumbido constante de la vida me rodeaba. Tomé un respiro profundo, inhalando el aroma de los puestos de comida cercanos y los gases de escape. Este era el pulso de la ciudad, recordándome que la vida sigue adelante, implacable e imparable.

Mientras me dirigía a mi coche, mi mente cambió de marcha. El trato final estaba hecho, firmado y sellado. Ahora, mi prioridad era llegar a casa con Elena.

Me deslicé en el asiento del conductor de mi elegante sedán negro, el cuero fresco contra mi espalda. Mientras navegaba por el tráfico vespertino, mis pensamientos se desviaron hacia Elena y la vida que estábamos construyendo juntos.

—Te prometo, Elena —había dicho en el día de nuestra boda, mi voz baja e intensa—. Tendremos una vida de paz y seguridad. No más mirar por encima del hombro, no más llamadas a medianoche que podrían significar desastre.

Ella había apretado mi mano entonces, sus ojos brillando con confianza y amor. —Creo en ti, Marco. En nosotros.

Ahora, un año después, sentí una oleada de orgullo. Habíamos logrado un progreso increíble, pero no había sido sin sus desafíos. Hubo momentos en que la tentación de volver a los viejos caminos, de usar las conexiones y métodos en los que siempre habíamos confiado, había sido casi abrumadora.

Pero habíamos resistido. Habíamos luchado por esta nueva vida, con uñas y dientes.

Mientras me detenía en un semáforo en rojo, me encontré sonriendo. Nuestro amor solo se había fortalecido a través de todo esto. Elena había sido mi roca, mi brújula cuando las cosas se pusieron difíciles. Y yo... me había convertido en el hombre que ella siempre creyó que podía ser.

El semáforo se puso verde, y aceleré, ansioso por llegar a casa. Con Elena. A nuestro futuro.

La grava crujió bajo mis neumáticos mientras me acercaba a nuestra propiedad. Salí del coche, inhalando profundamente. El aroma de jazmín y lavanda llenaba el aire, un fuerte contraste con los gases de escape de la ciudad. El sol del atardecer bañaba todo en una cálida luz dorada, haciendo que nuestro hogar pareciera algo salido de un sueño.

—Hogar —murmuré, sintiendo que la tensión en mis hombros se aliviaba. Este lugar era nuestro santuario, lejos del caos y el peligro de nuestras vidas pasadas.

Caminé hacia la puerta principal, mis pasos medidos y decididos. El césped bien cuidado y los canteros de flores atendidos con esmero eran un testimonio del toque de Elena. Ella había transformado este lugar, así como me había transformado a mí.

Cuando alcancé el pomo de la puerta, hice una pausa. El peso de los eventos del día, el trato monumental que acababa de cerrar, de repente me golpeó. Ahora éramos verdaderamente libres. Legítimos. Seguros.

Tomé un respiro profundo y abrí la puerta, adentrándome en nuestra nueva vida.

Las suaves notas del Nocturno en Mi bemol mayor de Chopin me recibieron al entrar. El favorito de Elena. La melodía familiar me envolvió como un abrazo reconfortante, disipando los últimos vestigios del estrés del día.

Me moví por el vestíbulo, mis pasos silenciosos sobre los suelos de madera pulida. Todo en este lugar hablaba de calidez y amor - desde las suaves paredes color crema hasta las obras de arte cuidadosamente elegidas. Este era el dominio de Elena, y ella lo había diseñado con el mismo cuidado y atención que aportaba a todo en su vida.

Mientras me adentraba en la casa, una sensación de corrección se asentó sobre mí. Aquí era donde pertenecía. Donde pertenecíamos. Después de años viviendo al borde, siempre un paso adelante del desastre, finalmente habíamos encontrado nuestra paz.

—¿Elena? —llamé suavemente, no queriendo perturbar la atmósfera tranquila.

No hubo respuesta, pero no estaba preocupado. Ella estaba aquí en algún lugar, probablemente perdida en un libro o trabajando en uno de sus proyectos de arte. El pensamiento me hizo sonreír. Mi brillante y apasionada Elena, siempre creando belleza en el mundo que la rodeaba.

Me dirigí a la sala de estar, ansioso por compartir las noticias del éxito del día con ella. Mientras caminaba, no pude evitar reflexionar sobre lo lejos que habíamos llegado. Desde el mundo oscuro y peligroso que habíamos dejado atrás hasta este refugio de luz y amor. No había sido fácil, pero había valido cada lucha, cada noche sin dormir.

Al entrar en la sala de estar, mis ojos encontraron inmediatamente a Elena. Estaba acurrucada en el sofá, un libro descansando en su regazo, su cabello castaño cayendo sobre sus hombros. En el momento en que me vio, su rostro se iluminó con una sonrisa que nunca dejaba de quitarme el aliento.

—Marco —dijo, dejando su libro a un lado y levantándose para recibirme—. Has llegado temprano.

Crucé la habitación en unas pocas zancadas, atrayéndola a mis brazos. —No podía esperar para verte —murmuré, antes de capturar sus labios en un tierno beso. El aroma familiar de su perfume me envolvió, y sentí que los últimos rastros de tensión del día se derretían.

Al separarnos, miré fijamente sus impresionantes ojos azules, maravillándome por la profundidad del amor que veía allí. —Te extrañé —dije suavemente, pasando mi mano por su sedoso cabello.

La sonrisa de Elena se ensanchó. —Yo también te extrañé. ¿Cómo fue la reunión?

No pude contener mi sonrisa mientras la llevaba de vuelta al sofá. —Fue mejor de lo que podríamos haber esperado —dije, mi voz rebosante de orgullo—. El trato está cerrado, Elena. Ahora somos oficialmente hombres de negocios legítimos.

Los ojos de Elena se agrandaron, su mano encontrando la mía y apretándola con fuerza. —Oh, Marco, ¡esas son noticias maravillosas! —exclamó, su alegría palpable—. Sabía que

podías hacerlo.

La atraje más cerca, deleitándome con el calor de su cuerpo contra el mío. —No podría haberlo hecho sin ti, amore —dije, mi voz cargada de emoción—. Tu apoyo, tu fe en mí... significa todo.

Mientras Elena apoyaba su cabeza en mi hombro, sentí una ola de gratitud inundarme. Esta mujer, esta vida que habíamos construido juntos - era más de lo que jamás me había atrevido a soñar. Y ahora, con este trato asegurado, nuestro futuro era más brillante que nunca.

—Cuéntamelo todo —instó Elena, sus ojos brillando con interés—. Quiero escuchar todos los detalles.

Tomé un respiro profundo, listo para relatar los detalles del triunfo del día. Mientras comenzaba a hablar, no pude evitar maravillarme de lo lejos que habíamos llegado. Desde las sombras de nuestro pasado hasta este momento de pura y desenfadada alegría. Finalmente éramos libres, y el mundo era nuestro para tomarlo.

Pero antes de que pudiera adentrarme en los detalles, la mano de Elena se deslizó de la mía. Sus ojos brillaban con un secreto, y se mordió el labio inferior de una manera que instantáneamente captó toda mi atención.

—Marco —dijo suavemente—, tengo algunas noticias propias.

Mi corazón dio un vuelco. —¿Qué es, amore?

Con una sonrisa que podría eclipsar al sol, Elena tomó gentilmente mi mano. Observé, confundido pero intrigado, mientras ella guiaba mi palma hacia su vientre y la presionaba contra la suave tela de su vestido.

—Vamos a tener un bebé —susurró.

El mundo se detuvo. Mi respiración se atascó en mi garganta, y por un momento, no pude procesar sus palabras. Entonces me golpeó como una ola - alegría, miedo, emoción, todo chocando sobre mí a la vez.

—¿Un bebé? —repetí, mi voz apenas audible—. ¿Vamos a... voy a ser padre?

Elena asintió, lágrimas de felicidad brillando en sus ojos. —Sí, mi amor. Vamos a ser padres.

Miré fijamente mi mano sobre su vientre, tratando de comprender el milagro bajo mi palma. Nuestro hijo. Nuestro futuro. La enormidad de todo ello amenazaba con abrumarme.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —logré preguntar, aún asombrado.

—Unas semanas —respondió Elena—. Quería estar segura antes de decírtelo. Y luego... quería esperar el momento perfecto.

Atraje a Elena hacia mí, inhalando el aroma familiar de su cabello mientras mi mente se llenaba de pensamientos sobre nuestro futuro. Un hijo. Nuestro hijo. El peso de la responsabilidad se asentó sobre mis hombros, pero se sentía diferente de las cargas que había llevado antes. Este era un peso que daba la bienvenida.

—Deberíamos empezar a planear —dije, con la voz cargada de emoción—. La habitación del bebé, el...

La risa de Elena, ligera y melodiosa, interrumpió mis pensamientos.

—Tranquilo, Marco. Tenemos tiempo.

Me reí, dándome cuenta de lo ansioso que sonaba.

—Tienes razón, por supuesto. Pero dime, ¿qué tipo de habitación imaginas para el bebé?

Sus ojos se iluminaron.

—Estaba pensando en amarillos y verdes suaves. Algo neutro en cuanto al género y relajante.

Mientras hablábamos, me encontré envuelto en la emoción de Elena. Discutimos sobre colores de pintura, disposición de muebles e incluso posibles nombres. Con cada momento que pasaba, la realidad de nuestra inminente paternidad se volvía más tangible.

—¿Qué te parece Luca para un niño? —sugerí, sorprendido por lo natural que se sentía tener esta conversación.

Elena inclinó la cabeza, considerándolo.

—Luca Vitale. Suena bien. ¿Y para una niña?

—Sophia —dije sin dudar—. Como mi abuela.

La sonrisa de Elena se suavizó.

—Es perfecto.

A medida que avanzaba la noche, nos trasladamos al comedor. La mesa estaba puesta con sencilla elegancia: manteles blancos, cubiertos relucientes y una sola vela parpadeando entre nosotros. Aparté la silla de Elena, dejando mi mano en su hombro un momento más de lo necesario.

El aire nocturno era fresco y fragante cuando salimos al patio trasero. Las estrellas cubrían el cielo, su luz parecía pulsar al ritmo de mi corazón. Me acomodé en el banco acolchado, atrayendo a Elena hacia mí. Ella se acurrucó contra mí, su cabeza encontrando su lugar habitual en mi hombro.

—Es hermoso aquí fuera —murmuró Elena, su voz apenas por encima de un susurro.

Inhalé profundamente, el aroma del jazmín mezclándose con el perfume de Elena.

—Lo es. Perfecto para soñar con el futuro.

Me incliné hacia adelante, presionando un beso suave en su frente. Al retroceder, vi el futuro reflejado en sus ojos: brillante, lleno de promesas y rebosante de amor.

Elena

Me coloqué un mechón de cabello suelto detrás de la oreja mientras observaba a Marco y a nuestro hijo abajo. La cálida brisa mediterránea traía sus risas hasta mí, una melodía más dulce que cualquiera que hubiera conocido. Cerré los ojos por un momento, respirando el aroma de sal y flores en flor, dejando que la paz de este momento me inundara.

—¡Papá, más alto! —chilló nuestro hijo, sus pequeños brazos alcanzando el cielo mientras Marco lo levantaba.

No pude evitar sonreír, recordando la primera vez que había visto a Marco así: sin reservas, alegre, libre del peso de su vida anterior. No había sido un viaje fácil, pero momentos como estos hacían que cada lucha valiera la pena.

—¿En qué estás pensando, amore? —me llamó Marco, sus ojos oscuros encontrándose con los míos.

Me apoyé en la barandilla de la terraza.

—Solo en lo lejos que hemos llegado —respondí, mi voz llevando un toque de asombro—. Hace dos años, ¿podrías haber imaginado esto?

Marco bajó a nuestro hijo suavemente, revolviendo su cabello antes de mirarme de nuevo.

—Sinceramente, no —admitió—. Pero no cambiaría nada.

Asentí, sintiendo una oleada de emoción en mi pecho.

—Yo tampoco —dije suavemente, más para mí misma que para él.

Mientras los veía reanudar su juego, mi mente se desvió hacia los primeros días de nuestro matrimonio. La transición había sido difícil a veces, llena de incertidumbre y las sombras persistentes de nuestro pasado. Pero con cada desafío que enfrentamos, nuestro vínculo solo se hizo más fuerte.

—Elena —llamó Marco, interrumpiendo mi ensueño—. Ven a unirme a nosotros. La vista es aún mejor desde aquí abajo.

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—Ya voy —prometí, echando una última mirada a las tranquilas aguas azules que se extendían hasta el horizonte. Esta villa, nuestro santuario lejos del bullicio de nuestras nuevas vidas, se había convertido en más que un simple refugio. Era un símbolo de todo por lo que habíamos luchado, todo en lo que nos habíamos convertido.

Mientras me dirigía al jardín, me maravillé de lo naturalmente que Marco se había adaptado a su nuevo papel. El astuto hombre de negocios seguía allí, pero ahora templado por un deseo genuino de hacer el bien. Su último proyecto, una serie de galerías de arte que exhibían a artistas locales emergentes, estaba prosperando.

—¿Por qué tardaste tanto? —bromeó Marco cuando me acerqué, rodeando mi cintura con su brazo.

Me apoyé en él, saboreando su calidez.

—Solo pensaba en lo orgullosa que estoy de ti —murmuré—. De nosotros.

Su expresión se suavizó y me dio un beso suave en la sien.

—Hemos construido algo hermoso aquí, ¿verdad?

Asentí, viendo a nuestro hijo perseguir una mariposa por el jardín.

—Así es —estuve de acuerdo—. Y apenas estamos empezando.

Mientras Marco levantaba a nuestro hijo en el aire, su risa profunda mezclándose con los

chillidos de deleite de nuestro niño, sentí que mi corazón se hinchaba con un amor casi abrumador. La imagen de ellos, bañados por la luz dorada del sol, era muy diferente del mundo tenso y sombrío que una vez habitamos.

—¡Más alto, papá! —exigió nuestro hijo, sus bracitos regordetes alcanzando el cielo.

Marco obedeció, sus fuertes manos seguras alrededor de la cintura de nuestro niño.

—¿Así, piccolo?

Cerré los ojos brevemente, dejando que la calidez del momento me envolviera. Cuando los abrí de nuevo, capté la mirada de Marco. El amor y la satisfacción que vi allí reflejaban mis propios sentimientos.

—¿Recuerdas cuando recién nos casamos? —pregunté suavemente, pensando en aquellos primeros días de incertidumbre.

La expresión de Marco se volvió pensativa.

—¿Cómo podría olvidarlo? Siempre estábamos mirando por encima del hombro, esperando que cayera la otra zapatilla.

Asentí, un pequeño escalofrío recorriéndome a pesar del aire cálido. Había sido un tiempo tenso, dejando ir nuestras conexiones con la mafia.

—Ahora parece que fue hace toda una vida.

—Lo fue —dijo Marco con firmeza, bajando a nuestro hijo y atrayéndome hacia él—. Tomamos nuestras decisiones, Elena. Las correctas.

La paz que sentí en ese momento fue profunda. Habíamos enfrentado nuestros demonios, confrontado nuestros pasados y emergido más fuertes por ello.

Un suave murmullo de voces desde el interior de la villa llamó mi atención.

—Creo que los demás están empezando a llegar —dije, volviéndome hacia la casa.

Marco asintió, levantando a nuestro hijo.

—¿Vamos a recibir a nuestros invitados, amore?

Mientras caminábamos de vuelta a la villa, sentí una oleada de emoción. Hoy no se trataba solo de celebrar nuestro aniversario. Se trataba de bautizar a nuestra hija, rodeados del calor y el amor de nuestra familia. La idea de todos nosotros juntos, libres de las sombras que una vez nos definieron, me llenó de alegría.

—Nunca pensé que tendría esto —admití en voz baja a Marco cuando llegamos a la terraza—. Una familia de verdad, una vida de la que podemos estar orgullosos.

Apretó mi mano, sus ojos brillando de emoción.

—Lo construimos juntos, Elena. Y seguiremos construyéndolo, cada día.

Entré en la villa, el fresco suelo de mármol un alivio bienvenido después de la terraza calentada por el sol. El pasillo se extendía ante mí, sus paredes adornadas con una galería de recuerdos. Me detuve, mis dedos trazando ligeramente el marco ornamentado de nuestra foto de boda.

—Míranos —murmuré, absorbiendo la imagen de Marco y yo, radiantes en nuestra dicha de recién casados—. Éramos tan jóvenes, tan esperanzados.

Mi mirada se desvió hacia la siguiente foto: el día que trajimos a nuestro hijo del hospital. El rostro de Marco era una mezcla de orgullo y terror, mientras que yo lucía exhausta pero felizmente dichosa.

—¿Elena? —la voz de Marco llamó desde otra habitación—. ¿Adónde fuiste?

—Solo estoy mirando las fotos —respondí, con la voz ligeramente quebrada—. Estaré allí en un minuto.

Avancé por el pasillo, cada imagen contando su propia historia. Allí estábamos en la

playa, nuestro hijo dando sus primeros pasos en la arena. Y allí, el día que cerramos la compra de la villa, llaves en mano y sueños en nuestros ojos.

—Hemos llegado tan lejos —susurré para mí misma, abrumada por el viaje que estas imágenes representaban.

El suave llanto de un bebé me sacó de mi ensueño. Apresuré el paso, atraída hacia la habitación del bebé como un imán. Al abrir la puerta, me recibió la vista de nuestra hija, durmiendo pacíficamente en su cuna.

Me acerqué silenciosamente, cuidando de no despertarla. Su pequeño pecho subía y bajaba con cada respiración, un milagro de vida que nunca dejaba de asombrarme. Con suavidad, ajusté su manta, arropándola alrededor de su pequeña forma.

—Duerme bien, mi pequeña —susurré, mi corazón hinchándose de amor—. Nunca conocerás el mundo del que venimos. Tu mundo estará lleno de luz y amor, te lo prometo.

Mientras estaba allí, velando por nuestra hija dormida, sentí un profundo sentido de orgullo y propósito. Esto era por lo que habíamos luchado, por lo que habíamos arriesgado todo para lograr. Una vida donde nuestros hijos pudieran crecer seguros, amados y libres de la oscuridad que una vez amenazó con consumirnos.

—Aquí estás —la voz de Marco llegó suavemente desde la puerta. Me giré para verlo apoyado en el marco, con una tierna sonrisa en su rostro—. ¿Pérdida en tus pensamientos?

Asentí, haciéndole un gesto para que se uniera a mí.

—Solo pensaba en cuán diferentes serán sus vidas de las nuestras —dije mientras él rodeaba mi cintura con su brazo.

—Ese siempre fue el objetivo, ¿no? —respondió, su voz baja y cálida—. ¿Darles una vida mejor que la que tuvimos nosotros?

Al salir de la habitación del bebé, cerrando cuidadosamente la puerta detrás de mí, vi a Bella viniendo por el pasillo. Llevaba a su propio hijo, un bulto de suaves mantas y pequeñas extremidades acurrucado contra su pecho.

—Elena —dijo cálidamente, sus ojos verdes iluminándose. Nos abrazamos, teniendo cuidado de no molestar al bebé dormido.

—¿Cómo está mi pequeña sobrina? —pregunté, mirando el rostro tranquilo que se asomaba entre las mantas.

Bella se rio suavemente.

—Creciendo como la mala hierba y manteniéndonos despiertos toda la noche. Pero no lo cambiaría por nada.

Asentí, entendiendo completamente.

—Tienen una manera de poner nuestras vidas patas arriba, ¿verdad?

—Hablando de eso —dijo Bella, su tono juguetón—, ¿estás lista para la cena de esta noche? He oído que Maria se está esmerando.

Puse los ojos en blanco de buen humor.

—Ya sabes cómo es. Cada reunión familiar es una excusa para un festín.

Mientras charlábamos, sentí que una profunda sensación de gratitud me invadía. Bella se había convertido en más que mi cuñada; era mi confidente, mi roca. Nuestras experiencias compartidas habían forjado un vínculo más fuerte que la sangre.

—No sé qué haría sin ti, Bella —dije, con la voz cargada de emoción—. Has sido una fuente de fortaleza tan grande para mí.

Los ojos de Bella se suavizaron.

—Y tú para mí, Elena. Hemos recorrido un largo camino, ¿verdad?

Antes de que pudiera responder, el sonido de pasos acercándose llamó nuestra atención. Nos giramos para ver a Marco y Luca bajando por el pasillo, cada uno cargando a sus hijos.

—Vaya, vaya —dijo Luca, sus ojos oscuros brillando con picardía—. Mira lo que tenemos aquí, Marco. Una verdadera reunión de madres.

Marco se rio entre dientes, meciendo suavemente a su hijo en sus brazos.

—Sé amable, hermano. Probablemente estén tramando la dominación mundial.

No pude evitar sonreír ante su broma juguetona. Era muy diferente de las tensas e intimidantes interacciones de nuestro pasado. Ahora, eran solo dos hermanos navegando juntos por los desafíos de la paternidad.

—¿Y qué te hace pensar que no lo hemos logrado ya? —bromeé, intercambiando una mirada cómplice con Bella.

Mientras estábamos allí, rodeados de nuestros hijos y los hombres que amábamos, sentí que una sensación de paz me invadía. Esto era por lo que habíamos luchado, por lo que habíamos arriesgado todo para construir. Una familia, unida no por sangre o deber, sino por amor y elección.

El jardín era una sinfonía de color y fragancia cuando Marco y yo salimos a la terraza. Flores vibrantes adornaban la larga mesa, sus pétalos bailando en la suave brisa mediterránea. Las velas parpadeaban, proyectando un cálido resplandor sobre la escena.

—Es hermoso —suspiré, contemplando la vista de nuestra familia reunida alrededor de la mesa.

Marco me apretó la mano.

—No tan hermoso como tú.

Sentí que un rubor me subía por las mejillas. Incluso después de dos años de matrimonio, sus palabras aún tenían el poder de hacer que mi corazón se acelerara.

La risa de nuestros hijos resonaba, un alegre contrapunto al suave murmullo de la conversación de los adultos. Observé cómo nuestro hijo perseguía a sus primos por el jardín, sus oscuros rizos rebotando con cada paso.

—Tiene tu energía —le dije a Marco, con una sonrisa jugando en mis labios.

Los ojos de Marco se suavizaron mientras observaba a nuestro hijo.

—Y tu espíritu.

Mientras nos acercábamos a la mesa, sentí que una ola de satisfacción me invadía. Esto era todo lo que siempre había deseado: familia, amor, paz. Sin embargo, una pequeña parte de mí no podía evitar preguntarse cuánto duraría.

Marco debió haber percibido mis pensamientos. Se inclinó cerca, su aliento cálido contra mi oído.

—Deja de preocuparte, amore mio. Esta es nuestra vida ahora. Nos la hemos ganado.

Asentí, alejando las dudas persistentes. Tenía razón. Habíamos luchado duro por este momento, y estaba decidida a saborear cada segundo.

Mientras nos acomodábamos en nuestros asientos, el aire se llenó con el tintineo de copas y el cálido parloteo de la familia. Nuestro hijo, Luca, estaba sentado en su silla alta entre Marco y yo, sus manitas regordetas alcanzando ansiosamente un trozo de pan.

—Con cuidado, tesoro —dije, partiendo un pedacito para él. Su rostro se iluminó con una sonrisa dentada mientras se lo metía en la boca.

La madre de Marco levantó su copa.

—Por la familia —proclamó, su voz resonando en toda la mesa—. Y por las bendiciones de los últimos dos años.

Todos hicimos eco del sentimiento, el rico vino tinto captando la luz de las velas mientras bebíamos.

—¿Recuerdan —intervino Bella, sus ojos brillando con picardía— cuando Marco intentó cambiar el pañal de Luca por primera vez?

Las risas estallaron alrededor de la mesa. Marco gimió de buen humor.

—Creí que habíamos acordado nunca volver a hablar de eso.

No pude evitar unirme a las risas, recordando la imagen de mi usualmente compuesto marido cubierto de talco para bebés y luciendo completamente desconcertado.

—Ha recorrido un largo camino desde entonces —dije, colocando mi mano en el brazo de Marco—. Ahora es un profesional.

Los ojos de Marco se encontraron con los míos, llenos de calidez y gratitud. Sentí una oleada de amor por este hombre que había abrazado la paternidad con tanto entusiasmo, a pesar de sus temores iniciales.

A medida que avanzaba la noche, se compartieron más historias, cada una un testimonio de la alegría y el amor que habían llenado nuestras vidas. Me encontré maravillándome de lo lejos que habíamos llegado, desde la incertidumbre de nuestros primeros días hasta este momento de pura satisfacción.

Cuando los platos fueron retirados y las últimas gotas de vino consumidas, Marco se puso de pie, su expresión volviéndose seria.

—Es hora —dijo suavemente.

Un silencio cayó sobre la reunión mientras nos dirigíamos a la pequeña capilla adyacente a la villa. Mi corazón se hinchó mientras acunaba a nuestra hija, Sophia, en mis brazos. Este momento, su bautizo, se sentía como un nuevo comienzo para todos nosotros.

El aire nocturno acariciaba mi piel mientras salíamos a la terraza, las estrellas centelleando en lo alto como una manta de diamantes. El aroma del jazmín flotaba en el aire, dulce y embriagador. Me apoyé en Marco, descansando mi cabeza en su hombro mientras veíamos a nuestra familia acomodarse alrededor de la mesa de postres.

—Esto es perfecto —murmuré, cerrando los ojos por un momento para saborear la paz.

El brazo de Marco se apretó a mi alrededor.

—Lo es —estuvo de acuerdo, su voz baja y rica.

El sonido de la risa de los niños llegó hasta nosotros, una melodía alegre que calentaba mi corazón. Nuestro hijo, Luca, estaba persiguiendo luciérnagas por el jardín, sus pequeñas formas silueteadas contra el suave resplandor de los faroles.

—Crecen tan rápido —dije, con un toque de nostalgia en mi tono.

Marco asintió.

—Lo hacen. Por eso debemos atesorar cada momento.

Como si fuera una señal, metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo.

—Elena, tengo algo para ti.

Mi corazón se aceleró cuando colocó la caja en mis manos.

—Marco, ¿qué es esto?

—Ábrelo —me instó suavemente.

Levanté la tapa, jadeando al ver el hermoso medallón anidado en su interior. Con dedos temblorosos, lo abrí, revelando pequeñas fotos de nuestros hijos. Una pequeña nota revoloteó hacia afuera, y la atrapé, leyendo las palabras que hicieron que mis ojos se llenaran de lágrimas:

"Para el amor de mi vida, que me ha dado todo".

Miré a Marco, abrumada por la profundidad de la emoción que vi en sus ojos.

—Es hermoso —susurré, mi voz ahogada por el sentimiento.

Marco tomó el medallón y lo abrochó alrededor de mi cuello, sus dedos demorándose en mi piel.

—No tan hermoso como tú, mi amor.

Me volví para mirarlo de frente, acunando su rostro entre mis manos.

—Gracias —dije, vertiendo todo mi amor y gratitud en esas dos simples palabras.

Nuestros labios se encontraron en un tierno beso, el momento íntimo y cargado de emoción. Al separarnos, no pude evitar maravillarme de lo lejos que habíamos llegado, de dos personas de mundos diferentes a esto: una familia unida por el amor y la confianza.

—Te amo, Marco —dije suavemente, mi frente apoyada contra la suya.

—Y yo te amo, Elena —respondió, su voz llena de una calidez que derritió mi corazón—. Siempre.

La mano de Marco encontró la mía, sus dedos entrelazándose con los míos mientras me jalaba suavemente para ponerme de pie.

—Ven conmigo —dijo, su voz baja e íntima.

Lo seguí de buena gana, dejando atrás el calor y la risa de nuestra reunión familiar. Caminamos en un cómodo silencio a través del jardín, el suave resplandor de los faroles iluminando nuestro camino. El aroma del jazmín flotaba pesadamente en el aire, mezclándose con la brisa salada del mar.

Cuando llegamos a un pequeño banco con vista al agua, Marco me atrajo hacia él, sus fuertes brazos envolviéndome. Me apoyé en él, saboreando la solidez de su presencia.

—¿En qué piensas? —pregunté, inclinando la cabeza para mirarlo.

Los ojos verdes de Marco, usualmente tan agudos y calculadores, estaban suaves cuando se encontraron con los míos.

—En el futuro —respondió—. Nuestro futuro.

Asentí, animándolo a continuar. Marco rara vez bajaba la guardia, incluso conmigo, y yo atesoraba estos momentos de vulnerabilidad.

—Quiero expandir nuestros negocios legítimos —dijo, su voz ganando fuerza—. Quiero construir algo de lo que nuestros hijos puedan estar orgullosos, un legado de honor y respeto.

Sentí una oleada de orgullo y amor por este hombre que había llegado tan lejos.

—Es un hermoso sueño, Marco —dije suavemente—. Cuéntame más.

Los dedos de Marco se entrelazaron con los míos mientras hablaba.

—He estado pensando en incursionar en energía sostenible. Es un mercado en crecimiento y se alinea con nuestros valores.

Asentí, impresionada por su visión de futuro.

—Eso es brillante, Marco. Aseguraría nuestro futuro y tendría un impacto positivo.

Mientras continuaba delineando sus planes, me encontré reflexionando sobre nuestro viaje. Hace dos años, nunca podría haber imaginado esta vida que habíamos construido. Los desafíos que habíamos enfrentado, los sacrificios que habíamos hecho, todo parecía valer la pena ahora.

—Has llegado muy lejos —dije, interrumpiendo su línea de pensamiento—. Ambos lo hemos hecho.

Marco frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Tomé una respiración profunda, organizando mis pensamientos.

—Piensa en dónde estábamos hace dos años. El miedo constante, la incertidumbre. Y ahora míranos. Estamos construyendo un imperio legítimo, criando a nuestros hijos en seguridad y amor.

Sus ojos se suavizaron, y me atrajo más cerca.

—No ha sido fácil —admitió.

—No —estuve de acuerdo—. Pero hemos enfrentado cada desafío juntos. Y somos más fuertes por ello.

Marco permaneció en silencio por un momento, su mirada dirigiéndose hacia el mar. Cuando habló de nuevo, su voz estaba cargada de emoción.

—No podría haber hecho nada de esto sin ti, Elena. Has sido mi fuerza, mi brújula moral. Sentí lágrimas picando en las esquinas de mis ojos.

—Y tú has sido la mía. Estamos en esto juntos, siempre.

Luca

El foco se sentía cálido en mi rostro mientras me paraba en el podio, mi mirada recorriendo el mar de rostros expectantes frente a mí. El gran salón de baile brillaba con candelabros de cristal y el destello de joyas de diamantes, pero me concentré en la tarea en cuestión.

—Hace dos años, emprendimos una misión —comencé, mi voz firme y fuerte—. Una misión para rescatar a aquellos atrapados en la pesadilla del tráfico humano, para darles esperanza y una oportunidad de una nueva vida.

Hice una pausa, dejando que mis palabras se asentaran. En la primera fila, capté la mirada de Bella. Su leve asentimiento me dio el coraje para continuar.

—Esta noche, quiero compartir con ustedes la historia de María —dije, inclinándome hacia el micrófono—. Una joven que, gracias a su apoyo, ahora dirige su propia panadería y mentora a otras sobrevivientes.

Mientras relataba el viaje de María de víctima a vencedora, sentí una oleada de orgullo. Por esto luchábamos tan duro, por esto habíamos dejado atrás nuestra antigua vida. Cada vida cambiada era un paso hacia la redención.

—Su generosidad ha hecho todo esto posible —concluí, mi voz llena de gratitud—. Juntos, no solo estamos cambiando vidas. Las estamos salvando.

El aplauso fue estruendoso cuando me alejé del podio. Mi corazón latía con una mezcla de alivio y exaltación. Mientras bajaba las escaleras, no pude evitar pensar: Esto es. Esto es lo que estaba destinado a hacer.

Me moví entre la multitud con facilidad practicada, estrechando manos y aceptando felicitaciones. Mi altura y constitución exigían atención, pero era mi mirada inquebrantable la que la mantenía.

—Sr. Vitale, su trabajo es verdaderamente inspirador —exclamó una mujer de cabello plateado, estrechando mi mano.

Asentí, mi expresión seria.

—Gracias. Hemos logrado avances, pero aún queda mucho por hacer. Planeamos expandir nuestro alcance a Europa del Este el próximo año.

Mientras discutía los detalles con un grupo de posibles donantes, mis ojos escanearon la sala. Fue entonces cuando los vi. Bella estaba de pie cerca de la parte trasera, nuestro hijo acunado en sus brazos. La visión de ellos me golpeó como un puñetazo en el estómago, pero de la mejor manera posible.

Me disculpé y me dirigí hacia ellos, mi corazón palpitando. Los ojos de Bella se encontraron con los míos, llenos de orgullo y algo más profundo. Nuestro hijo, de apenas un año, extendió sus manitas regordetas cuando me acerqué.

—Aquí está mi niño —dije, tomándolo en mis brazos. Su peso contra mi pecho se sentía correcto, anclándome de una manera que nada más podía hacerlo.

Me incliné y besé a Bella suavemente.

—Estuviste increíble allá arriba —susurró ella.

Mantuve su mirada, abrumado por el amor que vi en ella.

—No podría haber hecho nada de esto sin ti —respondí, con voz baja y sincera.

Nuestro hijo balbuceó felizmente, rompiendo el momento. Me reí, meciéndolo suavemente.

—¿Qué opinas, pequeño? ¿Papá lo hizo bien?

Mientras abrazaba a mi familia, me maravillé de lo lejos que habíamos llegado. Desde la oscuridad de mi pasado hasta este momento de pura alegría. Ya no se trataba solo de la caridad. Se trataba de la vida que habíamos construido juntos, contra todo pronóstico.

El ruido de la gala se intensificó a nuestro alrededor, un zumbido constante de charlas y tintineo de copas. Miré a Bella, notando la leve arruga entre sus cejas. Siempre ponía esa expresión cuando las cosas se volvían demasiado ruidosas o abarrotadas.

—Vamos a tomar aire —sugerí, señalando con la cabeza hacia las puertas del balcón.

Los hombros de Bella se relajaron visiblemente.

—Eso suena perfecto.

Nos escabullimos hacia el balcón, el fresco aire nocturno fue un alivio bienvenido. La ciudad se extendía debajo de nosotros, un tapiz de luces parpadeantes contra el cielo oscuro. Cambié a nuestro hijo a un brazo y me apoyé contra la barandilla, sintiendo el sólido metal bajo mi mano libre.

Bella se paró a mi lado, su brazo rozando el mío. No hablamos por unos momentos, simplemente absorbiendo la relativa calma y la presencia del otro.

Nuestro hijo arrulló suavemente, su pequeña mano agarrando mi camisa. Lo miré, maravillándome de su inocencia.

—Es difícil de creer, ¿no? —murmuré—. Hace dos años, nunca podría haber imaginado esto.

La mano de Bella encontró la mía en la barandilla.

—Has llegado muy lejos, Luca —dijo suavemente.

Asentí, con la garganta repentinamente apretada.

—Ambos lo hemos hecho —pensé en aquellos primeros días, el peligro constante, las difíciles decisiones que tuvimos que tomar—. Hubo momentos en los que no creí que lo lograríamos.

—Pero lo hicimos —me recordó Bella, su voz firme y segura.

Me volví para mirarla, observando la fuerza en sus ojos, la pequeña cicatriz en su mejilla que servía como un recordatorio constante de lo que habíamos superado.

—Lo hicimos —estuve de acuerdo—. Y ahora...

Me detuve, mirando la ciudad de nuevo. El pasado se sentía distante ahora, como un mal sueño desvaneciéndose a la luz del día. En su lugar estaba esta vida que habíamos construido, llena de propósito y amor.

—Ahora tenemos esto —terminó Bella por mí, su mano apretando la mía.

Asentí, sintiendo una profunda sensación de paz asentarse sobre mí. Aquí era donde pertenecía. Este era mi verdadero propósito.

Los labios de Bella se curvaron en una sonrisa juguetona.

—¿Recuerdas cuando tu idea de caridad era dejar una propina generosa en ese bar de mala muerte en la Calle Nueve?

No pude evitar reírme, el sonido mezclándose con el de ella en el aire nocturno.

—Oye, esos camareros necesitaban toda la ayuda posible.

—Y ahora mírate —dijo Bella, su tono suavizándose—. Dirigiendo toda una organización, dando discursos a salas llenas de personas que quieren escuchar lo que tienes que decir.

Negué con la cabeza, maravillándome de la verdad de sus palabras.

—No estaría aquí sin ti, Bella. Lo sabes, ¿verdad? —Encontré su mirada, esperando que

pudiera ver la profundidad de mi gratitud—. Viste algo en mí que yo no podía ver en mí mismo.

—Solo te señalé la dirección correcta —respondió Bella—. Tú hiciste el trabajo duro.

Nuestro hijo comenzó a retorcerse en mis brazos, su pequeño rostro arrugándose. Extendió los brazos hacia Bella, haciendo suaves ruidos insistentes.

—Creo que alguien se está cansando —dije, entregandoselo cuidadosamente a Bella.

Ella lo tomó con facilidad practicada, acunándolo contra su pecho.

—Shh, está bien, pequeño —murmuró, su voz adoptando ese tono tranquilizador que nunca fallaba en calmarlo.

Observé mientras ella se balanceaba suavemente, una mano frotando pequeños círculos en la espalda de nuestro hijo. La vista me llenó de una calidez que nunca pensé que experimentaría. Esta era mi familia. Segura. Amada. Feliz.

—¿En qué piensas? —preguntó Bella suavemente, encontrando mi mirada.

Sonreí, sintiendo una sensación de satisfacción invadirme.

—Solo que nunca pensé que tendría esto. Una vida así. Es más de lo que jamás me atreví a esperar.

La gala terminó, los últimos invitados se fueron con cálidos apretones de manos y sinceros agradecimientos. Me ajusté la corbata, sintiendo una mezcla de agotamiento y euforia.

—¿Lista para ir a casa? —le pregunté a Bella, que se estaba despidiendo de un prominente donante.

Ella asintió, sus ojos verdes brillantes a pesar de la hora tardía.

—Más que lista.

El viaje a casa fue tranquilo, nuestro hijo profundamente dormido en su silla de coche. Sostuve la mano de Bella mientras navegaba por las sinuosas carreteras rurales, sus dedos entrelazados con los míos. El silencio entre nosotros era cómodo, lleno de entendimiento tácito.

Miré de reojo su perfil, iluminado por las luces del tablero.

—Estuviste increíble esta noche —dije suavemente.

Bella apretó mi mano.

—Ambos lo estuvimos. La organización benéfica ha llegado muy lejos, Luca.

Asentí, sintiendo una oleada de orgullo.

—Así es. A veces no puedo creer cuánto ha cambiado todo.

Mientras nos acercábamos a nuestra casa, la luz de la luna proyectaba un brillo plateado sobre los jardines cuidados. Nuestro hogar se erguía como un testimonio de nuestra nueva vida, lejos del caos de mi pasado.

Llevé a nuestro hijo dormido adentro, su cálido peso contra mi pecho un recordatorio de todo lo que tenía que proteger. Bella me seguía, sus tacones resonando suavemente en los suelos de mármol.

En la habitación del bebé, lo acosté suavemente en su cuna, con cuidado de no despertarlo. Me quedé allí un momento, observando su rostro pacífico, sobrecogido por una sensación de plenitud.

—Se parece a ti cuando duerme —susurró Bella, viniendo a pararse a mi lado.

Rodeé su cintura con un brazo.

—Pobre niño —bromeé, pero mi voz estaba cargada de emoción.

Mientras estábamos allí, viendo dormir a nuestro hijo, sentí una profunda sensación de gratitud. Esta era la familia que habíamos construido, la vida por la que habíamos luchado. Y haría cualquier cosa para mantenerla a salvo.

Nos dirigimos a la sala de estar, donde Bella ya había preparado un refrigerio nocturno.

El crepitar de la chimenea y el suave jazz sonando de fondo creaban una atmósfera acogedora. Me hundí en el mullido sofá de cuero, sintiendo cómo la tensión de la noche se desvanecía.

Bella se unió a mí, colocando un plato de queso y galletas en la mesa de centro.

—Creo que nos hemos ganado esto —dijo con una sonrisa, entregándome una copa de vino.

Tomé un sorbo, saboreando el rico sabor.

—Siempre sabes exactamente lo que necesito.

—¿Recuerdas cuando hablamos por primera vez de iniciar la organización benéfica? —pregunté, sonriendo ante el recuerdo.

Bella se rió, el sonido ligero y despreocupado.

—¿Cómo podría olvidarlo? Estabas tan nervioso, como si estuvieras confesando un crimen.

—Bueno, en mi mundo, querer hacer el bien era prácticamente un crimen —admití, solo medio en broma.

Caímos en una conversación fácil, recordando momentos de la gala y riéndonos de algunos de los invitados más excéntricos. Mientras observaba las expresiones animadas de Bella, sentí una oleada de amor y gratitud.

Tomé su mano entre las mías, mi pulgar trazando la cicatriz en su palma, un recordatorio de los peligros que habíamos enfrentado juntos.

—Bella —dije, con voz baja y seria—, necesito que sepas cuánto significas para mí.

Bella apretó mi mano, sus ojos verdes suavizándose.

—Lo sé, Luca. Siento lo mismo.

Me incliné hacia adelante, mi mente corriendo con posibilidades.

—He estado pensando en el futuro de la organización. Hemos hecho mucho bien, pero aún hay más que podemos hacer.

—¿Qué tenías en mente? —preguntó Bella, su bolígrafo ya golpeando contra la mesa, una señal segura de que su mente analítica se estaba poniendo en marcha.

—Quiero expandir nuestro alcance —dije, mi voz ganando impulso—. Establecer centros de rehabilitación en más ciudades, tal vez incluso internacionalmente. Podríamos asociarnos con organizaciones locales, crear una red que abarque continentes.

Los ojos de Bella se iluminaron.

—Eso es ambicioso, pero me encanta. Podríamos empezar identificando áreas de alto riesgo, tal vez enfocarnos primero en puertos y ciudades fronterizas.

Asentí, sintiendo una oleada de emoción.

—Exactamente. Y podríamos desarrollar programas especializados para diferentes tipos de sobrevivientes de tráfico.

—Necesitaríamos aumentar nuestros esfuerzos de recaudación de fondos —reflexionó Bella, su bolígrafo ahora garabateando furiosamente en un bloc de notas—. Tal vez organizar galas en múltiples ciudades, o lanzar una campaña en línea.

Mientras intercambiábamos ideas, sentí una emoción familiar, la misma adrenalina que solía sentir al realizar un trabajo difícil, pero infinitamente más satisfactoria. Este era nuestro propósito compartido, nuestra manera de hacer el mundo un poco mejor.

—Sabes —dije, ocurriéndome una nueva idea—, expandir la organización benéfica no es la única forma en que podríamos hacer crecer nuestra familia.

El bolígrafo de Bella se detuvo a mitad de golpe. Me miró, con una mezcla de sorpresa y esperanza en sus ojos.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Tomé un respiro profundo, sintiéndome de repente tan nervioso como el día de nuestra boda.

—¿Qué piensas sobre tener otro hijo?

El rostro de Bella se suavizó, una cálida sonrisa extendiéndose por sus facciones.

—Luca, creo que es una idea maravillosa.

Alivio y alegría me inundaron. Extendí la mano, tomando las suyas entre las mías. Sus dedos estaban cálidos, familiares. Me incliné, atraído por una fuerza irresistible, y presioné mis labios contra los suyos.

El beso fue tierno, lleno de promesas. Cuando nos separamos, miré fijamente sus impresionantes ojos verdes, viendo todo el amor y determinación que primero me habían atraído a ella. Mi pulgar trazó la pequeña cicatriz en su mejilla derecha, un recordatorio de todo lo que habíamos superado.

—No importa lo que venga —dije, con voz baja e intensa—, lo enfrentaremos juntos. Como siempre lo hemos hecho.

Bella asintió, sus ojos sin dejar los míos.

—Juntos —repitió—. Así es como hemos llegado hasta aquí.

Sentí una oleada de emoción en mi pecho.

—Nunca pensé que tendría esto —admití—. Una vida llena de propósito, una familia para amar. A veces todavía no puedo creer que sea real.

—Es real —me aseguró Bella, su mano acunando mi rostro—. Y es solo el comienzo.

Nos sentamos en un silencio cómodo por un momento, simplemente disfrutando de la presencia del otro. Luego, con una mirada compartida de entendimiento, nos levantamos y nos dirigimos a nuestra habitación.

Mientras nos acomodábamos en la cama, atraje a Bella hacia mí, respirando el familiar aroma de su cabello. Mi mente divagó hacia nuestro hijo, durmiendo pacíficamente en la habitación de al lado, y hacia la posibilidad de que otro niño se uniera a nuestra familia. Era muy diferente de la vida que una vez llevé, llena de peligro y oscuridad.

—¿En qué piensas? —murmuró Bella, su voz espesa por el sueño que se acercaba.

—En lo diferentes que son las cosas ahora —respondí honestamente—. En lo agradecido que estoy por esta vida que hemos construido.

Ella murmuró en acuerdo, acurrucándose más cerca. Mientras nos quedábamos dormidos, sentí una profunda sensación de satisfacción invadirme. El futuro tenía desafíos, lo sabía, pero por ahora, estaba exactamente donde necesitaba estar.

La risa aguda de mi hijo penetró el velo del sueño, sacándome de mi sopor. Parpadeé, una sonrisa ya formándose en mis labios mientras me incorporaba de la cama. El espacio a mi lado estaba vacío, las sábanas frías al tacto. Bella debía haberse levantado hace un rato.

Caminé sigilosamente por el pasillo, mis pies descalzos silenciosos contra la alfombra mullida. Al acercarme a la habitación del bebé, el sonido de la risa de mi hijo se hacía más fuerte, puntuado por la voz juguetona de Bella. Me detuve en la entrada, contemplando la escena frente a mí.

Bella estaba de rodillas, su cabello oscuro suelto sobre sus hombros, sus ojos verdes brillando de alegría mientras jugaba al escondite con nuestro hijo. El rostro del pequeño resplandecía de felicidad, sus manitas regordetas aplaudiendo mientras esperaba que su madre reapareciera detrás de sus manos.

—¡Aquí estoy! —exclamó Bella, bajando las manos para revelar su rostro. Nuestro hijo

chilló de deleite, cayendo hacia atrás sobre su trasero acolchado.

No pude evitar reírme, atrayendo su atención.

—Buenos días, ustedes dos —dije, entrando en la habitación.

—¡Papá! —gritó mi hijo, extendiendo los brazos hacia mí.

Lo levanté en brazos, besando su frente.

—¿Dormiste bien, pequeño?

Asintió con entusiasmo, sus manitas palmeando mis mejillas. Me volví hacia Bella, que ahora estaba de pie, con una suave sonrisa en su rostro.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —pregunté, inclinándome para darle un rápido beso.

—No mucho —respondió, pasando una mano por el cabello de nuestro hijo—. Pensé en dejarte dormir un poco más. Estabas bastante agotado después de la gala de anoche.

Asentí, agradecido por su consideración.

—¿Qué les parece si damos un paseo por los jardines antes del desayuno? —sugerí—. Es una hermosa mañana.

Los ojos de Bella se iluminaron.

—Suenan perfecto.

Mientras paseábamos por los exuberantes jardines de nuestra propiedad, con el sol de la mañana cálido sobre nuestra piel, sentí una profunda sensación de paz. Nuestro hijo caminaba tambaleante entre nosotros, una mano en la mía, la otra en la de Bella, sus ojos abiertos de asombro ante las coloridas flores que nos rodeaban.

—Estaba pensando —comenzó Bella, su voz sacándome de mi ensueño—, tal vez podríamos organizar una recaudación de fondos aquí el próximo mes. Algo íntimo, para agradecer a nuestros seguidores más dedicados.

Asentí, considerando la idea.

—Podría funcionar. Podríamos organizarlo en el jardín de rosas, tal vez tener un cuarteto de cuerdas.

—Exactamente lo que estaba pensando —dijo con una sonrisa—. Grandes mentes, ¿eh?

Nuestro hijo tiró de nuestras manos, señalando emocionado a una mariposa que revoloteaba cerca. Nos detuvimos, observando cómo intentaba seguirla, su risa resonando por el jardín.

Mientras estaba allí, de la mano con Bella, viendo a nuestro hijo explorar el mundo que lo rodeaba, me sorprendió lo lejos que habíamos llegado. Desde la oscuridad de mi pasado hasta este momento de pura luz y alegría: era más de lo que jamás me atreví a esperar.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Bella suavemente, sus ojos escrutando los míos.

Sonreí, atrayéndola hacia mí.

—Solo en lo afortunado que soy. En lo perfecto que es todo esto.

Se apoyó en mí, su cabeza descansando en mi hombro.

—Nos hemos ganado esto, Luca. Todo esto.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Habíamos luchado duro por esta vida, esta felicidad. Y mientras estaba allí, rodeado por la belleza de nuestro hogar y el calor de mi familia, supe sin duda que había encontrado mi verdadero propósito, mi felicidad para siempre.

Bella

El sol calentaba mi espalda mientras me arrodillaba en la tierra suave, mis dedos acariciando suavemente los delicados pétalos de una rosa carmesí. Inhalé profundamente, saboreando la dulce fragancia que llenaba el aire. Cerca, las risitas de mi hijo flotaban en la brisa mientras perseguía una mariposa por los senderos del jardín.

—¡Mamá, mira! —gritó, su manita regordeta señalando hacia el cielo.

Levanté la mirada, sonriendo ante su asombro.

—La veo, cariño. ¿No es hermosa?

Mientras volvía al rosal, recortando cuidadosamente las hojas muertas, mi mente divagó hacia el pasado. El peso de mi placa del FBI, alguna vez tan pesado en mi cadera, ahora se sentía como un recuerdo distante.

Mientras disfrutaba de la comodidad de la presencia de Luca, un chillido agudo perforó el aire. Nuestro hijo había visto a su padre y ahora corría hacia nosotros, con los brazos extendidos y el rostro partido por una enorme sonrisa.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó, sus piernecitas llevándolo tan rápido como podían.

El rostro de Luca se transformó, su habitual expresión seria derritiéndose en una de pura alegría. Se puso de pie y levantó a nuestro niño en un movimiento fluido, lanzándolo alto en el aire.

—¡Aquí está mi pequeño! —exclamó Luca, su voz profunda llena de calidez.

Los observé, mi corazón hinchándose de amor. La imagen de Luca, una vez el ejecutor más temido de la familia Vitale, ahora riendo y jugando con nuestro hijo, nunca dejaba de asombrarme.

—¡Más alto, papá! —exigió nuestro hijo, riendo incontrolablemente mientras Luca obedecía.

—Cuidado —advertí, aunque no pude evitar que se notara la sonrisa en mi voz—. No queremos accidentes en el jardín de mamá.

Luca me miró, un brillo travieso en su oscura mirada.

—No te preocupes, amor. Lo tengo. Aunque no puedo prometer que las flores sobrevivirán si decide ir a explorar de nuevo.

Me reí, recordando la 'aventura' de la semana pasada que dejó la mitad de mis petunias desarraigadas.

—Tal vez deberíamos invertir en algunas vallas a prueba de niños para los macizos de flores.

Luca bajó a nuestro hijo, revolviendo su cabello con afecto.

—Vamos, piccolo. Muéstrale a mamá las lindas flores que encontraste antes.

Mientras nuestro niño se tambaleaba hacia un parche cercano de margaritas, Luca se unió a mí junto al rosal. Se inclinó, sus labios rozando los míos en un tierno beso que aún me provocaba escalofríos por la espalda, incluso después de todos estos años.

—Entonces —murmuró, su aliento cálido contra mi mejilla—, ¿qué hay en la agenda para hoy?

El sonido de pasos acercándose llamó mi atención, y me giré para ver a Elena caminando por el sendero del jardín, con su propio hijo a cuestas. Su cabello castaño rojizo brillaba bajo la luz del sol de la mañana, y su vestido lavanda se mecía suavemente con cada paso.

—¡Bella! ¡Luca! —llamó Elena, su voz melodiosa atravesando el jardín.

Me enderecé, sacudiendo la tierra de mis manos.

—¡Elena! Has llegado temprano —dije, sintiendo una calidez en el pecho al ver a mi cuñada.

Nuestros hijos se vieron y, sin un momento de vacilación, corrieron juntos, sus risas haciendo eco a través del jardín.

—Espero que no les moleste —dijo Elena, sus ojos azules brillando—. Este pequeño estaba demasiado emocionado para esperar.

La abracé, el familiar aroma de su perfume de jazmín envolviéndome.

—Por supuesto que no. Siempre eres bienvenida aquí.

Mientras Luca saludaba a Elena con un beso en la mejilla, me encontré maravillándome de lo lejos que habíamos llegado. El vínculo entre nosotros se había fortalecido tanto a lo largo de los años, forjado a través de experiencias compartidas y nuestro amor mutuo por la familia Vitale.

—Entonces, ¿cómo van los preparativos de la fiesta? —preguntó Elena, enlazando su brazo con el mío mientras comenzábamos a pasear por el jardín.

Me reí.

—Ya me conoces. Todo está bajo control.

—Por supuesto que lo está —bromeó Elena—. No creo que sepas hacer las cosas de otra manera.

Mientras caminábamos y hablábamos, poniéndonos al día sobre las noticias familiares e intercambiando historias sobre nuestros hijos, sentí una profunda sensación de satisfacción invadiéndome. Esto era lo que siempre había querido: una familia, un hogar, un sentido de pertenencia.

—¿Volvemos a la casa? —sugirió Luca, señalando hacia la mansión donde los miembros del personal se afanaban, preparando todo para el picnic.

Asentí, observando la escena frente a mí. Se estaban disponiendo mesas en el césped, aromas deliciosos emanaban de la cocina, y por todas partes que miraba, había actividad y propósito.

Mientras nos dirigíamos de vuelta, no pude evitar sentir una oleada de emoción. Esta reunión no era solo un picnic: era una celebración de todo lo que habíamos construido, todo lo que habíamos superado. Apreté la mano de Luca, sintiéndome verdaderamente bendecida.

Dentro de la casa, examiné la bulliciosa cocina con ojo experto. El personal se movía con eficiencia, pero noté algunos detalles que necesitaban atención.

—María, ¿puedes ajustar el arreglo floral de la mesa principal? Está ligeramente descentrado —indiqué, con voz tranquila pero autoritaria—. Y Alberto, necesitamos más hielo para la estación de bebidas.

Mientras me movía por la habitación, recuerdos de mis días en el FBI pasaron por mi mente. Las operaciones de alto riesgo que alguna vez dirigí no eran tan diferentes de esto, en cierto modo. Pero aquí, la recompensa era mucho más dulce.

Elena apareció a mi lado, sus ojos azules brillando.

—Veo que sigues dirigiendo un barco bien ajustado.

Sonreí, relajándome un poco.

—Los viejos hábitos son difíciles de matar, supongo. Pero esto es mucho más agradable que coordinar una redada.

—Me lo imagino —se rio Elena, luego bajó la voz—. Marco acaba de llegar. Parece... tenso.

Mis instintos se activaron de inmediato.

—Gracias por avisarme. Iré a ver qué le pasa.

Me dirigí al vestíbulo, donde Marco estaba de pie, con la postura rígida. Al acercarme, noté el ligero ceño fruncido en su frente, la tensión alrededor de sus ojos.

—Marco —lo saludé cálidamente, abrazándolo—. ¿Está todo bien?

Devolvió el abrazo, su voz baja.

—Solo algunas preocupaciones de negocios. Nada de qué preocuparse hoy.

Me aparté, estudiando su rostro.

—¿Estás seguro? Sabes que puedes hablar conmigo si lo necesitas.

La expresión de Marco se suavizó ligeramente.

—Lo sé, Bella. Gracias. Pero hoy es para la familia, no para los negocios.

A medida que más invitados comenzaban a llegar, dejé mis preocupaciones a un lado, concentrándome en dar la bienvenida a todos. El césped pronto se llenó de risas y charlas, los niños correteando entre las piernas de los adultos en improvisados juegos de persecución.

Observé cómo Giovanni levantaba a su hija menor, haciéndola girar en el aire mientras ella chillaba de alegría. Antonio mantenía una animada conversación con Luca, gesticulando salvajemente mientras relataba alguna aventura.

Una mano cálida tocó mi hombro. Me giré para ver a Elena, su sonrisa gentil.

—Has hecho un trabajo increíble, Bella. Mira lo felices que están todos.

Contemplé la escena frente a mí: mi familia, segura y feliz. El contentamiento que sentía era casi abrumador.

—Hicimos esto —dije suavemente—. Todos nosotros, juntos.

Mientras estaba allí, rodeada de las personas que amaba, no pude evitar reflexionar sobre lo lejos que habíamos llegado. El camino no había sido fácil, pero momentos como estos hacían que cada lucha valiera la pena.

Me acomodé en la manta, con nuestro hijo acurrucado en mi regazo mientras Luca me pasaba un plato de comida. El aroma de carnes recién asadas y hierbas llenaba el aire, mezclándose con el olor de las flores en flor del jardín cercano.

—¿Recuerdas la primera cena familiar a la que asistí? —le pregunté a Luca, con una sonrisa irónica jugando en mis labios.

Se rio, sus ojos oscuros brillando de alegría.

—¿Cómo podría olvidarlo? Parecías lista para salir corriendo en cualquier momento.

Le di un codazo juguetón en el hombro.

—¿Puedes culparme? Era una agente del FBI encubierta sentada en una mesa llena de mafiosos.

Nuestro hijo levantó la mirada hacia mí, la curiosidad brillando en sus ojos.

—Mamá, ¿qué es FBI?

Intercambié una mirada rápida con Luca, notando un atisbo de tensión en su mandíbula. Habíamos acordado ser honestos con nuestros hijos, pero algunas verdades era mejor guardarlas para cuando fueran mayores.

—Es un trabajo que mamá solía tener —expliqué cuidadosamente—. Pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora, mi trabajo es cuidarte a ti y ayudar a papá.

Luca extendió la mano y apretó la mía. El calor de su tacto me hizo sentir con los pies en la tierra, recordándome lo lejos que habíamos llegado.

Mientras comíamos, observé a los niños jugando cerca, sus risas contrastaban con los silencios tensos que solían dominar estas reuniones. El más pequeño de Marco intentaba

enseñarle una voltereta al hijo de Antonio, lo que resultaba en un enredo de extremidades y risitas.

—Crecen tan rápido —comentó Elena, siguiendo mi mirada—. Parece que fue ayer cuando todos usaban pañales.

Asentí, apretando inconscientemente a mi hijo contra mí.

—A veces desearía poder detener el tiempo, mantenerlos así de inocentes para siempre.

La mano de Luca encontró la parte baja de mi espalda, su toque reconfortante.

—Los protegeremos, Bella. Tendrán la infancia que nosotros nunca tuvimos.

Sus palabras despertaron algo en mí: una mezcla de esperanza y determinación. Habíamos luchado duro por esta paz, esta normalidad. Y haría cualquier cosa por preservarla.

Al terminar de comer, Luca se puso de pie y me ofreció su mano.

—Ven. Quiero mostrarte algo.

Intrigada, dejé que me guiara lejos del picnic, nuestro hijo felizmente distraído con sus primos. Caminamos de la mano por los exuberantes jardines de la finca, el aroma de las rosas y el jazmín llenaba el aire.

—¿A dónde vamos? —pregunté, dejándome llevar por la curiosidad.

Los ojos oscuros de Luca brillaron con picardía.

—Paciencia, amore. Ya verás.

Llegamos a un rincón apartado del jardín, escondido detrás de una pared de hiedra trepadora. Luca se volvió hacia mí, su expresión repentinamente seria.

—Bella —comenzó, con voz baja e intensa—. Estos últimos años... han sido los más felices de mi vida. Tú y nuestro hijo me han dado un propósito que nunca supe que necesitaba.

Mi corazón se aceleró cuando metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo.

—Quería darte algo que representara nuestro viaje.

Abrió la caja, revelando una delicada pulsera de plata. Colgando de ella había varios pequeños dijes: una placa del FBI en miniatura, una pequeña pistola, un corazón y un sonajero de bebé.

—Luca —suspiré, con lágrimas en los ojos—. Es preciosa.

Mientras me la abrochaba alrededor de la muñeca, no pude evitar pensar en lo lejos que habíamos llegado. De enemigos a amantes, de la desconfianza a la fe inquebrantable. Cada dije contaba una parte de nuestra historia.

—Gracias —susurré, acercándolo para besarlo—. Por todo.

Nos quedamos allí un momento, con las frentes juntas, saboreando la tranquila intimidad. Luego, desde la distancia, oímos los alegres gritos de los niños jugando.

—¿Volvemos al caos? —preguntó Luca, con una rara sonrisa iluminando su rostro.

Asentí y nos dirigimos de vuelta al área del picnic. La escena que nos recibió era de pura alegría desenfrenada. Los niños habían empezado un juego del pillar-pillar, sus risas resonaban por todo el césped.

—¡Papá! ¡Mamá! —gritó nuestro hijo, con las mejillas sonrojadas de emoción—. ¡Venid a jugar!

Miré a Luca, arqueando una ceja en señal de desafío.

—¿Crees que podrás seguirnos el ritmo, viejo?

Sus ojos se entrecerraron juguetonamente.

—Observa y aprende, agente Marino.

Sin previo aviso, salió corriendo, cogiendo a nuestro hijo chillón al pasar. Me reí, un

sonido que brotaba de lo más profundo de mí, y salí en su persecución.

Durante la siguiente hora, nos perdimos en el juego. Me agachaba y esquivaba, mi antiguo entrenamiento me venía bien para evitar que me atraparan. Luca, a pesar de su tamaño, se movía con una agilidad sorprendente, siempre consiguiendo mantenerse fuera de alcance.

Mientras perseguía a nuestro hijo entre risas, pude ver a los otros adultos uniéndose: el pelo de Elena volando mientras corría, la risa atronadora de Marco cuando lo atrapaban. Por un momento, me olvidé de nuestro pasado, de los peligros a los que nos habíamos enfrentado y de las cicatrices que llevábamos. En ese momento, solo éramos una familia, disfrutando de la simple alegría de estar juntos.

La luz dorada del atardecer bañaba la finca con un cálido resplandor mientras nos reuníamos para la foto familiar. Me coloqué junto a Luca, su sólida presencia era un consuelo a mi lado. Nuestro hijo se retorció frente a nosotros, y puse una mano suave sobre su hombro para calmarlo.

—¿Estáis todos listos? —gritó Marco, ajustando la cámara en el trípode.

Sentí el brazo de Luca rodear mi cintura, acercándose más a él. Me apoyé en él, saboreando el calor de su cuerpo contra el mío. Mientras miraba alrededor al clan Vitale reunido —antes temido, ahora transformado— se me formó un nudo en la garganta.

—¡Sonreíd! —indicó Marco, corriendo para unirse al grupo.

La cámara hizo clic, capturando el momento. Pero era más que una simple imagen. Era la prueba de lo lejos que habíamos llegado, de la familia que habíamos construido de las cenizas de nuestro pasado.

—Perfecta —dijo Elena, revisando la vista previa en la cámara—. Tendremos que enmarcar esta.

Mientras el grupo empezaba a dispersarse, crucé una mirada con Elena.

—No te olvides de nuestros planes para la semana que viene —le dije, atrayéndola para un fuerte abrazo—. Necesito algo de tiempo de chicas después de todo este caos familiar.

Elena se rió, devolviéndome el abrazo.

—No me lo perdería por nada del mundo. ¿Tal vez podamos convencer a Luca para que cuide a todos los niños?

Sonreí, imaginando a Luca rodeado por una horda de niños Vitale.

—Eso sí que sería un espectáculo digno de ver.

Uno a uno, la familia se fue despidiendo. Abracé a cada miembro, con el corazón lleno de gratitud por los lazos que habíamos forjado. Cuando el último coche se alejó, una tranquila calma se asentó sobre la finca.

Luca se acercó por detrás, rodeando mi cintura con sus brazos.

—¿Feliz? —murmuró en mi oído.

Me recosté contra él, observando cómo el cielo se teñía de tonos rosados y anaranjados.

—Más de lo que jamás creí posible —respondí suavemente, mis dedos trazando distraídamente la pulsera en mi muñeca, un recordatorio de lo lejos que habíamos llegado y del amor que nos había traído hasta aquí.

Seguí a Luca escaleras arriba, con la pequeña mano de nuestro hijo en la mía. La emoción del día lo había agotado, sus párpados caían pesadamente mientras llegábamos a su habitación.

—¿Cuento, papá? —preguntó somnoliento, metiéndose en la cama.

El rostro de Luca se suavizó, una sonrisa tirando de sus labios.

—Por supuesto, piccolo. ¿Cuál quieres esta noche?

Mientras Luca se acomodaba en la silla junto a la cama, libro en mano, me apoyé en el

marco de la puerta, observándolos. Su voz profunda llenaba la habitación, tejiendo cuentos de valientes caballeros y reinos mágicos. Los ojos de nuestro hijo se abrían con asombro, luchando contra el sueño para escuchar una página más.

Sentí que se me formaba un nudo en la garganta. Este hombre, una vez temido como el ejecutor de los Vitale, ahora leía cuentos para dormir con la misma intensidad que antes aplicaba a tareas mucho más oscuras. La ternura en sus ojos, la forma cuidadosa en que arropaba a nuestro hijo: era un lado de Luca que siempre supe que existía, pero verlo en acción nunca dejaba de conmoverme.

—¿Bella? —la voz de Luca interrumpió mis pensamientos—. Se ha dormido.

Parpadeé, dándome cuenta de que nuestro hijo efectivamente se había quedado dormido, su pequeño pecho subía y bajaba pacíficamente. Luca se levantó, depositando un suave beso en su frente antes de unirse a mí en la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente, sus ojos oscuros escrutando los míos.

Asentí, tragando la emoción.

—Solo pensaba en lo afortunados que somos —susurré, para no despertar a nuestro hijo—. Ven, creo que nos hemos ganado una copa de vino.

Mientras nos acomodábamos en el sofá, el calor del fuego envolviéndonos, me encontré perdida en mis pensamientos. El brazo de Luca descansaba sobre mis hombros, un peso reconfortante que me anclaba al presente.

—¿En qué piensas? —preguntó Luca, con voz baja y tranquilizadora.

Tomé un sorbo de vino antes de responder.

—Estos últimos tres años —comencé, volviéndome para encontrar su mirada—. A veces no puedo creer lo lejos que hemos llegado.

Los ojos de Luca se suavizaron.

—Hemos pasado por mucho juntos, ¿verdad?

—¿Alguna vez lo echas de menos? —pregunté en voz baja—. ¿La adrenalina, el peligro? Luca frunció el ceño mientras consideraba la pregunta.

—Nunca —admitió—. Te miro a ti, a nuestros hijos, y sé que no cambiaría esto por nada.

¡Gracias por leer la serie Imperio Vitale!

Descubre [la trilogía New York Romano](#), también de Meg Shannon, aquí.